JOSE M. MARTINEZ

LA BIBLIA DICE...

Iglesia Evangélica - Santa Cruz de Mudela - DE

EDICIONES EVANGELICAS EUROPEAS

WINTERTHUR 4, SUIZA | 35 CAMEO PLACE
LEVITTOWN, PENNA., U.S.A.

© by EDICIONES EVANGELICAS EUROPEAS, Suiza

N. R.: 1634-1964
Depósito Legal B. 13710-64

Imp. Salvadó - Valirana, 60 - Barcelona-6

Indice

	Págs.
Introducción	11
«Toda Escritura es inspirada»	15
«En el principio, Dios...»	33
«Y creó Dios al hombre...»	49
«El pecado entró en el mundo»	63
«El Verbo se hizo carne»	83
«¿Quién es éste?»	97
«Herido por nuestras rebeliones»	115
«Arrepentíos»	131
«Salvos por la fe»	145
«El que no naciere de nuevo»	163
«Cristo, vuestra vida»	179
«Cuando Cristo se manifestare»	197
A modo de conclusión	217

Introducción

«Estad siempre aparejados para responder con mansedumbre y reverencia a cada uno que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros» (1 Pedro 3:15).

El presente libro ha sido escrito siguiendo el consejo del apóstol.

Son muchas las personas que desean saber qué creemos los cristianos evangélicos. No siempre las fuentes de información que tienen a su alcance pueden proveerles de adecuada respuesta. ¡Son tantos los prejuicios acumulados en contra del cristianismo bíblico en los países de habla castellana! Pero ahí está el pueblo evangélico como una realidad insoslayable y las gentes se preguntan acerca del significado y razón de ser de esta realidad que, gracias al Señor y pese a todos los obstáculos, es cada día creciente en nuestras latitudes.

Decir que nosotros "creemos todo lo que enseña la Biblia y nos oponemos a todo lo que se opone a ella" es avanzar un claro testimonio de nuestra fe. Pero no basta. Porque la inmensa mayoría de amigos que inquieren sobre la fe evangélica no conocen la Biblia y, por otra parte, ¡hay tantos hoy día que, con razón o sin ella, tratan de justificar sus creencias en el Sagrado Libro de Dios! Es menester que, al claro enunciado de nuestra profesión de fe en la Biblia, siga una no menos clara exposición de esta fe. Y esto es lo que se ha propuesto el autor de la presente obra.

Don José M. Martínez, pastor de una importante igle-

sia de Barcelona (España), ha recogido en este libro una serie de sermones de evangelización sobre los más importantes temas doctrinales de la Escritura. Los sermones han sido convenientemente engalanados con el brillante atuendo del estilo claro, ameno y elegante que es propio de su autor. Revisados y ampliados en su forma literaria han quedado así convertidos en una interesante serie de capítulos llenos de enseñanza tanto para los creyentes como para los inconversos. A aquéllos les servirá de capacitación para "responder... a cada uno que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros". Y a los que todavía no son del Señor les aclarará y solucionará muchas preguntas, guiándolos al mismo tiempo por la senda maravillosa de las enseñanzas bíblicas fundamentales para que así aprendan a amar la Biblia y, lo que es más importante, a creerla y recibirla como única antorcha y guía en el camino de la vida.

"LA BIBLIA DICE..." es un libro denso en contenido doctrinal y apologético. Pero ha evitado, sabiamente, la polémica. Y tampoco se trata de una obra de teología. Las grandes doctrinas de la Biblia son presentadas en forma clara y vigorosa y mediante un estilo que, si bien va dirigido primordialmente a quienes sienten una seria y sana preocupación por las cuestiones espirituales, es asequible a todo el mundo. Al eludir la controversia se abre el camino de la comprensión y ayuda en favor de los que buscan sinceramente la verdad, venga de donde venga. Y al no pararse en las minucias y detalles del pensamiento teológico especializado se facilita el acceso al libro del mayor número de personas. Por otra parte, las riquezas y la abundancia de contenido doctrinal son más que suficientes para saciar la sed intelectual y espiritual del más exigente lector.

Quiera, pues, el Señor utilizar la presente obra para su honra y gloria y para la instrucción y salvación de muchas almas.

LOS EDITORES

Iglesia Evangélica DE Cruz de Mudela

Prólogo del autor

LAS ansias de verdad que palpitan en el corazón humano sólo hallan satisfacción de certidumbre en la revelación de Dios. Tal revelación se halla registrada en la Biblia. La exposición de sus grandes temas (Dios, el hombre, el pecado, la persona y obra de Jesucristo, la salvación, la vida cristiana, el futuro eterno del hombre y del universo) es una de las mayores necesidades actuales, cuando el mundo entero agoniza en una de las horas más angustiosas de su historia.

Este sentir movió al autor a preparar una serie de mensajes que fueron predicados en la iglesia que pastorea durante el otoño de 1960. Los testimonios de bendición espiritual recibida por muchas personas mediante aquellos mensajes y las peticiones reiteradas de buenos amigos hicieron nacer la idea de su publicación. Después, la generosidad de un matrimonio cristiano hizo que la idea cristalizara en realización.

El libro se ha escrito con miras a llenar otra laguna en la literatura evangélica en lengua española. Muchas veces hubiéramos querido disponer de una obra adecuada para ofrecer a personas interesadas en conocer con cierta amplitud el mensaje evangélico con sus temas capitales debidamente escalonados. A este propósito trata de responder LA BIBLIA DICE...

La estrecha relación que en la contextura bíblica tie-

nen los asuntos escogidos hace que éstos se entrelacen y aparezcan una y otra vez en los diferentes capítulos, aunque cada vez situados en un ángulo diferente. Creemos que de este modo es más completa la visión que la Biblia nos ofrece del gran cuadro de nuestra redención.

En las páginas de LA BIBLIA DICE... se une al contenido doctrinal un elemento de íntimo contacto personal con el lector. La presentación de las gloriosas verdades reveladas por Dios va acompañada de los solemnes llamamientos de Dios. El lector se dará pronto cuenta de que no tiene ante sí una obra de Dogmática evangélica. Los temas no se tratan de modo exhaustivo, aunque tanto el creyente como el inconverso podrán encontrar en su desarrollo abundante enseñanza bíblica. La finalidad de este libro es netamente evangelizadora: que por su lectura muchas almas lleguen al conocimiento de Cristo, a la fe en él y, en consecuencia, a la vida eterna.

El autor agradece la colaboración de su iglesia en la publicación de esta obra, así como la labor editorial de
publicación de esta obra, así como la labor editorial de
Ediciones Evangélicas Europeas. También se siente reconocido a su buen amigo, don Ernesto Trenchard, por su lectura del manuscrito y sus valiosas observaciones.

Dígnese el Señor imprimir su sello de aprobación sobre esta obra de exposición de su Verdad cumpliendo su propia promesa: "Mi palabra que sale de mi boca no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero y será prosperada en aquello para que la envié".

J. M. M.

Barcelona, España
Mayo, 1963

I

"TODA ESCRITURA ES INSPIRADA"

Toda Escritura es inspirada divinamente y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia.

II Timoteo 3:16.

NOS alegramos del interés creciente que la Biblia está despertando en muchos círculos del pensamiento de nuestros días y con satisfacción escuchamos las voces que preconizan un retorno a sus enseñanzas.

Hace pocos días llegó a mis manos un periódico en el que, con motivo del doble centenario del nacimiento de Isidoro, arzobispo de Sevilla, y de la publicación de la Biblia Visigótica (560-660), aparecía un artículo titulado «Año Santo Isidoriano y Bíblico» del que extraigo dos párrafos: «Año bíblico ha de ser para que el pueblo conozca la Biblia, use la Biblia, ame la Biblia, admire la Biblia, venere la Biblia, lea la Biblia, considere la Biblia y la mire como el libro por excelencia. El Libro Divino y el Libro más humano, el Libro de la Vida y de la verdadera Sabiduría. Si viviera San Isidoro nos diría: Ningún hogar sin el tesoro de la Santa Biblia; ningún hombre sin saber que existe y qué es la Santa Biblia; ningún hombre culto sin el Nuevo Testamento, que es parte de la Biblia; ningún cristiano sin los Santos Evangelios, retrato de Cristo.

«Un hombre francés de mediados del siglo pasado, poco recomendable por sus ideas y escritos, tuvo un pensamiento de iluminación y dijo que Francia no se salvaría ni volvería a su verdadera grandeza hasta que lloviera sobre

toda ella una lluvia torrencial de evangelios. Eso podemos decir de España y de todas las naciones cristianas» [1].

Sí, hay necesidad de que resuene el mensaje de la Biblia en todas las partes de nuestro país. La visión de esa necesidad inspira nuestra predicación.

I. LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA

Aquellas personas que ya han asistido a cultos evangélicos saben que la Biblia es el fundamento único de nuestra fe. No tenemos otra base de autoridad religiosa.

No nos apoyamos en conclusiones filosóficas basadas en razonamientos humanos, «pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé el entendimiento de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación» [2], la predicación de su Palabra. Como añade el apóstol Pablo, «el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente» [3].

Tampoco podemos poner junto a la Biblia, en pie de igualdad, la tradición eclesiástica. A los escribas y fariseos de su tiempo dijo Jesús: «¿Por qué quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?» [4]. Y algo semejante podría decir de la tradición que en el curso de la historia del Cristianismo se ha querido unir, como fuente de revelación, a las Escrituras Sagradas.

(1) *Proa*, de León, 21-XI-60.
(2) I Corintios 1:19-21.
(3) I Corintios 2:14.
(4) Mateo 15:3.

La Biblia es la suprema autoridad en materias de fe y conducta porque es el único registro autorizado de la revelación divina. Dios ha hablado, se ha manifestado a los hombres declarándoles sus pensamientos divinos y esos pensamientos han quedado registrados en la Biblia para guiarnos por el camino de la verdad a la vida eterna. La Biblia no satisface nuestra curiosidad sobre cuestiones secundarias de ciencia, de filosofía o de historia; pero es muy clara en lo que concierne a nuestros grandes problemas espirituales y a su solución.

Al indiferente difícilmente llegará a apasionarle la lectura del Libro; pero el alma aguijoneada por inquietudes espirituales, el hombre que no puede vivir «de sólo pan», hallará en las páginas de las Escrituras la Palabra de Dios que guía, nutre y salva.

Es posible, no obstante, que ante asunto tan importante haya quien desee pruebas de la autoridad de la Biblia antes de aceptar su mensaje y de entregarse a Cristo, centro de la revelación bíblica.

No quiero decir con esto que la mera convicción intelectual sobre la verdad de la Biblia equivalga a la experiencia espiritual que llamamos conversión, ni siquiera a una verdadera comprensión del mensaje de la Biblia. Esa comprensión siempre es resultado de la acción iluminadora del Espíritu Santo [5]. A todo descubrimiento espiritual que surge de la meditación de las Sagradas Escrituras, deben aplicarse las palabras de Cristo a Simón Pedro: «Bienaventurado eres Simón, porque no te lo reveló carne ni sangre,

(5) I Corintios 2:6-12.

sino mi Padre que está en los cielos» [6]. Pero ¿quién dudará que muchas veces el Espíritu de Dios ilumina la mente y sus facultades mediante evidencias racionales? Veamos, por consiguiente, algunas de esas evidencias.

1) La autoridad de la Biblia apoyada en su veracidad.

Nos alegramos de que vivimos en el siglo XX, en un momento en que todo viene a confirmar la veracidad del texto sagrado. Está pasando a la historia el tiempo en que los críticos se burlaban de la Biblia y ridiculizaban sus relatos históricos considerándolos mitos fantásticos. Aun los hechos más sobrenaturales y extraordinarios registrados en el Antiguo Testamento están hallando confirmación en las investigaciones de los arqueólogos y hombres de ciencia. Hoy, después de las excavaciones llevadas a cabo durante la primera mitad de nuestro siglo nadie puede ya negar seriamente el diluvio, la destrucción de Sodoma y Gomorra, el conocimiento de la escritura antes de Moisés, la exactitud de los datos geográficos y de costumbres correspondientes a las diversas épocas a que se refieren los escritores del Antiguo Testamento. Son especialmente importantes las coincidencias de fondo que hay entre los descubrimientos de la Arqueología y los relatos bíblicos que se refieren a la vida de los patriarcas, de José y de los reyes de Judá e Israel. Actualmente ningún investigador serio puede relegar la historia bíblica al plano del mito y la leyenda.

Pero hay algo para nosotros que tiene más valor que todas las confirmaciones científicas de nuestros días. La

(6) Mateo 16:17.

autoridad y veracidad de la Biblia se demuestra por el testimonio de Cristo. El se refirió a los hechos del Antiguo Testamento y los aceptó como verdaderos. En sus predicaciones mencionó a Noé y las condiciones depravadas del mundo de aquellos días como ejemplo del estado de la humanidad en los últimos tiempos. Aludió asimismo a la destrucción de Sodoma y Gomorra cuando dijo: «Acordaos de la mujer de Lot». Usó la experiencia sobrenatural de Jonás como paralelo que ilustrara su propia resurrección. Sus enseñanzas relativas a su persona y obra las basó en las Escrituras [7]. Y que nadie diga que Jesús se acomodaba a las opiniones de la época sin que necesariamente hubiera de aceptar la historicidad de los relatos del Antiguo Testamento, pues ello habría significado la aprobación y difusión del error. Tal suposición es incompatible con la integridad moral de Jesús y con una cristología bíblica que reconoce necesariamente la omnisciencia del Dios-Hombre.

El uso que Cristo hizo de las Sagradas Escrituras confirma la veracidad de éstas

2) La autoridad de la Biblia apoyada en su inspiración divina.

Sobre este punto es importante el testimonio interno de la Biblia misma. Leemos en II Timoteo 3:16 que «toda Escritura es inspirada divinamente», lo cual da a entender que el Espíritu de Dios guió a aquellos hombres que habían de escribir para que sus pensamientos y sus palabras expresaran el pensamiento de Dios.

No se nos dice que el Espíritu Santo dictara a los escritores sagrados palabra por palabra; antes bien se nota

(7) Juan 5:39

en cada libro de las Escrituras el estilo peculiar de cada escritor. No hubo en la inspiración de la Biblia un dictado mecánico, pero sí una dirección maravillosa en virtud de la cual los hombres que escribieron transmitieron íntegra y fielmente lo que Dios quiso revelarles. Tal dirección aseguraba una escritura exenta de error y digna de toda confianza. Aun las declaraciones equivocadas de hombres como los amigos de Job, y los relatos de hechos moralmente reprobables son incorporados sabiamente por el Espíritu Santo para que en el conjunto resalte la verdad, la santidad y la gracia de Dios, para que toda Escritura sea «útil para enseñar, para redargüir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra» [8].

¿Pruebas de esa inspiración divina en la Biblia? Tenemos muchas más de las que podemos mencionar ahora.

a) *La unidad de todos sus libros.*

Cualquier persona seria, al leer detenidamente las Escrituras, advierte un hecho sorprendente, y es que la gran diversidad de sus sesenta y seis libros contrasta con su unidad maravillosa.

Desde que el Pentateuco tomó su forma esencial bajo la guía inspirada de Moisés hasta que apareció el último libro, el Apocalipsis, transcurrieron aproximadamente mil seiscientos años. Participaron en esta obra más de treinta individuos. Unos fueron literatos y poetas; otros, hombres rústicos y sin letras. Unos fueron grandes estadistas; otros, simples pescadores. A pesar de tan grandes diferencias y de que vivieron tan distanciados en el tiempo los unos de los otros, a pesar de no haberse consultado recíprocamente, desde la primera página hasta la última se advierte una unidad de pensamiento y de propósito, una estructura maravillosa, que hace de la Biblia no un conjunto de libros, sino un libro, ¡el Libro!

(8) II Timoteo 3:16, 17.

Es una obra monumental desde cualquier punto de vista que la consideremos. Su riqueza literaria, filosófica, artística, moral y sobre todo espiritual es inigualable. Todo es impresionante en este sagrado libro. Hace desfilar ante nuestros ojos, en primer lugar, la figura excelsa y grandiosa del Creador; luego los hombres, demonios, ángeles, querubines; todas las virtudes y todos los defectos que ha conocido nuestro mundo; justicia y pecado, amor y maldad, fervor e impiedad, heroísmo y ambición. Y todo se sucede como en una película estremecedora: la historia de la humanidad en la que irrumpe Dios para realizar la más portentosa de sus obras; la redención de una raza caída y condenada.

Todo es majestuoso y grande; todo aparece formando un conjunto con una unidad extraordinaria. ¿Cómo se explica ese hecho? Sólo aceptando la realidad, admitiendo que los escritores humanos escribieron bajo la inspiración de una mente divina que era la misma en días de Moisés que en días de Juan.

b) *Sus enseñanzas.*

Las enseñas insuperables de la Biblia son otra prueba de su inspiración divina. ¿Cuándo los hombres habrían atinado en un código moral tan completo, tan sublime y tan resumido como los diez mandamientos? ¿Dónde habría podido encontrarse un comentario a ese código más

perfecto que el sermón de la montaña? ¿Y quién jamás habría sido capaz de idear un plan para la salvación de los pecadores como el que la Biblia nos descubre? Tanta grandeza y sublimidad no podía proceder ni de la mente ni del corazón del hombre, depravado a causa del pecado.

Se cuenta que cuando los descubridores de América llegaron a orillas del gran río Orinoco se dijeron: «A juzgar por su caudal, este río no puede nacer en ninguna isla; debemos de estar en un gran continente». Y juzgaban bien. Algo parecido puede decirse de la Biblia. Es tal su grandeza que no puede haber nacido en la pequeñez de la cabeza y el corazón de los hombres.

c) *Sus profecías cumplidas.*

Otra prueba de la inspiración divina de la Biblia la hallamos en sus profecías cumplidas.

Y si alguien hoy dijera que esas profecías pudieron haberse escrito después de Cristo, delataría su ignorancia de los últimos descubrimientos arqueológicos. De trascendental se ha calificado el hallazgo de numerosos pergaminos en unas cuevas próximas al Mar Muerto. En esos pergaminos se han encontrado fragmentos y libros casi enteros de los profetas del Antiguo Testamento. Entre ellos figura uno del profeta Isaías, de texto prácticamente idéntico al de nuestras biblias. Esos pergaminos, según cálculos de los expertos, confirmados por los procedimientos científicos más modernos, como es el uso del contador atómico, datan del siglo primero antes de Jesucristo. Sí, el Antiguo Testamento, con todas sus profecías, ya existía antes de que naciera Jesucristo. Y lo asombroso es observar cómo todo lo predicho sobre el linaje del Mesías (por no extendernos a otras profecías cumplidas con la misma exactitud), el lugar de su nacimiento, las características y misión de su ministerio y los pormenores de su muerte, a la que seguiría su resurrección, se cumplió en Jesús. Leamos, como ejemplo, el capítulo 53 del profeta Isaías y no necesitaremos grandes concimientos bíblicos para descubrir inmediatamente al Cristo del Calvario y de la Resurrección.

¿Cómo podían haberse cumplido todas esas profecías de modo tan cabal si las Sagradas Escrituras no hubieran sido inspiradas por Aquel que ve el futuro como presente?

d) *Su influencia.*

Ningún otro libro puede igualarse a la Biblia en influencia sobre el carácter y la conducta de los hombres.

Rendle Short, eminente cirujano y científico inglés, cita en uno de sus libros una interesante experiencia de Darwin que transcribo en sus propias palabras: «Podríamos citar el testimonio de Carlos Darwin, de quien no se sospechará tendencia alguna hacia el Cristianismo. Hay, en su «Viaje del Beagle», un relato de la miseria, pobre situación y peligrosa maldad de los pobladores de Tierra del Fuego, lúgubre hasta el extremo de lo imaginable. Pero cuando volvió muchos años más tarde, después de que la Biblia se había desparramado por la isla, el cambio para el bien fue tan increíble que no sólo testificó Darwin su asombro y admiración, sino que se hizo un suscriptor regular de la sociedad misionera. Más cerca de su hogar, en su propio pueblo, la predicación bíblica tuvo un efecto tan bueno en una sala prestada por él mismo, que escribió al Sr. Fegan, el predicador: «Sus cultos han hecho más para el pueblo en unos pocos meses que todos nuestros esfuer-

zos durante muchos años. Nunca hemos podido mejorar a un borracho, pero como resultado de sus cultos no sé si quedará un solo borracho en el pueblo» [9].

¿En qué otro libro se halla un poder semejante? ¿Por qué lo hay en la Biblia? Porque es el libro de Dios que, como leemos en el Salmo 19, «convierte el alma».

No es extraño que Juan Jacobo Rousseau manifestara: «Debo confesar que la majestad de la Biblia me asombra. Si hubiese sido invención humana, el inventor sería mayor que el más grande de los héroes».

e) *Su universalidad.*

La Biblia es universal geográfica e históricamente. No es el libro de los días de Moisés, de Elías, de Pablo o de la Reforma; no es el libro de generaciones pasadas, ni el libro de nuestros días; es el libro de todos los tiempos. Tampoco es el libro de un pueblo semita, el libro de los europeos o el libro de los americanos; es el libro de todas las gentes de la tierra.

Donoso Cortés empezó su famoso discurso sobre la Biblia con estas palabras: «Hay un libro, tesoro de un pueblo...». No, es mucho más; es tesoro de todos los pueblos. Por toda la tierra se ha difundido la Biblia traducida a más de mil idiomas y dialectos. Libro creído, amado y obedecido por millones de seres humanos en todos los ámbitos del mundo. No es el libro de los protestantes, ni de los católicos, ni de los ortodoxos; es, sencillamente, el libro de los cristianos, de los auténticos cristianos, abierto a cuantos tengan sed de verdad y sinceridad para aceptar su mensaje. Un libro tan universal ha de haber salido de la mente y el corazón del Dios que conoce, ama y desea la salvación de todos los hombres.

(9) *¿Por qué creer?*, pág. 80.

No significa todo lo expuesto que no haya en la Biblia puntos oscuros que tocan lo misterioso. Era de esperar en una obra que procede de Dios y no de hombre. Pero ello más bien nos lleva a doblar nuestra rodilla ante el Autor en reverente adoración. De la Biblia sí que podría decirse con la máxima propiedad lo que dijo Aristóteles de su obra: «Este libro se da para la acción y no para la discusión». Ante la Biblia sólo cabe una postura provechosa: la de la acción de la fe y la obediencia.

II. EL MENSAJE DE LA BIBLIA

Tomando en cuenta todo lo expuesto y aceptando que la Biblia es el registro de la verdad revelada por Dios, llegamos al punto en que hemos de preguntarnos: ¿Qué dice la Biblia? ¿Cuál es su mensaje? En sus grandes temas, que iremos desarrollando en capítulos sucesivos, hallaremos la respuesta; pero no podemos concluir éste sin presentar aunque sólo sea un resumen de ese mensaje.

La Biblia dice que hay un Dios soberano perfectamente justo y bondadoso que en su amor creó al hombre a su propia imagen y semejanza para que fuera algo así como un destello de la divinidad en la tierra; criatura finita, limitada, pero con una semejanza perfecta del Creador de cielos y tierra. La Biblia dice que ese hombre no supo mantenerse a la altura de los propósitos divinos; que, cediendo a insinuaciones diabólicas, desobedeció, tratando de usurpar la autoridad y el lugar de Dios. El hombre quiso ex-

pulsar a Dios de su trono para ocuparlo él y erigirse en soberano de la tierra. Ese fue el primer pecado. Y por Adán el pecado entró en el mundo. Después de él todos los hombres pecaron y «por cuanto todos pecaron —dice el apóstol Pablo— todos están destituidos de la gloria de Dios» [10]. Dios hizo libre al hombre y éste libremente se rebeló, a pesar de todos los recursos que Dios le había dado para que pudiera hacer un uso sabio y santo de su libertad. El hombre ahora todavía es libre, pero con una libertad relativa, una libertad sometida a la esclavitud del pecado, porque aunque quiera no puede suprimir las tendencias de esa naturaleza mala, herencia de Adán, que le inducen de continuo al pecado.

Sin embargo, la Biblia dice también que Dios ama a los pecadores, que los ha amado desde el principio. Tan pronto como el pecado se introdujo en la tierra, Dios introdujo también la esperanza con la promesa de un Salvador. Y Adán pudo morir con esperanza porque sabía que el mal acarreado a su posteridad por su desobediencia tendría remedio y que la tragedia de nuestra pobre raza sería transformada en gloriosa salvación por la obra del Hijo de Dios encarnado en la «simiente» de la mujer. El apóstol Pablo decía: «Porque si por un delito reinó la muerte por uno, mucho más reinarán en vida por un Jesucristo los que reciben la abundancia de la gracia, y del don de la justicia» [11].

Ahora Dios invita a las almas al arrepentimiento y a la fe en Cristo, al reconocimiento y confesión sincera del

(10) Romanos 3:23.
(11) Romanos 5:17.

pecado a Dios, a la plena confianza en Cristo como Salvador, por cuyos méritos Dios nos da vida eterna.

La realidad de este mensaje de la Biblia ha sido experimentada por toda clase de personas. Un hombre culto y eminentemente religioso, Nicodemo, acude a Cristo y en Cristo halla no sólo un maestro, sino mucho más, su Salvador. Una mujer de mala reputación, la samaritana, se encuentra un día con Cristo y por la fe en él bebe del agua de la vida. Un malhechor, en los últimos momentos de su vida, se arrepiente sinceramente de sus pecados, confía en Cristo, clama a él y es salvo.

Puede ser tu propia experiencia.

III. LA RESPONSABILIDAD DEL HOMBRE ANTE LA BIBLIA

Llegamos al punto final. El mensaje de la Biblia es un mensaje de salvación si lo aceptamos y de condenación si lo rechazamos. Respondemos necesariamente al llamamiento divino o con nuestro arrepentimiento o con nuestra incredulidad e indiferencia. No hay posiciones intermedias. Ante Dios y la Biblia no cabe el neutralismo, siempre se toma una decisión.

Quisiera concluir refiriendo dos experiencias que encontramos en el Antiguo Testamento. Dos reyes, padre e hijo, Josías y Joacín. A éste, rey impío, Dios envió un mensaje del profeta Jeremías por medio de Baruc. Era un pronóstico de juicio en el que se anunciaba lo que Dios iba a hacer contra Judá a causa de sus pecados. En un salón del templo, Baruc lee ante todos los congregados la escritura sagrada. Los oyentes se estremecen ante la gravedad del

mensaje. Uno de ellos corre inmediatamente al palacio donde estaban reunidos los ministros del rey Joacín y da la noticia. Consultan, deliberan. Hacen leer el escrito ante ellos. Por fin, deciden comunicarlo al rey. Este ordena que se lea en su presencia, junto al brasero que ardía en aquel día de invierno. Empezó la lectura del pergamino y Joacín escuchaba. De pronto, toma el rey encolerizado el pergamino, lo rasga con un puñal y lo arroja a las llamas del brasero.

Rechazamiento de la Palabra de Dios. ¡Qué locura! Joacín podía rasgar y quemar aquel pergamino, pero no podía destruir la Palabra de Dios ni alterar las decisiones del Altísimo. ¡Cuán terrible fue la suerte de Joacín a causa de su endurecimiento e incredulidad!

Muy diferente fue la reacción de Josías después de haberse descubierto el libro de la Ley, cuando se reparaba el templo. ¡Cómo leyó Josías! ¡Cómo se empapó del contenido de aquel texto! ¡Cómo se sintió movido al arrepentimiento y confesó sus pecados y los de su pueblo delante de Dios! ¡Cómo invocó el perdón y la misericordia de Jehová! Después Dios tuvo otro mensaje especial para él: «Al rey de Judá que os ha enviado a consultar a Jehová, así le diréis: Jehová el Dios de Israel ha dicho así: Por cuanto oíste las palabras del Libro y tu corazón se enterneció y te humillaste delante de Dios al oír sus palabras sobre este lugar y sobre sus moradores y te humillaste delante de mí, y rasgaste tus vestidos y lloraste en mi presencia, yo también te he oído, dice el Señor» [12].

He ahí las dos actitudes: la locura que rechaza la Palabra de Dios, y la fe que la acepta.

(12) II Crónicas 34:26, 27

¿Querrás tú ser imitador del rey insensato? ¡Cuánto mejor imitar a Josías! Póstrate hoy mismo en la presencia de Dios, junto al altar de tu propio corazón, en el santuario de tu alma, y dile como otro día dijera Samuel: «Habla, Señor, que tu siervo oye».

II

"EN EL PRINCIPIO, DIOS"

En el principio creó Dios los cielos y la tierra.

Génesis 1:1.

EXISTE Dios? ¿Cómo es Dios? ¿Tiene algo que ver Dios conmigo? He aquí las tres preguntas más importantes que puede formularse un ser humano. Son preguntas universales que, con mayor o menor inquietud, en todos los países de la tierra, se hacen hombres y mujeres de todas las culturas y clases sociales. De la respuesta que se dé a cada una de ellas depende nuestra interpretación de la vida y, en consecuencia, nuestra manera de vivir y nuestro destino.

I. ¿EXISTE DIOS?

Esta pregunta constituye el mayor problema de la filosofía y da lugar a la gran afirmación con que empieza la Biblia: «En el principio, Dios creó los cielos y la tierra». Así, de buenas a primeras, se da por zanjada una de las más apasionantes cuestiones que el pensamiento humano se ha planteado. Y así, también, se confirma una de las más profundas intuiciones del hombre en todos los tiempos. La Biblia no discute ni demuestra, porque la existencia de Dios no es algo que pueda demostrarse al modo de un teorema. La Biblia afirma y revela.

El valor de la razón en el conocimiento de Dios.

La razón puede ayudarnos para llegar a tener alguna idea de Dios. El mismo apóstol Pablo no rechaza el valor de la mente que puede hacer sus deducciones y conclusiones al considerar todo lo que Dios ha hecho, porque, como dice en Romanos 9:19, «lo que de Dios se conoce a los hombres es manifiesto, pues Dios se lo manifestó, porque las cosas invisibles deél, de su eterno poder y deidad se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa». La naturaleza entera es un inmenso libro, un volumen sagrado; en todas partes descubrimos las huellas de la mano de Dios que ha intervenido en su formación. Pero la razón, facultad preciosa dada por Dios al hombre, ha sido seriamente afectada por el pecado. Aquellos mismos contemporáneos de Pablo que debían llegar a conocer a Dios mediante la revelación natural, a causa del endurecimiento de su corazón, cayeron en toda clase de idolatrías e inmoralidades. La antorcha de su razón se apagó y el necio corazón de ellos fue entenebrecido. Profesando ser sabios se hicieron fatuos [1].

Se cuenta que Creso preguntó a Thales de Mileto, uno de los más grandes sabios de la antigua Grecia, qué es Dios. El filósofo pidió un día de tiempo para pensar la respuesta. Transcurrido aquel día, pidió otro, y otro, y otro... Por fin confesó que cuanto más pensaba en la pregunta más difícil le resultaba formular la contestación. Tertuliano usó este incidente como ejemplo de la ignorancia del mundo acerca de Dios. Sin duda tenían motivo los antiguos atenienses —más de lo que quizá ellos mismos pensaban— para erigir un altar «al Dios no conocido» [2].

(1) Romanos 1:21, 22.

Pero Dios mismo ha querido sacarnos del gran laberinto de las especulaciones filosóficas por medio de su propia revelación, la cual se halla registrada, como ya vimos, en la Biblia.

El valor de la fe.

Hay en el Altísimo, en su naturaleza y en su acción en el mundo, mucho que está por encima de las evidencias racionales y sólo puede ser captado por medio de la fe, que responde a la revelación divina. Con verdadera inspiración, el autor de la carta a los Hebreos nos presenta la fe como «la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» [3]. Añade después: «por la fe entendemos haber sido hecho lo que se ve de lo que no se veía» y «sin fe es imposible agradar a Dios, porque es menester que el que a Dios se allega crea que le hay y que es galardonador de los que le buscan» [4]. Esto quizá nos ayudará a comprender cuán en lo cierto estaba Anselmo cuando decía: «Creo para entender». Por la fe entendemos muchas cosas que antes eran para nosotros un enigma indescifrable.

Sin embargo, al hablar así, debemos hacer dos observaciones muy importantes. En primer lugar, la fe cristiana, como veremos en otro capítulo, es mucho más que un medio de conocimiento religioso. El significado bíblico del término trasciende la esfera del saber o entender para

(2) Hechos 17:23.
(3) Hebreos 11:1.
(4) Hebreos 11:6.

llevarnos a convivir con Dios en una esfera de confianza, amor y obediencia.

En segundo lugar, la fe cristiana no es credulidad. Tampoco es el resultado de una intuición o un misticismo propios de personas religiosas por temperamento. No tiene su origen en el creyente, sino fuera de él. Como decía Pablo, «la fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios» [5]. La fe es la respuesta a esa palabra que llega a nosotros con suficiente base para que la aceptemos inteligentemente. Tal aceptación está al alcance de cuantos sinceramente estén dispuestos a obedecer a Dios. El Señor Jesucristo hizo una declaración contundente cuando dijo: «El que quiera hacer la voluntad de Dios conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta» [6]. Esta predisposición espiritual ajusta la lente de nuestro entendimiento y nos permite ver con claridad que la revelación bíblica sobre la cual se apoya nuestra fe, aunque está por encima de las deducciones lógicas, armoniza con las conclusiones a que nos empuja una consideración seria de las obras de Dios.

Maravillas que corroboran la fe.

La primera de esas maravillas es el universo. Si a la luz de la Biblia contemplamos la inmensidad de la creación, no podemos menos que alabar al Creador y repetir con el salmista: «Veo los cielos, obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú formaste...» [7].

Si de lo inmensamente grande pasamos a lo inconcebi-

(5) Romanos 10:17.
(6) Juan 7:17.
(7) Salmo 8:3.

blemente pequeño, al átomo y sus misterios, la maravilla no es menor. En todo se manifiesta una ciencia y un poder asombrosos.

Si abrimos nuestros ojos sobre toda la hermosura, el orden y la armonía de la naturaleza en nuestro planeta, ¡cuán extasiados quedamos! Todo nos habla de un Arquitecto y un Artista incomparable: el Divino Hacedor de todas las cosas.

Al considerar tal cúmulo de maravillas, ¿podemos pensar que todo es resultado de la casualidad o de una evolución ciega? Nuestro mundo al principio era una masa completamente desolada, caótica y sin vida. Si descartamos la idea de Dios, ¿por qué arte o virtud surgieron el orden y la vida? ¿Podemos creer que todo se ha hecho por la acción de fuerzas ciegas sin inteligencia? Como hemos dicho más de una vez, ¡cuánta credulidad se necesita para ser ateo! ¿No es mucho más atinado creer lo que dice la Biblia, que «en el principio Dios creó los cielos y la tierra»?

En estos días varios satélites artificiales giran alrededor de nuestro planeta; pero ello se debe a que eminentes científicos han pasado horas, días y años devanándose los sesos para llegar a tener éxito. Esos satélites artificiales que rodean ahora nuestro mundo no están en órbita en virtud de un suceso fortuito. Son el resultado de la inteligencia y de la técnica humana. ¿Cómo podremos imaginarnos que todos los satélites, planetas y soles, todas las galaxias que hay en el universo, son producto de la casualidad? Lo que pasa, desgraciadamente, en nuestros días, es que, como alguien ha dicho, los éxitos de la ciencia y de la técnica se nos han subido a la cabeza y nos han hecho perder el sentido común.

Pero dejemos el universo y, aunque sea muy rápida-

mente, examinemos nuestro propio ser. Contemplemos la maravilla del hombre en su aspecto físico y en su aspecto espiritual. Una mirada a nuestro cuerpo basta para asombrarnos. Todos sus órganos y su funcionamiento son un cúmulo de prodigios. Si pensamos en el origen y desarrollo de la especie humana, ¿quién puede explicárnoslo? ¿Qué biólogo puede aclararnos la génesis de nuestra vida? Nadie absolutamente. Y cuando nos adentramos en las regiones de la personalidad, de la mente, del espíritu o como quiera llamarse, ¡cuántos misterios observamos que ni los sicólogos más eminentes pueden explicar! Todo nos da a entender que ese elemento espiritual que hay en nosotros no es sangre, ni carne, ni nervio, ni hueso; es algo superior y distinto. ¿De dónde procede? La Biblia nos dice que hay un «Padre de los espíritus» que es Dios.

Mencionemos una tercera maravilla, la mayor de las maravillas, y la evidencia más fuerte de la existencia de Dios: la persona de Jesucristo. Su realidad histórica es innegable. Una exacta investigación literaria de los evangelios demuestra su historicidad a todo aquel que no se aferre a la presunción antifilosófica de que el milagro no existe.

El testimonio de los evangelios nos presenta a Jesucristo no como un nuevo maestro, un sociólogo, un demagogo o un filántropo, sino como Dios encarnado. El Verbo (o Palabra) de Dios revelando a Dios. Se ha dicho que la pregunta a formular no es «¿Existe Dios?», sino «¿Se ha revelado Dios?» En efecto, la persona de Jesucristo es inexplicable a menos que la interpretemos como la revelación cumbre de Dios. Podemos asegurar con toda propiedad que si no existe Dios tampoco podía existir Cristo, al menos el Cristo de la Biblia.

II. ¿CÓMO ES DIOS?

Una vez contestada la pregunta «¿Existe Dios?», tenemos que interrogarnos: «¿Cómo es Dios?» ¿Es una simple Causa abstracta de todo lo que existe en el universo? ¿Es una inteligencia fría, un motor, una fuerza ciega? Aquí llegamos a un punto en el que son imposibles las definiciones. Nadie puede definir a Dios porque eso sería reducirlo al tamaño de nuestra comprensión y nadie puede limitar así la infinidad del Eterno. Para nuestra mente finita, la grandeza y majestad de Dios siempre tendrá mucho de misterio inescrutable.

Sin embargo, las Sagradas Escrituras nos dan una luz inigualable sobre la naturaleza y los atributos divinos. Nos dicen, por ejemplo, que **Dios es un Ser espiritual.** «Dios es espíritu» [8], concepto que automáticamente excluye todo panteísmo y todo paganismo. Dios, en su esencia, es diferente del universo material por él creado; diferente y superior a todas sus criaturas. Dios, por ser espíritu, no puede ser representado por imagen de ninguna clase. En el momento en que el hombre pone sus ojos en la imagen o representación, pierde de vista la grandeza de Dios. De aquí que Cristo, al decir «Dios es espíritu», añadiera: «y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren».

Dios es omnipotente. Por él fueron creados los cielos y la tierra. Dios desde el principio se reveló a los patriarcas y a los profetas diciendo: «Yo soy el Todopoderoso», y ha-

(8) Juan 4:24.

bía dialogado con los hombres preguntándoles: «¿Hay algo difícil para Dios?» [9].

A esto algunas personas han opuesto una objeción: «Si Dios todo lo puede, ¿por qué no acaba con las guerras? ¿Por qué no pone fin a la miseria? ¿Por qué no destruye a los perversos?» Estas preguntas tan comunes no deben despreciarse a la ligera. No podemos negar que en el cuadro del orden maravilloso que constituye la naturaleza de nuestro mundo, se desarrolla un drama de desorden moral. La existencia del mal es un problema tan agudo como doloroso. Todo sugiere que algún accidente terrible ha trastornado la perfección a la cual la humanidad es llamada. Se ha comparado la creación a un molde tipográfico sobre el cual un gorrión hubiera estado dando saltos, sacando las letras de su sitio y sembrando la confusión y el desorden. En el gran libro de la creación hay páginas enteras que han perdido su significado original. Pero no ha sido Dios el culpable de esta calamidad, sino un «enemigo». Algo de esta verdad nos ilustra la parábola de la cizaña referida por Jesús. Sin embargo, el mensaje de la Biblia al respecto dista mucho del dualismo en que cayeron muchos paganos, al creer en dos dioses, el del Bien y el del Mal, en eterno conflicto. Según la Biblia, Dios es único y omnipotente. ¿Explicación del misterio del mal? Es difícil; pero no es poca la luz de la revelación divina sobre el mismo.

Dios lo puede todo menos una cosa: no puede negarse a sí mismo. Y Dios, al hacer al hombre a su imagen y semejanza, lo dotó de libertad. No podía moralmente destruir esa libertad, en el uso de la cual el hombre causó su

(9) Génesis 18:14.

propia ruina entregándose al «enemigo». No obstante, Dios puede hacer otra cosa infinitamente mejor: reparar el mal que el hombre insensatamente acarreó sobre sí y sobre el mundo. Y eso es lo que Dios ha hecho y sigue haciendo como veremos más adelante.

Baste, de momento, tener en cuenta que Dios todo lo puede dentro de lo que exigen sus propios atributos, aunque no pulverice los cañones ni mate fulminantemente a los impíos. En consecuencia, tú, querido amigo, no puedes luchar contra Dios pensando que prevalecerás. Tú eres una pobre criatura de la tierra; él es el Dios de los cielos. El consejo que la Biblia te da es el que se dio a Job hace miles de años: «Amístate con él y tendrás paz».

Dios es omnipresente. No vamos a entrar en disquisiciones teológicas sobre éste u otros atributos de Dios. Pero la omnipresencia divina implica un mensaje personal para cada alma. Cuando la Biblia dice que Dios está en todas partes, lo dice para que nunca nos hagamos ilusiones de que en algún lugar podremos escondernos de su mirada. Con razón se preguntaba el salmista: «¿A dónde me iré de tu Espíritu y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán, aun la noche resplandecerá alrededor de mí» [10]. No hay lugar en la tierra, ni fuera de ella, en que los hombres consigan quedar fuera de la presencia y del conocimiento de Dios.

(10) Salmo 139:7-11.

Podríamos hablar de muchos otros atributos divinos, todos grandes y gloriosos, tales como su sabiduría, su omnisciencia, su inmutabilidad, etc., pero limitémonos solamente a dos más: **su justicia y su amor.** Dios es santo, «Dios habita en luz inaccesible» [11], símbolo de justicia perfecta, y en él no hay tinieblas o sombra de pecado. Pero al mismo tiempo dice la Biblia que «Dios es amor» [12], «lento para la ira y grande en misericordia» [13], y esa misericordia, combinada con su sabiduría, ha dado como resultado nuestra redención en Cristo Jesús.

¡Cuán miserable es el hombre por naturaleza después de su caída en el pecado! ¡Cuán rebelde! ¡Cuán indigno! ¡Oh, si se pusieran al descubierto todos los pecados y toda la perversidad de los seres humanos! Adam Smith hace decir a uno de sus personajes, después de oír las confesiones de los hombres que vienen a él: «Estoy enfermo de los pecados de estos hombres. ¿Cómo puede Dios soportarlos?» Pero lo más grandioso es que Dios no solamente puede soportar a esos hombres, que somos todos nosotros, sino que puede y quiere salvarlos. «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna». Así es Dios. Dios es grande, Dios es poderoso, Dios es justo, Dios es bueno, tan bueno y misericordioso que dio a su Hijo para salvar a los pecadores.

Todo lo expuesto casi contesta implícitamente la tercera y última pregunta que nos hemos hecho al empezar.

(11) I Timoteo 6:16.
(12) I Juan 4:8.
(13) Salmo 103:8.

III. ¿TIENE DIOS ALGO QUE VER CONMIGO?

Podríamos decir también: ¿Tengo yo algo que ver con Dios?

La pregunta puede hacerse con actitudes diametralmente opuestas. Puede surgir de un sentimiento de pequeñez, con las palabras del salmista: «Cuando veo los cielos obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿qué es el hombre que de él te acuerdes, y el hijo del hombre que lo visites?» [14]. ¿Tiene algo que ver ese Dios tan grande con seres tan insignificantes como nosotros? Pero la misma pregunta puede ser hecha con un sentimiento de soberbia y desacato, con el mismo espíritu del faraón de Egipto que, al ser invitado por Moisés a que dejara salir a Israel para ofrecer sacrificios a Jehová, replicó altivamente: «¿Quién es Jehová para que oiga su voz?» [15].

¿Que quién es Dios para que le oigas? Es tu Creador, no te has hecho a ti mismo. Como leemos en el Salmo 100, «El nos hizo y no nosotros a nosotros mismos». Por ser Creador le debes gratitud y adoración.

El es el Señor de todo el universo, por lo que le debes obediencia, reconociendo plenamente su señorío. Así tuvo que reconocerlo el altanero Nabucodonosor, después de su humillación: «Bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades» [16].

Dios es el dador de la vida, no sólo en el orden físico sino en el espiritual. Vivir sin Dios es estar moralmente

(14) Salmo 8:3-4.
(15) Exodo 5:2.
(16) Daniel 4:34.

muerto. Sin Dios, todas las riquezas y toda la gloria de este mundo son pura miseria. Se cuenta de un rey oriental que cierto día reunió a sus tres hijos y puso ante ellos tres urnas selladas, una de oro, otra de ámbar y otra de barro. El rey invitó a su hijo mayor a que escogiera de entre las tres la que a su parecer contenía el más grande de los tesoros. El primogénito escogió la de oro, sobre la cual se había inscrito la palabra «Imperio». La abrió y la encontró llena de sangre. El segundo optó por la urna de ámbar, sobre la cual aparecía la palabra «Gloria»; al abrirla encontró las cenizas de los hombres más famosos de la Historia. El tercer hijo se quedó con la de barro en cuyo fondo se veía escrito el nombre de Dios. Los sabios del rey decidieron que esta urna contenía el mayor de los tesoros, porque una sola letra del nombre de Dios pesa más que todo el universo. Sea historia o sea leyenda, el relato encierra una gran verdad. La sabiduría de Cristo, superior a la de todos los hombres, nos ha enseñado que sólo es rico y grande el que lo es en Dios [17].

Además, Dios es Juez de todos los seres humanos. «Decid entre las naciones: Jehová reina... Juzgará a los pueblos con justicia» [18]. La Biblia nos presenta a Dios como soberano al cual los hombres algún día deberán rendir cuentas. Así lo declaró el apóstol Pablo hablando a los atenienses en el areópago de Atenas: «Dios ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel Varón (Cristo) a quien designó dando fe a todos con haberle levantado de los muertos» [19]. Dios, como juez, destruyó la humanidad, con la excepción de una sola familia, en los días de Noé; exterminó las ciudades de Sodoma y Gomorra; ejecutó sus juicios sobre el pueblo de Israel. Dios, como juez, «abandonó» a su Hijo en la hora trágica de la cruz, porque sobre él pesaba el pecado del mundo. Y como juez habrá de condenarnos a nosotros a causa de nuestros pecados, a menos que se nos abra una puerta de salvación.

(17) Lucas 12:21.
(18) Salmo 96:10.
(19) Hechos 17:31.

Pero hay un último aspecto. Dios es un Dios Salvador, y como Salvador tiene algo, muchísimo, que ver con cada uno de nosotros. Imagínate que un día te encuentras en el interior de una casa que es devorada por un gran incendio y alguien te salva del fuego abrasando sus propias carnes. A costa de su sacrificio, te libra de una muerte segura. Al cabo de algún tiempo esa misma persona, que ha arriesgado su vida y ha sufrido por ti, llama a la puerta de tu casa ofreciéndote su amistad, y tú, mirándola con indiferencia y frialdad, contestas: «Y usted, ¿qué tiene que ver conmigo?» ¿Será ésta tu actitud frente al Dios que en la persona de Cristo se sacrificó un día por ti en el Calvario y ahora llama a la puerta de tu corazón?

Si a Dios, como Creador, hemos de adorarle; si como a Señor hemos de obedecerle y como a Juez hemos de temerle, como a Salvador hemos de rendirle nuestro corazón humillándonos, confesándole nuestros pecados con arrepentimiento sincero y aceptando el don de su amor.

Si lo haces, en tu propia experiencia tendrás la evidencia más convincente de que Dios existe, que «es galardonador de los que le buscan» [20] y que conocerle y conocer a su Hijo Jesucristo es la vida eterna [21].

(20) Hebreos 11:6.
(21) Juan 17:3.

III

"Y CREO DIOS AL HOMBRE"

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó.

Génesis 1:27.

Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿qué es el hombre para que tengas de él memoria y el hijo del hombre que lo visites?

Salmo 8:3-4.

REFIERE la mitología griega que cuando Edipo acudió al oráculo de Delfos para conocer su origen y su destino, la primera respuesta que recibió fue: «Mejor que nunca sepas lo que eres».

Parece que muchas personas en nuestros días aceptan la recomendación de aquel famoso oráculo. ¿Para qué preocuparnos de lo que somos? Pero el hombre consciente de sí mismo no se siente satisfecho viviendo en la ignorancia. No puede renunciar a saber de dónde viene y adónde va.

Desgraciadamente todas las fuentes humanas de conocimiento han sido inútiles para contestar las preguntas relativas a nuestro origen y nuestro destino. Pero hay una fuente de revelación que nos da la respuesta. El Libro que nos ha descorrido el velo que envolvía la existencia y la personalidad de Dios es el que nos aclara los misterios de nuestra propia personalidad y de nuestra vida, en su génesis, su existencia actual y su futuro.

En contestación a esa pregunta del salmista «¿Qué es el hombre?», la Biblia destaca tres puntos inconfundibles: la grandeza del hombre, su miseria y su salvación.

I. LA GRANDEZA DEL HOMBRE

Las Escrituras afirman que el hombre es lo más grande que hay en la tierra. Y eso no según el concepto del humanismo o la evolución materialista que ve en el hombre la cúspide de una serie de transformaciones naturales y ciegas de seres que han ido adaptándose a su medio ambiente, ascendiendo siempre hasta hacer del animal el «homo sapiens». El concepto bíblico es mucho más elevado. Como hemos leído, el salmista David alaba a Dios y dice: «Le has hecho (al hombre) un poco menor que los ángeles» [1].

En la primera palabra encontramos el principio de la explicación. «Le has hecho». El hombre es obra de Dios; no es el resultado de una evolución sin inteligencia. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. No vamos a entrar en especulaciones sobre el procedimiento que Dios usó para la creación de aquel ser, único entre todos los seres creados en el mundo, que había de ser reflejo, en su grandeza, de la grandeza y majestad del Creador mismo. Cuando la Biblia dice que Dios hizo al hombre a su imagen [2] nos ha dicho todo lo que necesitábamos para comprender que realmente el ser humano, al salir de las manos de Dios, era algo verdaderamente grande.

Llevar la imagen y semejanza de Dios significaba que

(1) Salmo 8:5.
(2) Génesis 1:26, 27.

el hombre había de tener una personalidad, cosa que no tenía ningún otro de los seres creados antes de él. Implicaba que el hombre tenía una inteligencia, unos sentimientos y una voluntad que podría usar libremente de acuerdo con los dictados de su inteligencia y de los sentimientos de rectitud que Dios había puesto en su alma.

Así el hombre vendría a ser no sólo diferente, sino superior a todos los otros animales. Los irracionales tienen instintos maravillosos. Quedamos sorprendidos cuando vemos cómo una golondrina construye su nido bajo los aleros de nuestros tejados; quizá nosotros no podríamos hacer una cosa idéntica. Pero la golondrina construye sus nidos hoy exactamente igual que hace cuatro mil años. Lo mismo podemos decir de todos los demás animales. Tienen instinto, pero no inteligencia.

Tampoco tienen conciencia. Un caballo matará de una coz a un niño, y acudirá tan tranquilo a comerse su ración de cebada. El hombre, por su conciencia, puede discernir entre el bien y el mal, y cuando practica el mal se originan conflictos angustiosos en el interior de su alma.

Sobre todo, el hombre, en su estado original, tenía comunión con Dios. Su voluntad estaba en armonía con la voluntad divina. En su obediencia perfecta al Dios Soberano que le había creado radicaba el secreto de su mayor grandeza y felicidad. El hombre en la plenitud de su personalidad vive con Dios y para Dios. De lo contrario se convierte en un ser miserable. Esta miseria le sobrevino al hombre cuando se rebeló contra Dios desobedeciéndole.

Como consecuencia del pecado, la imagen de Dios quedó terriblemente desfigurada; pero todavía hoy, después de miles de años en que el pecado ha ido destrozando a la humanidad, el hombre sigue siendo, en muchos aspectos,

superior a todos los demás seres. Creo que fue Pascal quien dijo: «El hombre es más grande que el universo entero; el universo puede aplastarlo, pero **no sabe** que lo aplasta». La grandeza del universo depende únicamente de su extensión, pero carece de inteligencia. El hombre, casi infinitamente más pequeño, «sabe». ¡He ahí la gran diferencia! No es de extrañar que Cicerón definiera al hombre como «un dios inmortal», aunque nosotros, naturalmente, no podamos aceptar esta definición, pues entre el hombre y Dios hay un abismo infinito de distancia en cuanto a sabiduría, poder, majestad, santidad y gloria.

Enseña la Biblia algo más sobre el hombre: su inmortalidad. ¿Es verdad que el hombre con toda su grandeza, con toda su inteligencia, con todos sus sentimientos y con sus tremendas ansias de vida ha de morir? Sí, es verdad. ¿Quién se atrevería a negarlo si a cada paso estamos viendo los zarpazos de la muerte? Sin embargo, la Palabra de Dios declara que hay algo en el hombre que no muere. Dios al crear al hombre le confirió la capacidad de sobrevivir aun cuando su cuerpo llegara a desintegrarse por la muerte física. Ya no nos hallamos frente al enigma indescifrable de Job cuando preguntaba: «Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?» [3]. Ni nos apoyamos en materia tan importante sobre lo que se ha llamado el consenso universal, la creencia que ha habido en todos los tiempos y en todos los pueblos de que después de la muerte, de alguna manera, el hombre sigue viviendo. No se trata de conjeturas ni presentimientos, por universales que sean. Se trata de una revelación luminosa hecha por Cristo mismo. Fue él quien refirió aquella parábola, tan llena de luz, del

(3) Job 14:14.

rico y Lázaro. Murió el rico y su alma fue al infierno; murió el pobre Lázaro y su alma fue llevada por los ángeles al seno de Abraham, donde era consolado [4]. No todo se extingue con la muerte; no todo cesa cuando deja de latir el corazón. Por eso Cristo dijo a sus discípulos: «No temáis a los que matan el cuerpo y después ya no tienen nada más que hacer. Yo os enseñaré a quién temáis; temed a Dios, el cual puede destruir cuerpo y alma en el infierno» [5].

Esto hace que verdaderamente el hombre, cualquier hombre, sea portador de valores eternos. Y esto confiere a todo ser humano sin distinción de raza o condición social una dignidad extraordinaria y un carácter verdaderamente sagrado. A pesar del pecado, a pesar de que todo hombre por naturaleza lleve consigo la ruina moral y espiritual ocasionada por la rebelión contra Dios, cada hombre tiene un valor incalculable. Fue después del pecado que Dios dijo: «El que derrame sangre de hombre tendrá que pagar con su propia sangre, porque a imagen de Dios es hecho el hombre» [6].

Un hombre de posición distinguida y eminentemente culto dialogaba con un trabajador que llevaba un traje viejo y remendado. Pasó junto a ellos un caballero de la alta sociedad, amigo del primero, y le miró con un gesto de desprecio, como diciendo: «¿Qué haces hablando con ese paria?» La respuesta fue para hacer pensar: «No hablo con el traje, sino con el hombre que lo lleva».

Cualquier hombre a los ojos de su Creador tiene un valor infinito. No por lo que actualmente es, pero sí por

(4) Lucas 16:19-31.
(5) Mateo 10:28.
(6) Génesis 9:6 y Santiago 3:9.

lo que es potencialmente, por lo que Dios puede hacer de él. Y me atrevo a decir más; si no fuese por ese valor del hombre, Dios no habría enviado a su Hijo al mundo para salvarnos. Pero valía demasiado para él lo que ya se había perdido y corría el riesgo de perderse eternamente.

II. LA MISERIA DEL HOMBRE

Sin embargo, debemos tratar de equilibrar nuestros conceptos, no sea que alguien llegue a ufanarse de una grandeza irreal. La Palabra de Dios, además de hablarnos de la majestad que el Creador confirió al hombre, nos habla de su terrible miseria.

¡Cuán triste la historia de la humanidad desde que el pecado entró en el mundo! Tendremos ocasión de considerar este tema con mayor amplitud; pero ya ahora señalemos que a causa del pecado el hombre ha quedado sumido en la miseria y en la muerte espiritual.

Moralmente se ha degenerado. Lejos de evolucionar en sentido ascendente, como algunos pretenden, ha ido hundiéndose cada vez más en la inmoralidad, la violencia, la injusticia y la impiedad. En nuestros días es triste ver que el hombre, aquel ser que fue hecho por Dios un poco menor que los ángeles, ahora es un poco mayor que las bestias [7].

Por su pecado, el hombre quedó excluido del Edén. El Edén era la verdadera esfera en que el hombre había de vivir. Además de su realidad histórica, es símbolo de una posición y de una vida. Nos habla del hombre que, en toda

(7) Romanos 1:18-32.

su grandeza, como señor de la tierra, se mantiene como siervo de Dios, con el cual está unido en comunión muy estrecha. Pero el hombre, después del pecado, se encuentra fuera de esa esfera. Diríamos, usando lenguaje de nuestros días, que el hombre está fuera de su órbita. A menudo leemos en la prensa que un satélite no ha entrado en órbita. Lo que se quiere decir simplemente es que el experimento ha sido un fracaso. Y el hombre es un fracaso en todos los órdenes de su vida, en el individual, en el familiar, en el social, en el político, en el nacional y en el internacional porque está fuera de órbita, fuera de Dios.

En consecuencia, todo ser humano vive ahora bajo el signo de la frustración. Hay un libro en la Biblia, el libro de Eclesiastés, que nos pinta con los más vivos colores la condición humana «debajo del sol», es decir, desde el punto de vista terreno, tal como se vive la vida sin Dios y sin esperanza. Todo se resume en una sola expresión: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad» [8], lo que equivale a un vacío imponente y desconsolador. Sí, hay un enorme vacío en el alma humana que sólo Dios puede llenar.

Además, domina al hombre un sentimiento de angustia, de zozobra y abatimiento semejante al de Job cuando decía: «El hombre nacido de mujer, corto de días y hastiado de sinsabores» [9]. Esas palabras no son solamente el lamento de un pesimista atribulado en un momento de desesperación. Es la conclusión a que llega toda persona que examina fría y objetivamente la existencia humana en la tierra. Si solamente vivimos para esta vida y para lo que el mundo puede ofrecernos, los más pobres y mise-

(8) Eclesiastés 1:2.
(9) Job 14:1.

rables somos, porque teniendo aspiraciones grandiosas y eternas todo queda encerrado en el tiempo y en el espacio, todo queda aprisionado en el polvo de la tierra.

Ese sentimiento de frustración está llevando a no pocas personas a la locura; a veces a la locura literal, siempre a la locura espiritual. Porque ¿acaso no es locura considerar las cosas de este mundo, que sólo debieran ser medios, como fin de nuestra existencia? ¿No es locura tratar de ganar el mundo con sus riquezas y placeres y disfrutarlos tratando de olvidar la gran vanidad, el gran vacío que subsiste cuando no se tiene a Dios?

Pero esa locura no puede eliminar el temor, y el temor es otra de las características de la humanidad. Lo es cada vez más, a medida que la humanidad avanza en el transcurso de su historia. Desde fines de la primera guerra mundial el mundo está viviendo un período de «crisis». Todas las ilusiones que muchos se hacían de un mundo mejor, en el cual reinarían la paz y la justicia, se han desvanecido ya completamente. El hombre, que ha sido siempre esclavo del temor, ahora lo es más que nunca. Temor al sufrimiento, temor a lo desconocido, temor a la muerte.

Muchas personas tratan de olvidar este final inevitable; por eso procuran vivir muy activamente, de modo que no les quede un momento para pensar. Esa es su solución para no sentir el peso de la angustia. Pero, a pesar de todo, el temor a la muerte es inevitable.

Un poeta español contemporáneo, José Luis Hidalgo, que había pensado mucho sobre el fin de su vida, escribía en uno de sus poemas: «Estoy oyendo pasos por la alfombra; el aire del cuarto está lleno de algo, de no sé qué. Hay por el silencio como una sombra, largo escalofrío en mi carne, y veo pies sonámbulos...» Alguien comentó sobre él

que murió sin hallar su «seguro dentro de sí mismo». Todo es oscuridad, incertidumbre y temor al pensar en la muerte cuando falta la luz de la Verdad, cuando falta el centro seguro que no puede ser uno mismo sino Cristo.

¡Cómo necesita el mundo que el Evangelio con su luz radiante sea predicado para que los hombres sean liberados del temor, de la locura, de la frustración y de la miseria en que el hombre se encuentra! Muy grande es el hombre, pero al mismo tiempo muy miserable. Es la más tremenda de las contradicciones; como alguien lo ha expresado, «el hombre es la gloria y el escándalo más grande del universo».

Lo que podía apreciarse en un busto de Lord Byron que se colocó en la Biblioteca del Trinity College, en Cambridge, es algo que expresa la condición de toda persona humana. El bibliotecario solía llevar a los visitantes a un lugar determinado de la habitación. «Contemplen ustedes el busto», decía. Uno no podía menos que exclamar: «¡Oh, qué expresión de inteligencia! ¡Un genio!» — «Ahora vengan ustedes acá», añadía el bibliotecario, y los llevaba a otro ángulo de la habitación. «Miren ahora desde aquí». Por lo general la exclamación en este lugar también era unánime: «¡Es un demonio!». Dos aspectos distintos de la misma personalidad. Eso puede decirse no sólo de tan eximio poeta inglés, sino de todo ser humano. Puede decirse de ti y de mí.

Grandeza y miseria, aunque más miseria que grandeza, he aquí las dos palabras que expresan la condición del hombre. Pero la Biblia nos enseña algo más.

III. LA SALVACION DEL HOMBRE

El apóstol Pablo en su carta dirigida a Tito dice que

«la gracia de Dios que trae salvación a todos los hombres se ha manifestado» [10]. Se ha manifestado desde el principio. Desde el momento en que el hombre cayó en su miseria, Dios empezó a actuar. Fue en el Edén mismo, antes de expulsarlo, donde Dios le dio la promesa de un Redentor. Fue inmediatamente después de la caída que, según leemos en el libro del Génesis, Dios cubrió a Adán y Eva con pieles, en contraste con los delantales de hojas que ellos habían tratado de improvisar para cubrir su desnudez. No podrían cubrirse con vestiduras de su propia confección; Dios mismo los vestiría. Como han sugerido algunos comentaristas del texto sagrado, antes de que hubiera pieles para cubrir a aquellos primeros pecadores debió de haber sacrificio de víctimas. Hallamos aquí una hermosa ilustración de la gracia de Dios manifestada a favor de los pecadores, perdonando su pecado y cubriéndolos con el manto de su divina justicia. Pero esto sólo podía hacerse con el sacrificio propiciatorio de Cristo en el Calvario.

A lo largo de muchos siglos, después de la expulsión del Edén, la gracia de Dios siguió manifestándose a través de patriarcas y profetas, resaltando siempre por un lado la gravedad del pecado y lo trágico de sus consecuencias, y por otro el remedio que Dios proveía.

«Volveos, volveos, ¿por qué moriréis?» [11]. «Mirad a mí y sed salvos todos los términos de la tierra» [12]. «Yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí» [13]. Con estas palabras Dios trataba de mantener la esperanza de su pueblo hasta el cumplimiento del tiempo en que envió a

(10) Tito 2:11.
(11) Ezequiel 33:11.
(12) Isaías 45:22.
(13) Isaías 43:25.

su Hijo. En él se consuma la maravilla de su gracia. El era el Cordero de Dios que quitaría el pecado del mundo. El sería «hecho pecado por nosotros para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él» [14].

Cristo ha venido para devolvernos lo que habíamos perdido, para restaurarnos aumentada aquella gloria de la cual estamos destituidos a causa de nuestro pecado.

Sí, amigo, Cristo quiere darte una nueva personalidad haciéndote nacer de nuevo espiritualmente. Quiere concederte una mayor dignidad, haciéndote hijo de Dios. Quiere proporcionarte una nueva perspectiva de la vida y la eternidad.

No hay nada como esa grandeza que Cristo quiere darte. Pero si quieres poseerla has de reconocer y confesar tu situación actual de miseria. No basta con aceptar el hecho del pecado como verdad doctrinal porque la Biblia dice que «no hay justo ni aun uno». Tienes que examinar tu vida y tu corazón y tienes que permitir al Espíritu de Dios que te muestre lo que verdaderamente eres ante sus ojos. Esto te moverá a postrarte ante Dios, a confesarle tus pecados y decir: «Dios mío, ten misericordia de mí».

Si se lo dices de veras, en ese mismo momento Dios hará de ti un hombre nuevo, una nueva creación destinada a mostrar por los siglos de los siglos la gloria de la semejanza de Cristo, quien es la más perfecta imagen de Dios.

(14) II Corintios 5:21.

IV

"EL PECADO ENTRÓ EN EL MUNDO"

Como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

Romanos 5:12.

DESPUES de haber considerado la grandeza del hombre y su miseria, examinemos más detenidamente la causa de tal miseria, el pecado. Nadie puede negar la existencia de ese mal, causa de los demás males que han sido la suerte común de todos los hombres, y nadie debe tratar de atenuar su gravedad. Reducir el pecado a la ignorancia, a la limitación humana o a la influencia del medio ambiente, como pretenden algunos sicólogos, es desconocer su verdadera naturaleza.

Es importante que entendamos lo que la Biblia dice acerca del pecado, porque de lo contrario no entenderemos el resto del mensaje del evangelio. Es de las ruinas causadas por el pecado que Dios levanta el glorioso edificio de nuestra salvación.

Basaremos esencialmente nuestro mensaje en las enseñanzas contenidas en los primeros capítulos de la carta escrita por Pablo a los Romanos. Hace un resumen de toda ella cuando dice: «No me avergüenzo del evangelio porque es potencia de Dios para dar salvación a todo aquel que cree, al judío primeramente y también al griego; porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para

fe» [1]. A partir de esa introducción, Pablo desarrolla la más magistral de las exposiciones que se han hecho del evangelio.

Su primer punto trata del pecado en sus diversas manifestaciones.

I. NATURALEZA DEL PECADO

Recordemos el primer pecado que se cometió en el mundo. Este hecho estaba en la mente del apóstol cuando escribía: «El pecado entró en el mundo por un hombre» [2]. Hallamos el hecho registrado en el libro del Génesis [3] y luego encontramos referencias al mismo hecho en diversos lugares de las Escrituras, lo que nos lleva a la conclusión de que el relato no es mito sino verdadera historia, bien que expresada en lenguaje bien escogido, no exento de elementos simbólicos, para una narración de tan profundo significado.

Ese relato presenta dos aspectos de la actitud humana producida por el pecado. Por un lado, falta de fe en Dios; por otro, egoísmo. Adán, una vez ha cedido voluntariamente a la tentación, desconfía. Además quiere usurpar a Dios el derecho de ser Soberano y sustituir la autoridad divina por su propia voluntad. En el fondo de todo pecado se encierran siempre esos dos elementos: un desprecio a la Palabra de Dios y un afán de ser nosotros los que gobernemos nuestra vida independientemente de Dios.

(1) Romanos 1:16-17.
(2) Romanos 5:12.
(3) Génesis 3.

Hemos dicho a menudo que para muchos hombres es cosa fácil profesar una religión. En ciertos países da visos de honorabilidad que en algunos estratos de la sociedad resultan ventajosos. Y al fin y al cabo profesar una religión cuesta muy poco. Sí, es verdad; lo que cuesta es someterse verdaderamente a Dios y tomar su palabra en serio, porque entonces Dios debe intervenir en todos los asuntos de nuestra vida, aun los más íntimos. El hombre caído se rebela contra eso.

Son famosas las palabras de Luis XIV, rey de Francia: «El Estado soy yo». Y el hombre, con un espíritu no menos absolutista, piensa: «Mi dios soy yo». Enrique Heine declaró en cierta ocasión: «No soy ningún niño; ya no necesito un Padre celestial». ¿Cuántos no piensan lo mismo? ¡Oh, cuán terrible y blasfema es la soberbia del corazón humano en rebeldía contra Dios!

Y hay quien cree ser buena persona a pesar de su enemistad con el Creador. Más de una vez he usado la siguiente ilustración. Imaginémonos un joven inteligente, de finos modales, activo, buen trabajador, buen amigo, buen ciudadano... Pero es un hijo pródigo. Un día, cegado por la ambición, riñó con su padre y le abandonó. Desde entonces no quiere saber nada de él. Hasta trata de convencerse de que su padre nunca existió. ¿Podríamos decir que tal joven es noble y bueno? Lo correcto de su conducta en la sociedad nunca borrará su iniquidad como hijo. Así, aunque un hombre sea muy honrado y justo en la opinión de sus semejantes, si es un hijo pródigo para Dios —y lo somos todos por nuestra naturaleza caída— es un perverso. Por eso, en el Nuevo Testamento, se nos presenta la incredulidad y la oposición a Cristo, el Hijo de Dios, como el mayor de los pecados; «el que cree en el Hijo tiene la vida eterna, mas

el que es incrédulo al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él» [4].

Pronto esa rebelión contra Dios, ese desprecio de su Palabra y ese egoísmo engendran nuevas formas de pecado. En Adán y Eva el pecado produjo inmediatamente osadía y desvergüenza. Corrieron a esconderse porque eran conscientes de su desnudez, física y moral, pues no tenían con qué cubrirse o justificarse delante de Dios. Pero se atrevieron a criticarle y casi culparle de la desobediencia en que ellos libremente habían caído. A la desvergüenza siguió en el mundo una serie de sentimientos y actos perversos que se fueron sucediendo de modo espantoso. Envidia, ira, violencia, sensualidad... En una palabra, injusticia.

El mal fue desbordándose cada vez más. Para poner dique a tanta maldad, Dios tuvo que destruir el mundo antiguo con un diluvio. Ciudades enteras, como Sodoma y Gomorra fueron exterminadas. A lo largo de la Historia encontramos severos juicios divinos sobre individuos y pueblos. Bástenos recordar entre los más recientes el derrumbamiento espectacular del infame régimen hitleriano. Si Dios no obra siempre de la misma manera, no es porque el mundo haya mejorado. Lo que sucede es que Dios, en esta era del evangelio de la gracia, es paciente para con todos, no queriendo que nadie perezca, sino que todos los hombres lleguen al arrepentimiento y sean salvos [5].

Hoy, como en todos los tiempos, los hombres se caracterizan por su impiedad e injusticia, los dos aspectos principales del pecado. Impiedad: pecado contra Dios; injusticia: pecado contra el hombre. Unas veces esa injusticia se

(4) Juan 3:36.
(5) II Pedro 3:9.

ha manifestado en perjuicio del prójimo, en forma de crimen, otras en contra del mismo pecador, en forma de vicio. Pero el salmista David entendía muy bien lo ofensivo que es para Dios toda clase de pecado cuando, después de haber cometido adulterio y un homicidio, exclama: «A ti, oh Dios, a ti sólo he pecado y hecho lo malo delante de tus ojos» [6].

En todo lo que llevamos dicho, hemos visto el pecado manifestado en actos y actitudes. Pero hemos de ahondar hasta descubrir en el fondo de todo ser humano una naturaleza depravada con tendencias pecaminosas irreformables. Los pecados que aparecen en la conducta se han gestado en el corazón. «Porque del corazón salen los malos pensamientos, muertes, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias...» [7]. Santiago expresa la misma verdad con gran fuerza cuando dice: «Cada uno es tentado cuando de su propia concupiscencia es atraído y cebado. Y la concupiscencia, después que ha concebido, pare el pecado, y el pecado, siendo cumplido, engendra muerte» [8].

El apóstol Pablo se refiere al mismo hecho cuando habla de la «carne», cuya tendencia es «enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios ni tampoco puede» [9]. En nuestra «carne», sinónimo de nuestra naturaleza humana caída, «no mora el bien» [10]. El hombre está vendido a sujeción de pecado [11]. Del mismo modo que los cuerpos

(6) Salmo 51:4.
(7) Mateo 15:19.
(8) Santiago 1:15.
(9) Romanos 8:7.
(10) Romanos 7:18.
(11) Romanos 7:14.

físicos son atraídos hacia la tierra por la ley de gravedad, así el hombre se siente atraído hacia el pecado por la fuerza de otra ley que le lleva cautivo a la ley del pecado que está en sus miembros [12].

Si en vez de mirar al exterior, a la conducta visible muchas veces barnizada de honorabilidad humana, miráramos al interior de nuestro corazón, veríamos en él toda la inmundicia, todas las pasiones y vilezas que condenamos en los pecadores de vida escandalosa. Ahí están, a menudo reprimidas como los gases y el fuego de un volcán que no llega a entrar en erupción. ¡Pero existen! Y porque interiormente el hombre se recrea en ellas, su corazón le condena. «¡Miserable hombre de mí!» [13], exclamaba Pablo al ver lo que era por naturaleza. Es la exclamación de toda persona que llega a conocerse de veras a sí misma.

Todo lo expuesto nos ayudará a entender algo de la gravedad del pecado ante la santidad divina. Por ser el hombre un ser responsable en lo moral, en quien obra la conciencia del bien y el mal, pudiendo reclamar el auxilio de la gracia divina, aun en su estado perdido, el pecado lleva aparejada la culpa. El pecador es un delincuente, un criminal, sobre quien pende la justicia del Todopoderoso, «porque manifiesta es la ira del Dios del cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres» [14] y a menos que haya reconciliación entre el hombre y Dios, aquél tendrá que sufrir en este mundo y en la eternidad las consecuencias de su rebelión.

(12) Romanos 7:23.
(13) Romanos 7:24.
(14) Romanos 1:18.

II. LA UNIVERSALIDAD DEL PECADO

Tal vez alguien se consolará pensando: «Todo eso que la Biblia dice sobre la ira de Dios debe de ser algo que está reservado para los grandes pecadores». Pero la Biblia no nos presenta tal concepto; no nos dice que Dios va a castigar sólo a algunas personas sumamente malas. El Señor Jesucristo dijo: «Si no os arrepintiereis, todos pereceréis igualmente» [15]. La Palabra de Dios, al hablarnos del pecado y su naturaleza, nos habla también de su universalidad. Nos dice que en el mundo todos han pecado y que «no hay justo ni aun uno» [16]: «Todos nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino» [17].

El término que tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se usa más a menudo para expresar la idea de pecado significa literalmente «errar el blanco». Todo lo que no sea alcanzar la diana de la perfección conforme a la voluntad de Dios es errar el blanco u objetivo de nuestra existencia, y es pecado. No importa cuánto nos hayamos apartado del centro de la voluntad divina. Santiago dice: «Cualquiera que hubiere guardado toda la ley y ofendiere en un punto es hecho culpado de todos» [18]. Con igual énfasis cita Pablo un texto del Antiguo Testamento: «Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley para hacerlas» [19]. ¿Quién puede afirmar que ha cumplido todos los mandamientos de Dios sin infringir ni un solo punto?

(15) Lucas 13:3.
(16) Romanos 3:10.
(17) Isaías 53:6.
(18) Santiago 2:10.
(19) Gálatas 3:10.

Eso es lo que Pablo expone en su carta a los Romanos. Clasifica el mundo de sus días en dos grupos: gentiles paganos y judíos religiosos. El apóstol demuestra que unos y otros han pecado.

El pecado «pagano».

El pecado de los gentiles se manifestó en el menosprecio de la revelación natural que Dios les había dado. Como leemos en el capítulo 1:20: «Las cosas invisibles de Dios, su eterna potencia y divinidad se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas». Pero ellos cerraron sus ojos a las evidencias de la gloria y el poder de Dios y cayeron en la idolatría. También en nuestros días hay muchas personas que, teniendo esa revelación natural, desprecian y desoyen el mensaje de Dios proclamado por las maravillas de cielos y tierra.

Otra manifestación del pecado de los gentiles lo hallamos en la cauterización de la conciencia. En el capítulo 2:15 leemos de «la ley escrita en sus corazones, dando testimonio juntamente su conciencia». Aun sin tener la revelación más completa de las Sagradas Escrituras, Dios ha dado a todo ser humano una ley moral grabada en lo íntimo de su naturaleza y le ha dado una conciencia; pero a pesar de esa ley moral y de esa conciencia el hombre desobedece y vive contrariamente a lo que él reconoce como deber.

Otra faceta del pecado es la infatuación de la inteligencia: «Profesando ser sabios, se hicieron necios. Se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido» [20].

(20) Romanos 1:21.

El hombre se gloría hoy más que nunca de su ciencia, de sus descubrimientos, de su progreso técnico; pero su inteligencia ofuscada por la soberbia nunca le servirá para llegar a conocer a Dios. Y, sin Dios, el hombre, embriagado de su saber está labrando su propia ruina. A semejanza del aprendiz de mago, está desatando vientos que luego no podrá controlar. No falta necedad en un progreso que puede acelerar y hacer más terrible y masiva la destrucción de los hombres.

Ha acompañado a la infatuación intelectual el oscurecimiento espiritual: «El necio corazón de ellos fue entenebrecido».

La oscuridad de la ignorancia, de la superstición, de una fe ciega, de la incredulidad o del escepticismo, hace que los hombres anden a tientas. El mundo en su conjunto y cada hombre en particular no sabe dónde está ni adónde va. Habiendo perdido la visión espiritual, ha de avanzar palpando, asiéndose de lo material. Esto explica la idolatría de todos los tiempos, otra forma de pecado mencionada por Pablo [21]. A los hombres les cuesta conocer y adorar a un Dios que es espíritu. Les resulta mucho más fácil hacerse dioses a su imagen y semejanza, dioses que compartan y satisfagan las pasiones de los hombres. Así lo vemos en el paganismo antiguo, del que decía Bossuet: «Todo era Dios menos Dios mismo». ¡Y así lo vemos en el de nuestros días! Ya no hay templos dedicados a Marte, pero los hombres no cesan de inclinarse al dios (o demonio) de la guerra; ya no se adora a Venus, pero infinidad de vidas son inmoladas aún en los altares de la inmoralidad; ni se honra a Baco, pero la sensualidad en sus formas más refinadas

(21) Romanos 1:23.

parece la norma de vida de la mayoría de las gentes. «Comamos y bebamos, que mañana moriremos» [22], sigue siendo el lema de multitudes. El poder y el placer: he aquí los dos grandes ídolos ante los cuales sigue postrándose la humanidad de nuestro tiempo, mientras olvida y desprecia al Dios vivo y verdadero.

En el versículo 24 dice el apóstol Pablo que a causa del extravío humano y por no haber querido los hombres dar a Dios la gloria que le correspondía, Dios los entregó a la inmoralidad. Simplemente los abandonó a las justas consecuencias de su propia elección. El hombre elige el pecado porque se deleita en él. Entonces Dios dice: «Pues sigue el camino de tu pecado». El resultado es que el hombre va hundiéndose cada vez más en los abismos de la degradación.

El tiempo nos faltaría si hubiéramos de considerar todas las formas del pecado manifestadas en el mundo, y desarrolladas en mayor o menor grado en todo ser humano. Aun los mayores crímenes se hallan en estado latente en el corazón de cualquier hombre. «Estando atestados —leemos en el versículo 29— de toda iniquidad, de fornicación, de malicia, de avaricia, de maldad, llenos de envidias, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malignidades, murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; que habiendo entendido el juicio de Dios que los que hacen tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, mas aún consienten a los que las hacen». Eso es el mundo. Eso es el corazón humano.

(22) I Corintios 15:32.

El pecado «religioso».

El apóstol Pablo, con objeto de demostrar la universalidad del pecado, pasa a exponer en el capítulo 2 de su epístola a los Romanos el pecado de los judíos.

No sólo los gentiles paganos estaban condenados por su impiedad e injusticia. Los judíos, el llamado «pueblo de Dios», los depositarios de la revelación divina, también estaban bajo pecado y condenación [23]. En lo que ellos juzgaban a los gentiles se condenaban a sí mismos, pues hacían las mismas cosas. La mayor luz que poseían no los hacía mejores sino más responsables. Los judíos, que trataban de enseñar a los gentiles que no debían hurtar, ni adulterar, ni honrar a los ídolos, hurtaban, adulteraban y cometían sacrilegio [24].

Todavía hay personas que confían en su religiosidad y conocimiento de la verdad cristiana para justificarse y salvarse. Pero su pretendida piedad y ortodoxia no los libra del poder del pecado que anida en todo ser humano, pagano o judío, ateo o religioso.

De hecho, las recriminaciones más severas salidas de labios de Jesús fueron dirigidas a los hombres más religiosos de su tiempo, a los escribas y fariseos que, a pesar de sus ayunos y oraciones, habían invalidado el mandamiento de Dios por su tradición; resistían al Espíritu Santo y habían llegado al borde del pecado imperdonable. Quien lea en el capítulo 23 de San Mateo los «ayes» fulminados contra ellos por Jesús comprenderá claramente que ser militante celoso en las filas de una religión no equivale a ser

(23) Romanos 3:9.
(24) Romanos 2:17-24.

justo ante los ojos de Dios. Más bien descubrirá que no pocas veces el religioso añade a los pecados comunes a los demás hombres la agravante de la simulación.

¡Cuán profunda y variada es la perversidad que despliega ante el universo nuestra humanidad! Un poema galés refiere que Dios pasaba un día revista a los astros. A medida que iban desfilando uno tras otro, la creación entera se alborozaba al ver la gloria de Dios que en cada uno de ellos se exhibía. Cuando desfiló la tierra, Dios se sonrojó. Disentimos del poeta en la forma que dio a su pensamiento. Dios no tenía motivos para sonrojarse; era el hombre el que debía morirse de vergüenza. Pero en el fondo resalta admirablemente lo terrible y repulsivo del pecado.

Y de esta fealdad moral, repitámoslo una vez más, nadie está exento. Un predicador americano quiso en cierta ocasión ilustrar la idea de la universalidad del pecado. A tal efecto colocó un ataúd al pie del púlpito de su iglesia y empezó su sermón diciendo que en aquel ataúd había una persona que había cometido toda clase de pecados. Había injuriado a Dios, se había burlado de su Palabra, había ofendido a Cristo, había rechazado al Espíriu Santo y había dañado infinidad de veces a sus semejantes. Por eso Dios lo había matado. «Cuando haya terminado el culto —dijo— desfilad y pasad a verlo». La congregación, movida por la curiosidad, obedeció la recomendación del predicador. Empezaron a desfilar. El ataúd estaba completamente vacío; pero todo su fondo era un espejo. Cada uno de los que iban pasando se veía reflejado en el interior del féretro.

La Biblia viene a confirmar esta triste ilustración. Si tú y yo desfilamos ante el espejo de la Palabra de Dios

habremos de reconocer nuestra culpabilidad. Estaremos de acuerdo en que verdaderamente «no hay justo ni aun uno».

III. SUS FATALES CONSECUENCIAS

La Biblia nos dice que **el pecado embrutece a los hombres.** Hablando de su pueblo Israel, por medio del profeta Isaías, decía Dios: «Crié hijos y engrandecílos, y ellos se rebelaron contra mí. El buey conoce a su dueño y el asno el pesebre de su señor; pero mi pueblo no conoce, no tiene entendimiento». La rebeldía lo había embrutecido hasta el extremo de situarlo en un nivel inferior al de los animales. En este nivel se encuentran no sólo las personas más degeneradas sino todos los seres humanos. No alcanzamos aquello para lo cual Dios nos creó, la perfección moral en comunión con él. Por tanto ya hemos descendido. ¡Cuán caídos nos deben de ver los ángeles desde el cielo! Con posibilidades de vidas gloriosas con Dios, sin él nos arrastramos con el solo pensamiento de satisfacer nuestros instintos.

Además **el pecado esclaviza.** El Señor Jesucristo dijo: «Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado» [25] y nadie puede librarse de esa esclavitud por sus propios esfuerzos.

Viene a mi mente la historia del profeta Balaam. A pesar de que conocía la voluntad de Dios, movido por su ambición, emprende viaje en respuesta al llamamiento de Balac, el rey de Moab enemigo de Israel. No había cabalgado

(25) Juan 8:34.

mucho cuando le fue revelado el pecado de su obstinación, bajo la cual latía una sórdida codicia. Entonces Balaam dice: «He pecado... mas ahora me volveré» [26]. Pero no se volvió y prosiguió su camino hasta su completa perdición. Ha sido la experiencia de muchas personas. Al llegar a ciertos puntos de su vida de maldad y vicio han querido retroceder, pero ha habido una fuerza superior a sus deseos que les ha impulsado para seguir adelante, precipitándose más y más por las pendientes del mal.

Todo eso **ocasiona sufrimiento.** El pronóstico que Dios hizo a nuestros primeros padres ha ido cumpliéndose: fatiga, sudor, tribulación, disgustos, temores, lágrimas...

Y la última consecuencia, la más fatal por ser irreparable, **la muerte.** Dios previno a Adán contra este desenlace funesto [27] y el apóstol Pablo afirma enfáticamente que «la paga del pecado es muerte» [28]. La Biblia nos habla de tres clases de muerte: la muerte física en la cual se separa el alma del cuerpo; la muerte espiritual, que es el estado en que nos hallamos por naturaleza cuando vivimos sin Dios. Y la muerte eterna que es el estado de condenación y miseria en que quedan aquellas personas que parten de este mundo sin haberse reconciliado con Dios.

IV. EL REMEDIO CONTRA EL PECADO

En esta misma carta a los Romanos, en el capítulo 5, dice el apóstol Pablo: «Dios encarece su amor para con nosotros, porque siendo aún pecadores, Cristo murió por

(26) Números 22:34.
(27) Génesis 2:17.
(28) Romanos 6:23.

nosotros. Luego mucho más ahora, justificados por su sangre, por él seremos salvos de la ira, porque si siendo enemigos fuimos reconciliados por Dios, por la muerte de su Hijo, mucho más estando reconciliados seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, más aún nos gloriamos en Dios por el Señor Jesucristo, por el cual hemos ahora recibido la reconciliación. De consiguiente, vino la reconciliación por uno, así como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte; y la muerte así pasó a todos los hombres, pues que todos pecaron... Porque si por un delito reinó la muerte por uno —Adán— mucho más reinarán en vida por un Jesucristo los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Así que, de la manera que por un delito entró la culpa a todos los hombres para condenación, así por un acto de justicia —el de Cristo— vino la gracia a todos los hombres para justificación de muchos. Que como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos» [29].

De estos versículos tan importantes debemos subrayar algunas frases esenciales. La primera, en el versículo 8: «Cristo murió por nosotros», Cristo dio su vida como sustituto de los pecadores.

En el versículo 9: «Justificados por su sangre», ya que Cristo fue inmolado en sacrificio cruento para expiar nuestros pecados.

En el 9: «Somos salvos de la ira». Como leemos en otro texto: «La sangre de Cristo nos limpia de todo pecado» [30]. Si nos limpia de todo pecado, la justa ira de Dios

(29) Romanos 5:8-19.
(30) I Juan 1:7.

ya no puede ser descargada sobre nosotros. No podía descargarse el juicio del ángel destructor en Egipto en las casas cuyos dinteles estaban rociadas con la sangre del cordero. Querido lector, siguiendo la figura, si en el sentido espiritual permites que tu corazón sea rociado con la sangre de Cristo, la ira de Dios pasará de largo. Para ti no habrá condenación; habrás pasado de muerte a vida.

En el versículo 10 añade: «Salvos por su vida». Por su muerte somos reconciliados con Dios, porque su sangre nos limpia de todo pecado: por su vida, después de su resurrección y exaltación a la diestra del Padre, tenemos comunión con Dios y Dios la tiene con nosotros. Todo esto es grandioso y constituye el más glorioso de los remedios contra el pecado.

Alguien preguntó al gran médico inglés, Simpson, descubridor del cloroformo: «¿Cuáles han sido los más grandes descubrimientos que usted ha hecho en su vida?» «Para mí —contestó— los dos descubrimientos más grandes son éstos: primero, que soy un pecador; segundo, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores». Tenía toda la razón. ¿Podrías decir lo mismo tú? ¿Has llegado al mismo descubrimiento? ¿No ves los múltiples pecados de tu vida? ¿No te das cuenta de que tu corazón es un nido en el que se alojan los pensamientos y sentimientos más indignos? ¿No has llegado a comprender que estás perdido y condenado porque la paga del pecado es muerte eterna? Entonces vuélvete y clama al Dios cuyo amor infinito hacia ti se ha manifestado en Cristo su Hijo. Cristo muriendo por los pecadores, vertiendo su sangre, dando su vida para que tus pecados sean perdonados y para impartirte su poder contra el pecado. ¿Has descubierto eso en el mensaje del evangelio? Entonces sólo te falta exclamar como

David: «Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia, conforme a la multitud de mis pecados, borra mis rebeliones»[31], para recibir luego, por la fe, el don de la gracia de Dios.

---

(31) Salmo 51:1.

V

"EL VERBO SE HIZO CARNE"

Y aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Juan 1:14.

LA encarnación de Cristo fue la gran respuesta de Dios a la gran necesidad del hombre.

Tuvimos ya ocasión de considerar la tragedia que la caída de Adán significó para la humanidad y la imposibilidad de que el hombre se librara por sí mismo de la culpa, el poder y las consecuencias del pecado, y anticipamos entonces el remedio en un segundo Adán, Jesucristo. Ahora es de todo punto indispensable que nos detengamos a contemplar la gloria del Salvador enviado por Dios para la salvación de los pecadores.

Antes de toda otra consideración, destaquemos el hecho de que el advenimiento de Cristo al mundo constituye el acontecimiento más trascendental de la Historia. El nacimiento de Jesús no es el principio de una vida humana más; es la irrupción de Dios en el escenario terrestre para llevar a cabo la más estupenda de sus obras. En días de los antiguos profetas alguien, mirando a las alturas, dijo a Dios: «¡Oh, si rompieras los cielos y descendieras!» [1]. Un día, «venido el cumplimiento de los tiempos», como decía el

(1) Isaías 64:1.

apóstol Pablo [2], los cielos se abrieron y Dios descendió en la persona de su Hijo Unigénito, aquel Verbo que había estado «con Dios» y que «era Dios» [3] desde la eternidad.

Los apóstoles quedaron profundamente impresionados cuando les fue revelada la grandiosidad del hecho de la encarnación divina en la persona de Jesucristo. Entre ellos Juan, después de su gran afirmación «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros», añadió: «Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre» [4].

Los primeros cristianos captaron bien lo colosal de este acontecimiento y sus gloriosas consecuencias cuando cantaban:

> «Grande es el misterio de la piedad:
> Dios ha sido manifestado en carne,
> justificado en el Espíritu,
> visto de los ángeles,
> predicado a los gentiles,
> creído en el mundo,
> recibido arriba en gloria» [5].

Desde el advenimiento de Cristo al mundo todos los hombres han quedado comprometidos. La actitud que cada uno adopte ante él determinará su destino eterno. Vale la pena, pues, que sepamos lo que Dios quiere enseñarnos por medio de la Biblia sobre la persona, la misión y el llamamiento de Jesucristo.

---

(2) Gálatas 4:4.
(3) Juan 1:1, 2.
(4) Juan 1:14.
(5) I Timoteo 3:16.

I. LA PERSONA DE CRISTO

Hay varios personajes en la Historia, a los cuales se da el apelativo de grande o magno. Así se habla de Alejandro Magno, de Carlo-Magno o de Federico el Grande. Pero nadie habla de «Jesucristo el Grande», porque el único título que le cuadraría sería «el Unico», «el Incomparable». Los evangelios, y la Biblia en su conjunto, nos lo presentan como un personaje infinitamente superior a todos los hombres.

En el próximo mensaje tendremos ocasión de considerar más ampliamente los datos que los evangelios nos suministran sobre Jesús, por lo que en éste nos limitaremos únicamente a mencionar su doble naturaleza, humana y divina.

Jesucristo fue **un hombre perfecto.** Nadie hoy tendrá dificultad en admitirlo; sin embargo, hubo tiempo cuando algunos negaban su humanidad real; pensaban que Cristo era Dios y que su naturaleza humana era sólo un accidente, algo transitorio y de muy poca importancia. Los evangelios nos enseñan que Jesucristo era un hombre completo y verdadero, con cuerpo humano capaz de sufrir hambre, sed y fatiga, y un alma humana susceptible de padecer todas las angustias y dolores de cualquier otro hombre. Notamos, sin embargo, una gran diferencia entre Cristo y los demás hombres; en él no hubo pecado. De ningún otro ser humano, por muy allegado que fuese a Cristo carnalmente, puede decirse lo mismo. El fue la única excepción.

Cristo nació exento de pecado porque su concepción tuvo lugar de modo sobrenatural, por obra del Espíritu Santo, en el seno de la bienaventurada virgen María.

Para algunas personas el nacimiento virginal de Cristo constituye un problema; pero no debemos perder de vista que todos los hechos fundamentales del cristianismo son de carácter sobrenatural. Preguntó maliciosamente un escéptico a un creyente: «¿Tú podrías creer si alguien te dijera que en tu ciudad ha nacido un hombre sin padre?», a lo que el interpelado contestó: «No tendría la menor dificultad en creerlo si ese hombre viviera, muriera y resucitara como Cristo Jesús». Sí, todo en la vida de Cristo es sobrenatural, desde el principio hasta el fin. O lo aceptamos todo o hemos de rechazarlo todo. Por eso, no sólo no nos extraña, sino que consideramos una necesidad que Cristo naciera como los evangelios dicen que nació.

Cristo fue también sin pecado en su conducta. Nadie pudo jamás atribuirle la más leve culpa. Ciertamente, «no hizo pecado ni fue hallado engaño en su boca» [6].

Sin embargo, con esto no queda dicho todo lo que debe decirse de la persona de Jesús, porque además de ser hombre perfecto, **Cristo es Dios encarnado.** Lo prueban sus propias declaraciones. El dijo en una ocasión: «Yo y el Padre una cosa somos» [7], lo que motivó que los judíos se horrorizaran y le acusaran de blasfemo [8]. No podían llegar a ver la gloria de su divinidad a través del velo de su humanidad.

Un día reunió Jesús a sus discípulos en un lugar apartado y les preguntó: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?» Ellos respondieron: «Unos, Juan el Bautista; y otros, Elías; y otros, Jeremías o alguno de los

(6) I Pedro 2:22.
(7) Juan 10:30.
(8) Juan 10:33.

profetas». El les dijo: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Y ¿qué añade Jesús? ¿Rectifica lo que acaba de declarar Pedro? ¿Le dice: «No, Pedro, eso es demasiado»? Todo lo contrario: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» [9].

Ese testimonio es confirmado por el de todas las personas que llegaron a conocer realmente a Jesús. Los escritores sagrados declaran que «en el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios» [10], que Cristo era «el resplandor de la gloria de Dios y la misma imagen de su sustancia» [11]; que en él «habita la plenitud de la divinidad corporalmente» [12]; que es «Dios bendito por los siglos» [13]; que «siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse» [14].

Ese es Cristo, el Hombre-Dios; hombre perfecto y verdadero Dios, encarnado y venido a este mundo para habitar entre los hombres.

II. SU MISION

¿Y a qué vino Cristo? ¿Con qué objeto se encarnó? Con toda seguridad, podemos afirmar que la obra de Cristo en el mundo es lo más grande que se ha conocido.

(9) Mateo 16:13-17.
(10) Juan 1:1.
(11) Hebreos 1:3.
(12) Colosenses 2:9.
(13) Romanos 9:5.
(14) Filipenses 2:6.

Hace algunos años, un grupo de historiadores, entre los que figuraban Van Loon, Maurois y Ludwig, se divirtió escribiendo un libro titulado «Si... o la Historia Reescrita». Todo el libro discurre sobre el plano de las suposiciones. ¿Qué curso habría seguido la Historia si Lee no hubiese perdido la batalla de Gettysburg; si hubiesen ganado los moros en España; si Luis XVI hubiera tenido un átomo de firmeza; si Napoleón hubiese huido a América? Es un ejercicio intelectual interesante tratar de reconstruir el pasado histórico sobre tales hipótesis. Hay, sin embargo, una suposición más importante. ¿Qué habría sido del mundo si no hubiese nacido Cristo? No sólo habría cambiado el destino de los pueblos, sino el de millones de seres humanos. ¡Tan importante fue el gran suceso de la Navidad!

La Palabra de Dios nos declara, según leemos en I Juan 3:8 que Jesucristo vino «a deshacer las obras del Diablo», a reparar las ruinas ocasionadas por el pecado, a restaurar a los hombres a la comunión con Dios. Para ello, Cristo tenía que hacer una obra doble: una obra de revelación y una obra de redención. Primeramente tenía que revelar al Padre ante los hombres. Estos habían perdido el conocimiento del verdadero Dios. El diablo había desfigurado la personalidad y el carácter del Creador; había sembrado la semilla de la desconfianza y la enemistad. Los hombres, a partir de entonces, en vez de confiar en Dios, le temían; en lugar de amarle, le aborrecían, y en lugar de obedecerle le menospreciaban. Era necesaria una revelación de Dios que completara el mensaje imperfecto de la revelación natural y aun la de los profetas: «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo... él le ha dado a conocer» [15]. El manifestó

(15) Juan 1:18.

su soberanía, su poder, su justicia y, sobre todo, su amor, su deseo de ser Padre nuestro.

Pero no bastaba la obra de Cristo como Revelador de Dios. El tenía que poner también al descubierto lo que había en el corazón humano; tenía que redargüir a los hombres de pecado. Y esto es lo que Cristo hizo mediante sus palabras y su vida perfecta. El era la luz, y la luz en las tinieblas resplandece. Mediante sus enseñanzas y ejemplos sublimes, Cristo enseñó a los hombres cómo debían vivir, poniendo al mismo tiempo de relieve cuán lejos está el hombre de llevar una vida santa. Por eso introducía a menudo en su predicación los llamamientos al arrepentimiento. Pero una vez Cristo hubo revelado a Dios y la verdadera naturaleza del hombre, él quiso cumplir y realizar la segunda parte de su obra, la más importante. ¿Qué beneficio habríamos obtenido nosotros si Cristo solamente hubiera revelado a Dios y redargüido a los hombres de su pecado? Era necesario que Cristo consumara su obra redimiendo a los pecadores.

Quizá estamos demasiado acostumbrados nosotros a predicar y el mundo a oír de la obra redentora del Señor Jesucristo; pero tal obra constituye lo más importante del Evangelio. A ella apuntan las profecías del Antiguo Testamento, los símbolos y el ritual de la antigua dispensación israelita. A esa obra redentora apunta también, aunque indirectamente, la ley dada por medio de Moisés, aquella ley por la cual, como escribe el apóstol Pablo, «es el conocimiento del pecado» [16], que nos descubre las exigencias de la justicia divina, pero que no nos da fuerzas para cumplirlas.

(16) Romanos 3:20.

Llegó el tiempo en que Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, «bajo la ley» [17], expuesto a la maldición de esa ley quebrantada [18], para satisfacer a nuestro favor con su muerte en la cruz las demandas de la justicia divina, pues él murió en «propiciación por nuestros pecados» [19]. Como alguien ha dicho, el ofrecimiento de Cristo en la cruz es un profundo «amén» al justo juicio de Dios contra el pecado.

Esto implica que por la muerte de Cristo se abre a los hombres un camino de salvación. Cristo mismo lo dijo: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es menester que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que en El cree no se pierda, mas tenga vida eterna» [20].

Si no comprendemos esto, no hemos entendido el significado de la obra de Cristo, no sabemos realmente a qué vino.

Visitando un día un museo en la ciudad de Düsseldorf, el Conde de Zinzendorf llegó frente a un cuadro que fue el motivo de su conversión. Era un cuadro de Cristo crucificado con una inscripción al pie que decía: «Esto hice yo por ti. ¿Qué has hecho tú por mí?» El pintor de aquel cuadro, que vivió aproximadamente tres siglos antes, cuando hubo acabado su boceto llamó a la hija de la casa en que se alojaba y le preguntó: «¿Quién dirías que es?» La niña contestó: «Es un hombre bueno». El artista comprendió que había fracasado y se puso a trabajar de nuevo. Volvió a llamar a la muchacha por segunda vez: «Y éste, ¿quién

(17) Gálatas 4:4.
(18) Gálatas 3:13.
(19) I Juan 2:2.
(20) Juan 3:14-15.

es?» —«Un mártir», respondió. Una vez más el pintor volvió a su obra insatisfecho. La tercera vez, la niña, maravillada, exclamó: «¡Oh, éste es el Señor!» El artista dio su obra por terminada.

Si hay quien ve en Jesús solamente al «hombre bueno» o al «mártir del Gólgota» y no ve al Señor y Salvador de su alma, todavía no ha conocido a Cristo.

III. SU LLAMAMIENTO

Ya sabes ahora quién es Cristo y qué vino a hacer. Pero no podemos concluir sin considerar su llamamiento. «Venid a mí —dijo un día— y yo os haré descansar». Y en otra ocasión, «El que a mí viene nunca tendrá hambre y el que en mí cree no tendrá sed jamás» [21]. Es así, porque cuando vamos a Cristo, él nos reconcilia con Dios, perdonando nuestros pecados; nos justifica; nos hace hijos de Dios; nos da vida eterna; hace de nosotros hombres y mujeres nuevos.

Pero él mandó a los suyos: «Venid en pos de mí», y lo que requirió de Mateo, «sígueme», lo exige también de cada uno de nosotros. El Salvador dio su vida para librarnos no sólo del infierno, sino de la tragedia que significa vivir para nosotros mismos en vez de vivir para Aquel que nos creó y nos salvó. Cristo, nuestro Salvador y Señor, exige lealtad por nuestra parte, fidelidad sin reservas. «El que ama a padre, madre, hermano o hermana más que a mí no es digno de mí» [22]. Cristo nos llama para darnos la sal-

(21) Juan 6:35.
(22) Mateo 10:37.

vación eterna, pero también para que le sirvamos a toda costa, pase lo que pase. Sabemos que si le seguimos nada perderemos; lo ganaremos todo, pues, como él aseguró, el que lo deja todo por servirle «recibirá cien veces más y heredará la vida eterna» [23].

No es, sin embargo, por lo que Cristo puede darnos que hemos de seguirle; no es por el cielo que nos tiene prometido, como dijera el poeta anónimo español, ni a causa del «infierno tan temido». No; debe haber otro móvil más poderoso, aquel que movió al Conde de Zinzendorf: «Esto hice yo por ti», es decir, la cruz, la agonía física y moral, la muerte de Jesús. «Esto hice yo por ti. ¿Qué has hecho tú por mí?»

Ahí está su llamamiento de amor. Un llamamiento que exige respuesta. No podemos inhibirnos; no podemos excusarnos ni hacernos los ignorantes. Recordemos las palabras del Señor Jesucristo respecto a los judíos: «Si yo no hubiera venido ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado» [24]. Cristo ha venido; Cristo ha hablado, y todo aquel que ha oído su palabra por medio del Evangelio no tiene excusa si la rechaza. «¿Qué haré de Jesús, el Cristo», se preguntó Pilatos. No hay pregunta más importante que ésta. ¿Qué harás tú con Cristo?

Es famosa la antigua leyenda del judío errante. Según la versión que se publicó a principios del siglo XVIII en Leyden, Holanda, cuando Jesús se encaminaba al Calvario se detuvo unos instantes para descansar. Un judío que se hallaba junto a él le dio un empujón y exclamó: «¡Ve más

(23) Mateo 19:29.
(24) Juan 15:22.

aprisa!» El Señor, volviéndose al que así le maltrataba, contestó: «Voy, pero tú me esperarás andando sin cesar por la tierra hasta que yo vuelva».

Estimado lector, también tú puedes dar un empujón a Cristo. Quizá lo has hecho en más de una ocasión. Puedes tratar de desentenderte de él, pero si lo haces tendrás que continuar espiritualmente errante, sin paz, por caminos de condenación.

¡Quién sabe cuántas veces consciente o inconscientemente has pedido a Cristo que pasara aprisa de tu lado para no tener ningún contacto con él! Su presencia te molestaba. ¿No te pesa haberlo hecho? Piensa en lo que él es, en su grandeza y gloria divina, en su autoridad, en su amor infinito, en su obra consumada en la cruz para poder darte una salvación eterna. ¿Seguirás rechazándole?

VI

"¿QUIEN ES ESTE?"

Jesucristo, el gran problema

Y entrando él en Jerusalén, toda la ciudad se alborotó, diciendo: «¿Quién es éste?»

Mateo 21:10.

DESDE el principio hasta el fin, de la cuna a la sepultura, la vida del hombre discurre a través de una sucesión de problemas que le preocupan hondamente. No son precisamente los de la edad escolar que se resuelven con las cuatro operaciones fundamentales de la Aritmética. Se trata de los problemas complejos de su misma existencia, de cuya solución depende su bienestar. Su importancia explica el afán con que los hombres se entregan a su estudio en busca de la solución más satisfactoria.

Pero hay un problema con el cual ha tenido que enfrentarse el mundo entero desde hace casi veinte siglos. Este problema es la presencia de Jesucristo en la Historia. Preocupó a los judíos de su tiempo y ha seguido preocupando a todos los hombres. Aun para sus enemigos, la figura histórica de Jesús ha sido una pesadilla, pues cuanto más han tratado de borrarla o desvirtuarla, tanto más ha resurgido su grandeza y gloria sobrehumana, creciendo la turbación de ellos y haciéndose más inquietante la incógnita. Si Jesucristo fue un impostor, como afirmaban sus adversarios, si no fue más que un gran maestro, un hombre singularmente bueno y nada más, no hay por qué desazonarse; no hay motivo para que sus palabras nos hagan estremecer o al

menos dudar; no se ve la razón por que haya de erigirse su doctrina en la norma suprema y universal de la conducta humana; sus promesas no son más que fantasías; sus juicios, pretensión vana. Pero si en realidad Jesucristo era algo más que vidente, maestro y hombre bueno, si él era lo que declaró ser, nuestro destino eterno depende de nuestras relaciones con él; entonces no podemos menos que interesarnos vivamente en la resolución del problema y no debemos darnos descanso hasta saber en verdad quién es este Jesús de Nazaret.

I. LOS DATOS

En todo problema hay datos que conducen al resultado. Y en este problema de la persona de Cristo no podían faltarnos. Los hallamos en los evangelios, con tanta profusión de detalles, tanta claridad, tanta sencillez y con un realismo tan vivo que, aunque no poseemos ningún retrato material de Jesús, a través de las páginas de los evangelios le vemos y le oímos como si tuviéramos ante nosotros su excelsa figura. Otros datos valiosos los hallamos en la influencia que el Evangelio ha ejercido en el mundo; pero como éstos no hacen más que confirmar la veracidad de los primeros, nos limitaremos a examinar algunos de éstos, los cuales bastarán para darnos la solución que buscamos.

Contemplémosle en algunas de sus maravillosas manifestaciones y el problema, si somos sinceros, quedará resuelto.

Los milagros obrados por el Señor Jesucristo no sólo dan testimonio de su poder divino sino también de su amor redentor. En la mayoría de casos son «señales» e ilustra-

ciones de la gran obra restauradora que había venido a realizar. Los hechos sobrenaturales de Cristo no sólo nos asombran; nos mueven a la adoración, pues son ventanas abiertas al corazón de Dios que se ha compadecido de nuestra raza, y ha provisto salvación en su Hijo.

Jesús, Señor de la Naturaleza. Su ministerio público fue una demostración constante de su soberanía ejercida sobre los elementos y las leyes naturales. Estas no eran destruidas por su poder, sino sencillamente superadas o complementadas. Nunca ha sido el milagro filosóficamente imposible; y en los innumerables prodigios obrados por Cristo concurren tantas evidencias de verdad que nadie puede atreverse a negarlos seriamente. Tantos y tan variados fueron que, como los apóstoles, no podemos salir de nuestro asombro cuando le seguimos durante aquellos tres años en que anduvo haciendo bienes y obrando maravillas.

Apenas se ha mostrado a la sociedad de sus días cuando en las bodas de Caná transforma el agua en vino, dejando atónitos a todos los comensales. Otro día, cuando las multitudes que le seguían han de abandonarle, acuciadas por el hambre, Jesús multiplica los panes y los peces ofrecidos por un mozalbete y miles de personas comen hasta saciarse. Retiradas las gentes después de este asombroso acontecimiento, los discípulos embarcan solos en el Mar de Galilea y cuando ya están lejos de la costa, aparece el Maestro caminando sobre las aguas con majestuosa seguridad. Llegado a Naín ve el cortejo fúnebre que conducía los restos mortales del hijo de una viuda, manda hacer alto y a la voz de sus labios el ataúd suelta su presa; el mancebo se levanta y es recuperado con vida por la afligida madre.

Aun del mismo sepulcro arrancó Jesús a Lázaro cuando hacía cuatro días que había muerto.

También el mar había sido testigo de otra escena no menos portentosa. Los discípulos navegaban llevando consigo a Jesús que descansaba en el barco; de pronto se desencadena el viento, las olas se encrespan y se desata una tempestad amenazante. Los discípulos se agitan, despiertan al Señor, y el Señor, imperturbable, increpa a los vientos y reprende a las ondas; aquéllos amainan y las aguas se sosiegan; renace la calma, se hace silencio y sólo se oyen unas palabras: «¿QUIEN ES ESTE que aun los vientos y la mar le obedecen?»

En efecto, Jesús era dueño de la vida y de la muerte, del mundo, de sus elementos y de sus leyes. Sin embargo, el que era Señor de todo, a todo se sometió. El que multiplicó los panes y sació a las multitudes sufre hambre, se somete a los rigores de un sol ardiente y padece las torturas de la fatiga y de la sed; el que cerró las llagas de los leprosos deja abiertas sus propias heridas causadas por el látigo romano; el que retó a la muerte y la venció repetidas veces, se entrega después a su poder, y muere el que había probado ser vida y resurrección. «¿QUIEN ES ESTE?»

Consideremos otro dato: **Jesús y el pecado.** Los profetas del Antiguo Testamento habían condenado con severidad el pecado en cualquiera de sus formas. Jesús hace lo mismo con una sensibilidad superior. No sólo descubre la iniquidad, sino que revela su misma fuente y, desnudando la perversa naturaleza humana, condena el corazón como asiento y origen de toda suerte de maldad. Ante la ley del reino que él anunciaba, no sólo los actos son causa de juicio, pues aun las palabras torpes y los pensamientos impuros condenarán a los hombres [1]. Nadie, en verdad, había jamás pesado la conducta humana en balanza tan sensible.

Mas a pesar de hacer uso de tal balanza, Jesús nada encuentra que reprocharse en sí mismo. Los varones más santos que le habían precedido, los profetas y héroes de la piedad de todos los tiempos, cuanto más se habían acercado a Dios, más se habían percatado de su indignidad. El resplandor moral de la santidad divina había hecho más visible la pecaminosidad de sus almas y habían tenido que postrarse ante la majestad de las alturas envueltos en confusión y confesando su miseria con palabras de contrición profunda. Jesús, en cambio, con la frente erguida reta a sus enemigos en público desafío diciéndoles: «¿Quién me redarguye de pecado?» Todos han de enmudecer y dejar sin respuesta la pregunta del único hombre que ha vivido sin tacha ni mancilla [2].

Sin embargo, Jesucristo no se aisla para evitar la contaminación; por el contrario, se le ve en compañía de los más despreciados pecadores; entre ellos convive, desdeñando las críticas de hombres que no habían aprendido lo que es misericordia. «No he venido a llamar a los justos —dijo—, sino a los pecadores al arrepentimiento» [3].

Un día la admiración crece de punto y la persona de Jesús se hace más problemática. Estando él en una casa de Capernaum, le traen un paralítico con la esperanza de obtener su curación. Jesús suspende su discurso y, volvién-

(1) Mateo 5:21, 22, 27, 28.
(2) Juan 8:46.
(3) Mateo 9:13.

dose al desventurado, le dice: «Hijo, tus pecados te son perdonados». La disconformidad cunde entre muchos de sus oyentes que se preguntan entre sí: ¿QUIEN ES ESTE que se arroga la facultad de perdonar pecados? ¿Quién puede perdonarlos sino sólo Dios? Este hombre blasfema. Y viendo Jesús lo que pensaban, añadió: «¿Por qué pensáis estas cosas en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra de perdonar los pecados (dice al paralítico), a ti digo: Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa». Entonces él se levantó y, tomando su lecho, se salió delante de todos, de manera que todos se asombraron, glorificando a Dios y exclamando: «Nunca tal hemos visto» [4].

Si hubiéramos de buscar algo más sorprendente para completar este dato, nos dirigiríamos al aposento alto en la noche en que Jesús había de ser entregado. Entremos reverentemente por un momento. Se respira un ambiente de presagios funestos. Jesús ha dado a sus discípulos un trozo de pan acompañado de palabras muy significativas y ahora alza la copa ante los ojos atónitos de los apóstoles, diciendo: «Esto es mi sangre del nuevo pacto, la cual es derramada... para remisión de los pecados». ¿QUIEN ES ESTE cuya sangre ha de redimir a los hombres de sus pecados?

Notemos más brevemente otros datos. **Jesús ante la ley moral.** Los profetas de Israel habían dado al pueblo sus

(4) Marcos 2:1-12.

mensajes en nombre de Dios; sus grandes declaraciones iban siempre precedidas de una frase invariable: «Así dice el Señor». Pero cuando Cristo abre sus labios para dar, en el Sermón del Monte, el compendio de ética más perfecto que el mundo ha conocido, habla en nombre propio: «Oisteis que fue dicho a los antiguos... Mas YO os digo...» Concluido su discurso, las gentes se admiraban de su doctrina, porque les hablaba como quien tiene autoridad. Y con esta atoridad asentó los fundamentos de una nueva ley moral. Como él mismo manifestó, no había venido para abrogar la antigua ley mosaica; no iba a dar paso a la anarquía, sino a establecer un orden mucho más perfecto. Jesús complementó, espiritualizó y elevó aquella ley. «Porque la ley por Moisés fue dada, mas la gracia y la verdad (en su sentido más amplio y profundo) por Jesucristo fue hecha» [5]. Precisamente porque él era su autor verdadero estaba por encima de ella. Por eso, cuando en compañía de sus discípulos cogía espigas en sábado, día tan rigurosamente sagrado para los judíos, y era censurado por los fariseos, Jesús declaró ser Señor hasta del sábado. Por eso, cuando en torno a la ley se erigían personas u objetos que la magnificaban, Jesús se sobrepuso a todo y a todos. Al orgullo nacional que el suntuoso templo de Jerusalén inspiraba a los judíos, Jesús contrapone su propia grandeza, diciendo: «Os digo que uno mayor que el templo está aquí». Los patriarcas, los profetas y los reyes eran figuras minúsculas a su lado. «Antes que Abraham fuese —afirma Cristo en cierta ocasión— yo soy», y en otro lugar, rememorando el ministerio de Jonás y la magnificencia de Salomón, señalándose a sí mismo, exclama: «He aquí uno mayor que Jo-

(5) Juan 1:17.

nás y mayor que Salomón en este lugar» [6]. Mayor que los más grandes, ¿QUIEN será?

Jesús y la Humanidad. En esta relación de Cristo hallamos otro dato valioso. Tan identificado se encuentra Jesús con la raza humana que se denomina a sí mismo «Hijo del Hombre». Expresa este título un sentido impresionante de fraternidad y de unidad con la raza. Tan unido a los hombres, y sin embargo tan superior a todos ellos. Era descendiente de David, y David proféticamente le llama «Señor». Se hace siervo de Dios entre los hombres y los hombres le ensalzan y adoran. ¿Qué hombre santo jamás se atrevió a recibir tal homenaje que se debía únicamente a la divinidad? Sin embargo, Jesús no sólo permite que le adoren, sino que exige un amor supremo y una fidelidad incondicional. La lealtad que a él se debe ha de sobrepujar a los compromisos humanos más sagrados: «El que ama a padre o madre, esposa o hermanos más que a mí —dijo Cristo— no es digno de mí».

Por otra parte, hace promesas asombrosas que tendrán cumplimiento en sus discípulos: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas» [7]; «Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre» [8]; «El que bebiere del agua que yo le daré nunca jamás tendrá sed, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que brote para vida eterna» [9]; «Venid a Mí todos los que estáis

(6) Juan 8:58 y Mateo 12:41, 42.
(7) Juan 8:12.
(8) Juan 6:51.
(9) Juan 4:14.

trabajados y cargados, que yo os haré descansar» [10]. ¿Quién ha oído de labios humanos palabras semejantes?

Consideremos un último dato: **Jesucristo y Dios.** Las relaciones del gran personaje de los evangelios con Dios no nos sacan de nuestra creciente perplejidad, pues son tan íntimas que agigantan inmensamente su figura.

Habla de Dios como el Padre, con una clarividencia tal que desconcertaba a cuantos le escuchaban. Su bienaventurada madre María y José quedaron confusos cuando al hallarlo de nuevo en el templo, después de haberlo perdido, el niño Jesús dice: «¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me conviene estar?»

Durante su ministerio público se revela como el Hijo unigénito de Dios con declaraciones tan asombrosas como éstas: «Todo lo que el Padre hace esto también hace el Hijo juntamente; porque el Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas... porque como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida; porque el Padre a nadie juzga, mas todo el juicio lo dio al Hijo... como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio también al Hijo que tenga vida en sí mismo» [11]. No es de extrañar que sus implacables enemigos intentaran apedrearle repetidas veces y que al indagar Jesús la causa de su actitud respondieran: «Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios» [12]. La turbación de todo el sanhedrín que juzgaba a Jesús no tuvo límites cuando a las palabras del pontífice: «Te conjuro por el Dios viviente que nos digas

(10) Mateo 11:28.
(11) Juan 5:19-26.
(12) Juan 10:33.

si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios», Cristo responde: «Tú lo has dicho, y aun os digo que desde ahora habéis de ver al Hijo del Hombre sentado a la diestra de Dios y que viene en las nubes del cielo» [13].

A la luz de todos estos datos, ¿quién puede ser, quién es Jesús?

II. LA SOLUCION

Las soluciones humanas del problema.

Han sido varias las soluciones que los hombres han dado respondiendo a la pregunta de nuestro texto. Examinémoslas rápidamente para apreciar su error.

Jesucristo es un impostor, pensaron y dijeron muchos de sus contemporáneos. Era un falso profeta, un usurpador, un blasfemo atrevido que se arrogaba atribuciones divinas.

¿Podía haber respuesta más absurda? ¿Podía creerse que aquel hombre de principios rectos, de pensamientos purísimos y conducta intachable fuera realmente lo que sus ciegos enemigos afirmaban? ¿Podía Jesús declarar «Yo soy la verdad», «Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» y estar engañando al mundo con pretensiones y promesas falsas? Jamás se conoció falacia tan monstruosa. ¿Podía, por otra parte, un impostor obrar los milagros que Jesús obró? No estaban desacertados los judíos que a raíz de la curación del ciego

(13) Mateo 26:63, 64.

de Jerusalén se preguntaban: «¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?» [14].

Además, ¿cuándo hombre alguno ha mantenido una impostura ante la amenaza de la muerte? Cuando Jesús fue conjurado por el pontífice en la noche de su pasión, abandonado por sus discípulos, traicionado, sumido en la humillación y en el fracaso humano, ¿por qué no se retractó de su «engaño»? ¿Por qué mantuvo sus pretensiones aun a costa de su vida?

Evidentemente, la solución de que Cristo era un impostor resulta del todo absurda.

Jesucristo es un taumaturgo diabólico. También fueron sus contrarios los que idearon esta respuesta para calmar la inquietud del pueblo que ansiaba saber con exactitud quién era aquel hombre portentoso. Había que buscar una explicación plausible a aquella facultad que poseía Cristo de obrar milagros, y cuando en cierta ocasión Jesús sanó a un endemoniado, dijeron: «Por Belcebú, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios». Pero la idea resultaba pueril y falta de lógica, por lo que mereció una de aquellas réplicas agudas que solía dar Jesús: «Todo reino dividido contra sí mismo es asolado, y una casa dividida contra sí misma, cae. Y si también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo estará en pie su reino?» [15]. En efecto, si el cristianismo ha significado el golpe más terrible para el reino del mal en la tierra ¿cómo podía ser acción de los principados infernales?

Indudablemente, Jesucristo no era un nigromante.

(14) Juan 9:16.
(15) Lucas 11:14-18.

Jesucristo es un profeta. «¿QUIEN dicen las gentes que soy?», preguntó un día Jesús a sus discípulos. Ellos respondieron: «Unos Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas». Esta ya era una solución más aproximada a la verdad, aunque no la solución verdadera. Este fue el primer presentimiento de la mujer samaritana junto al pozo de Jacob, y el de muchos judíos que no estaban cegados por los prejuicios ni por el orgullo de sus guías religiosos. Pero Jesucristo fue mucho más que un profeta. Ni Moisés, ni Elías, ni ningún otro de los más egregios príncipes de la profecía podían compararse con Cristo. Juan el Bautista, el mayor de los profetas entre los nacidos de mujer, declaró que no era digno ni de desatar la correa de los zapatos de Jesús. Ciertamente, como están los cielos más altos que las cumbres más elevadas de la tierra, así Jesucristo está infinitamente más alto que los más altos profetas o maestros de la Historia.

La única y gran solución.

«Y vosotros —preguntó Jesús de nuevo a sus discípulos— ¿quién decís que soy?» Y respondió Simón Pedro, dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» [16]. Jesús era el Hijo Unigénito de Dios, el Verbo eterno, Dios mismo; hombre perfecto y Dios verdadero. Era el Mesías de Israel y el Cristo del mundo entero, el Prometido y Deseado de las gentes, el Admirable, Emmanuel (Dios con nosotros)... Por eso su figura es única, incomparablemente grande y gloriosa. Por eso sus mismos impugnadores han tenido que doblegarse ante su majestad y han tenido que

(16) Mateo 16:16.

reconocer y confesar con Renán: «Sean cuales fueren los cambios del futuro, Jesús jamás será superado. Reposa, noble iniciador, en tu gloria. Tu obra está terminada, tu divinidad establecida. Mil veces más amante y amable después de tu muerte que en tu vida terrenal, llegarás a ser la piedra angular de la humanidad de tal manera que eliminar tu nombre de este mundo equivaldría a conmoverlo en sus mismos cimientos».

Jesús es la víctima propiciatoria que expía las transgresiones humanas, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo con su sacrificio, el rey soberano de la vida que, venciendo en sí mismo a la muerte con su resurrección, ofrece al mundo el trofeo de su victoria. Es el Redentor y en él encontrarán los pecadores el perdón de sus pecados y su eterna salvación.

III. JESUCRISTO, SOLUCION DE LOS PROBLEMAS HUMANOS

Hallada ya satisfactoriamente la solución del problema planteado en la persona de Cristo, examinemos, aunque sólo sea a modo de epílogo el resultado obtenido, pues, sin pensarlo, nos encontramos con que esa solución que acabamos de esbozar entraña la solución de los problemas que más preocupan al hombre.

Jesucristo **soluciona el problema de nuestra existencia.** ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? Estas han sido las preguntas que han torturado a la mente humana desde el principio. Pues bien, Jesucristo las ha contestado con palabras de certidumbre. En labios de un hombre esas pala-

bras habrían sido absurdas; pero en los labios del Hijo de Dios tienen plena autoridad.

Ahora sabemos que el hombre no es el transeúnte que pasa por el mundo para dejar de existir, venido de la nada para hundirse en la nada de nuevo. No es aquel pajarillo que en noche oscura penetra en el salón iluminado de la existencia por una ventana para salir por otra y perderse otra vez en las tinieblas. No es luciérnaga que alumbra hasta que el pie de la muerte lo aplasta, quitándole la vida. Cristo dijo: «El que cree en mí no morirá eternamente», «El que en mí cree tiene vida eterna» [17]. Todos los que en él han puesto su fe han dejado de ver en la muerte el espectro horrible que aniquila, discerniendo más bien el vehículo que los conduce a la eterna bienaventuranza.

Jesucristo soluciona el problema de nuestras necesidades. Y en verdad que las necesidades son un verdadero problema en nuestros días. Hoy más que nunca las gentes se interrogan: ¿Qué comeremos o con qué nos vestiremos? Y Cristo dirige las miradas de los menesterosos hacia el Padre amante que está en los cielos, asegurándoles que el que alimenta a los pajarillos y viste a los lirios del campo cuidará de ellos.

No sólo promete Jesús provisión para las necesidades físicas, sino también para las morales. Cuando el dolor y la amargura nos visitan, cuando la prueba nos abate y nos hiere la adversidad, sentimos que Cristo está cerca. No hay aquí estoicismo frío, sino una llama de fe viva que, alimentada por las promesas de Dios y por la experiencia de su fidelidad, consume el temor y disipa las dudas a la

(17) Juan 11:26; 6:47.

par que forja en el alma una paz y un gozo imperturbables; es, en fin, el secreto por el cual el cristiano no cae jamás en la desesperación del «ser o no ser». Para él la cuestión está resuelta siempre con el «ser», acatando la voluntad de Dios, que es siempre lo mejor.

Jesucristo soluciona el problema de nuestra justificación ante Dios. Se había preguntado ya a Job: «¿Cómo se justificará el hombre ante Dios? ¿Cómo será limpio el que nace de mujer?» [18]. He aquí el problema más trascendental, de consecuencias eternas, y el de más difícil solución, pues todos los intentos que el hombre haga por justificarse ante Dios mediante sus propios méritos resultarán siempre inútiles. Si alguna vez llegamos a vernos bastante buenos, lo suficiente para merecer la aprobación divina, es porque nuestra conciencia está oscurecida. En los pensamientos y en los actos de nuestra conducta sucede algo muy semejante a lo que ocurre en una habitación, después que el ama de casa ha estado limpiando el polvo; el aire en ella contenido aparece perfectamente diáfano y limpio, pero si penetra un solo rayo de sol, veremos miles de corpúsculos que pululan en el espacio. Así veremos nuestros pecados cuando la luz de Dios llegue a nuestra alma. Somos pecadores injustos, y lo somos por naturaleza; ninguna esperanza hay de que podamos cambiar humanamente nuestra condición: «¿Mudará el negro su piel y el leopardo sus manchas?» [19].

Pero el problema insoluble ha sido resuelto por Cristo. Los méritos infinitos de su muerte redentora nos justifi-

(18) Job 25:4.
(19) Jeremías 13:23.

can plenamente cuando nos los apropiamos por la fe, pues como decía el apóstol Pablo, somos «justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso en propiciación por medio de la fe en su sangre» [20].

Dichoso el hombre que ha llegado a conocer a Cristo y sabe QUIEN ES ESTE personaje sin par de los evangelios. Mil veces dichoso el hombre que ha puesto en él su confianza, porque para el tal no hay incógnitas torturadoras. La vida presente y la eternidad le sonríen. Todo es claro y bello para los creyentes. Cristo no es ya para ellos un problema, sino la respuesta satisfactoria y sublime a las más serias cuestiones. Pablo escribía a los Colosenses: «Cristo es en vosotros la esperanza de gloria», que bien pudiéramos parafrasear diciendo: «Cristo es en nosotros la solución de gloria», pues por la fe en su nombre el resultado final de nuestra existencia es la gloria celestial y eterna.

Que al formular por última vez la pregunta acerca de Jesús «¿QUIEN ES ESTE»?, cada uno pueda responder: «ESTE es el Cristo, el Hijo de Dios viviente, la solución sublime y perfecta a todos mis problemas morales y espirituales... Mi Redentor.»

(20) Romanos 3:24.

VII

"HERIDO POR NUESTRAS REBELIONES"

Sombras y glorias de la Cruz

Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.

Isaías 53:5.

LA crucifixión de Cristo es la cima de su ministerio. Tan grande es su importancia que los cuatro evangelistas dedican a este hecho mucho más espacio y atención que a cualquier otro hecho de la vida de Jesús. Lo que más les impresiona no es lo dramático del suceso, sino su profundo significado. Es que la cruz constituía la meta de la encarnación de Cristo. De él, mucho más que de cualquier otro hombre, podía decirse que nació para morir. Los hombres mueren, contra su voluntad, porque la muerte es su destino en la tierra a causa del pecado. Pero Cristo, que no hizo pecado, no tenía por qué morir. En efecto, él pudo decir: «Nadie me quita la vida, sino que yo la pongo de mí mismo». Su muerte no sería una tragedia inevitable sino un sacrificio previsto y esperado. Cristo, mientras estuvo en la tierra, siempre vivió bajo el signo de la cruz [1], y hacia la cruz avanzó firmemente para efectuar una auto-inmolación voluntaria.

La muerte de Cristo en la cruz, seguida de su resurrec-

(1) Mat. 16:21; 20:28; Juan 7:30; 13:1.

ción, vino a ser el tuétano de la fe y de la predicación de los primeros cristianos. «Lejos esté de mí gloriarme —decía el apóstol Pablo— sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» [2]. Y escribiendo a los Corintios declara: «Cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios... me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado» [3].

Esto es humanamente incomprensible. A ninguna religión se le habría ocurrido jamás llevar a su Dios a un patíbulo. No es extraño que el mensaje evangélico de la cruz fuera tropezadero a los judíos y a los gentiles locura. Sin embargo, para los que se salvan, ese mensaje es «poder de Dios» [4].

La Cruz del Calvario es ciertamente un haz de paradojas y contrastes, pero todo se resuelve al final en la obra bendita de nuestra redención. El Señor Jesucristo había dicho: «Yo soy la luz del mundo», pero en la cruz parecía apagarse aquella luz; «Yo soy la vida», la vida eterna, pero en la Cruz aquella vida parecía extinguirse. En torno a la Cruz se agolpan en acentuado contraste el error y la verdad, la debilidad y la potencia, la perversidad y la santidad, lo humano y lo divino, lo temporal y lo eterno, la derrota y la victoria, la miseria y la gloria. En apariencia, la cruz es un cuadro de caos y confusión, pero del mismo modo que del caos físico al principio de la creación en nuestro mundo surgió el orden y la armonía, la belleza y la vida, así también de la Cruz surge el orden nuevo, la armonía, la belleza y la vida de la redención.

(2) Gálatas 6:14.
(3) I Corintios 2:1, 2.
(4) I Corintios 1:18.

I. LAS SOMBRAS DE LA CRUZ

La sombra del pecado.

En el Calvario más que en ningún otro lugar, se manifiesta el pecado en su triple forma de injusticia, incredulidad e impiedad.

Injusticia, porque la ejecución de Cristo no fue otra cosa que un vil asesinato, y el juicio que la precedió no pasó de ser una parodia.

La incredulidad ¡con cuánta fiereza aparece en torno a la cruz! Frente al crucificado van desfilando sacerdotes, escribas, soldados, ciudadanos de Jerusalén, judíos venidos de los últimos confines de la tierra, y todos escarnecen a la Víctima con frenesí. Es el escarnio de los incrédulos. «Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. Tú que derribas el templo y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo. A otros salvó; a sí mismo no se puede salvar. Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz y creeremos en él» [5]. Como si eso fuera poco, añaden el pecado de la impiedad. La incredulidad niega; la impiedad se burla. Si recogemos todas las expresiones de los cuatro evangelios leeremos que «le decían infamias», «le escarnecían», «le zaherían», «le denostaban» y «se burlaban» de él. Todo esto después de las befas denigrantes que habían tenido lugar en el pretorio.

También observamos en el Calvario el carácter universal del pecado. Allí vemos toda clase de personas, judíos y gentiles, los que se consideraban «pueblo de Dios» y los infieles; las gentes de peor vivir representadas por los ladro-

(5) Mateo 27:40, 42.

nes y los hombres más honorables, como los escribas y los sacerdotes, los sabios y los ignorantes, los gobernantes y el pueblo. Todos se amotinaron contra el Ungido de Dios pensando cosas vanas y perversas.

Pero aquella sombra oscura de pecado no era proyectada solamente por la iniquidad de los hombres que crucificaron a Cristo, sino por la iniquidad de todo el género humano. Sobre la cruz de Cristo gravitaba la desobediencia de Adán, la ira fratricida de Caín, la soberbia de Lamec, la molicie de los contemporáneos de Noé, la idolatría y maldad de todos los paganos, las infidelidades de Israel, los pecados de toda la raza hasta aquel momento y hasta nuestros días, los pecados míos y los pecados tuyos. También nosotros hemos sido injustos, incrédulos e impíos. ¡También nuestros pecados condenaron a Cristo!

La sombra del dolor.

Otra sombra terrible que envolvió al Redentor en la hora de la cruz fue la del dolor. ¡Cuán sin igual el sufrimiento de Cristo! El quejido de la hija de Sión fue realmente amargo: «Mirad y ved si hay dolor cual mi dolor» [6], y podía tener un fondo profético con alusión a los sufrimientos del Mesías, si bien Jesús nunca expresó sentimiento alguno de propia conmiseración. Cuando los soldados ofrecieron a Cristo la pócima soporífera para aliviar su padecimiento, Jesús decididamente la rechazó. El quería apurar hasta las heces el cáliz de su dolor. En el relato de la pasión de Jesús del evangelio según Marcos casi cada versículo empieza con la conjunción «y». «Y le llevaron al

(6) Lamentaciones 1:12.

lugar del Gólgota... Y le dieron a beber... Y cuando lo hubieron crucificado... Y crucificaron con él dos ladrones... Y los que pasaban le denostaban... Y... Y... Y...» ¿Defecto de estilo? No, algo muy distinto con un significado muy hondo. El relato nos da la impresión de que iban sucediéndose uno tras otro los sufrimientos sobre la persona de Cristo, como olas de angustia que iban a romperse fieramente sobre su excelsa persona.

Siempre el resultado del pecado ha sido el dolor. La humanidad lo sabe muy bien por experiencia. No podía ser de otro modo en Cristo. Ya hemos visto como en torno a la cruz el pecado se manifestó **contra** Cristo. Pero es importantísimo que veamos el pecado **sobre** Cristo. «Dios cargó sobre él el pecado de todos nosotros» [7]. Terrible era el sufrimiento producido por los clavos, las espinas, la pérdida de sangre, la sed y la fiebre; horrible había de ser para Jesús la humillación de una muerte ignominiosa, la maldición moral que recaía sobre aquel que era «colgado de un madero» [8], por lo que más torturó a Jesús fue, sin duda, el dolor moral que le producía el hecho de cargar con el pecado de la humanidad, la experiencia de que él, que no conoció pecado, fuera «hecho pecado por nosotros» [9].

La sombra de la muerte.

Nada menos que la muerte. ¿Era posible? El que había tenido poder para resucitar a otros, ¿había de morir? El ministerio del Santo de Dios ¿había de acabar en un se-

(7) Isaías 53:6.
(8) Gálatas 3:13.
(9) II Corintios 5:21.

pulcro? Tan fría era esa sombra que heló la fe de los discípulos. Recordemos la historia de los dos que caminaban hacia Emaús el domingo de la resurrección.

Sí; aunque pareciera incomprensible, Jesús murió. Murió física y espiritualmente. El clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» A pesar de todo el misterio encerrado en estas palabras, entendemos por ellas que Jesús estaba expresando el sentimiento de muerte espiritual que invadía su alma. Dios le había dejado, estaba separado de él. La relación de perfecta comunión entre Padre e Hijo mantenida desde la eternidad, llega ahora a una crisis apenas comprensible. La comunión se interrumpe. El Hijo está solo, ¡abandonado! Eso es lo más terrible de la muerte; eso es el infierno. Cristo estaba sufriendo la última de las trágicas consecuencias del pecado humano.

No pretenderemos nunca haber llegado al fondo de las insondables honduras de la muerte de Jesús. Jamás podremos dar una explicación completa de lo acontecido en el Gólgota, pues las dimensiones de la obra consumada en la cruz exceden a toda medida de la comprensión humana. Pero sí podemos afirmar, de acuerdo con las Sagradas Escrituras, que por la muerte de Cristo se derribó el muro que separaba al hombre de Dios y se abría a nuestra raza un camino de redención conforme al propósito eterno aprobado en los consejos divinos antes de la fundación del mundo. [10]

Cristo, que en ningún momento de su vida ni en su muerte había tenido el menor contacto personal con el pecado, era Representante de la raza humana, raza de pecadores. Era el segundo Adán y, como a tal, aunque él mismo «no conoció pecado» cargó sobre sí con nuestros pecados [11].

(10) I Pedro 1:18, 20.

Este acto de identificación coloca al Salvador en el plano de Sustituto. En la cruz, delante de Dios, ocupó nuestro lugar. «El herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados» [12]. La «curación» o salvación no podía ser más completa. Los efectos de la muerte de Cristo, culminación de su vida de obediencia perfecta, son una perfecta reparación del trágico mal acarreado por la desobediencia de Adán. Por la muerte del Salvador, el pecado es **expiado** o «quitado» de delante de Dios [13], se logra una perfecta **propiciación** que satisface las santas demandas de la justicia divina [14] y hace posible la **reconciliación** del pecador con Dios [15], a la par que asegura su **liberación** de la esclavitud moral y el estado de frustración en que el hombre se encuentra a causa del pecado [16].

Pecado, dolor y muerte cebados en el cuerpo y en el alma de nuestro Salvador. ¿Quién iba a pensar entonces que, precisamente por la Cruz, el pecado, el dolor y la muerte hallarían su derrota definitiva? Pues así fue. «Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte es-

(11) I Pedro 2:24.
(12) Isaías 53:5.
(13) Isaías 53:10 y Juan 1:29.
(14) I Juan 2:2, 3.
(15) Rom. 5:8, 11 y II Cor. 5:18, 21.
(16) I Pedro 1:18, 19.

taban durante toda la vida sujetos a servidumbre» [17]. En el gran conflicto del Calvario estaba la «serpiente» hiriendo el calcañar de la «simiente de mujer», Cristo. Pero en este combate el Salvador aplastó la cabeza de la serpinte, cumpliéndose así la primera promesa de redención hecha por Dios a favor de los pecadores [18]. Pero esto lo vemos con mayor claridad a la luz de las glorias de la Cruz del Calvario que iluminan y explican el misterio de las sombras.

II. LAS GLORIAS DE LA CRUZ

Podríamos enumerar muchas, pero nos limitaremos a tres. Miremos primeramente a **la gloria de la justicia de Dios** en contraste con la injusticia de los hombres. Dios había pasado por alto, aparentemente, los pecados de la humanidad durante miles de años como si no hubiera justicia en el cielo, como si la transgresión no hubiese de hallar castigo. ¿Acaso Dios se negaba a sí mismo? ¿Iba a prevalecer el pecado?

El apóstol Pablo contesta nuestra pregunta cuando, refiriéndose a la obra propiciatoria de Cristo, expresa el propósito de Dios en relación con la cruz: «Para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús» [19].

(17) Hebreos 2:14, 15.
(18) Génesis 3:15.
(19) Romanos 3:24-26.

Dios había dado largas al mundo con sus múltiples pecados porque llegaría un momento cuando Cristo se ofrecería para cargar con ellos. Permitía la deuda, porque su Hijo había firmado un pagaré que haría efectivo en el Calvario. Y el Dios que había perdonado al mundo, no perdonó a su Hijo cuando se ofreció como sustituto de los pecadores. «¡A su propio Hijo no perdonó!» [20]. ¡Oh, justicia maravillosa!

Es a la luz de la justicia divina desplegada en la Cruz de Cristo que descubrimos el camino de nuestra justificación y de nuestra reconciliación con Dios. Muchas almas viven angustiadas preguntándose: ¿Qué haré para merecer la aprobación de Dios? No hay obra buena alguna, ni sufrimiento, ni oración, ni limosna que el hombre pueda presentar a Dios como mérito para su salvación. Todo es pobre, todo es indigno y manchado. «Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él» [21]. Tampoco hay necesidad de recurrir a ellas. La Cruz fue como un telar donde se tejió la túnica de nuestra justificación. Allí Cristo fue «hecho pecado por nosotros para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» [22]. ¡Justicia de Dios! Recubiertos de ella podemos atrevernos a presentarnos ante el Juez de toda la tierra. ¿Y quién podrá rechazarnos? «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió» [23]. «Justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» [24].

(20) Romanos 8:32.
(21) Romanos 3:20.
(22) II Corintios 5:21.
(23) Romanos 8:33, 34.
(24) Romanos 5:1.

Vemos también **la gloria del amor de Dios** en contraste con el odio de los hombres. «Dios encarece su amor para con nosotros, porque aun siendo pecadores, Cristo murió por nosotros» [25]. «En esto consiste el amor, en que Dios nos amó y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados» [26].

Satisfecha la justicia divina por el sacrificio propiciatorio de Cristo, el amor de Dios hallaba vía libre para dar a los hombres un amplio perdón y para recibirlos como hijos suyos. Sin ese sacrificio de la cruz Dios podía amar, pero no podía perdonar ni salvar a los pecadores. Su santidad perfecta lo impedía. Pero en virtud de la muerte reparadora de su Hijo, Dios pondría a disposición de los pecadores todas las riquezas de su misericordia.

Recuerdo haber leído la experiencia de un muchacho que viajaba en tren en los Estados Unidos. Estaba muy nervioso. Se levantaba para asomarse a la ventanilla, volvía a sentarse, se volvía a levantar y no cesaba de moverse. Un caballero que viajaba en el mismo departamento notó su intranquilidad y le preguntó cuál era la causa. Siguió el relato de una historia triste. El muchacho era un hijo pródigo. Había vivido perdidamente desde que salió del hogar paterno. Por fin, arrepentido, decidió escribir a su padre pidiéndole perdón y rogándole que si le perdonaba colgara un pañuelo blanco en el primer almendro del jardín el día de su regreso. La casa y el jardín estaban a pocos metros de la vía del tren. El convoy se iba acercando al lugar y aumentaba terriblemente la ansiedad del joven. El caballero le dijo: «Siéntese, yo miraré». Al cabo de breves mi-

(25) Romanos 5:8.
(26) I Juan 4:10.

nutos, se volvió con una exclamación de júbilo: «¡Maravilloso! ¡Mire, joven, mire!» Con profunda emoción, miró. De todos los árboles del huerto pendían pañuelos blancos. ¡Perdón, amplísimo perdón!

Dios, en el árbol de la cruz, exhibe el testimonio más impresionante de su amor perdonador. Y en su Palabra, en las Sagradas Escrituras, de cada página pende un pañuelo blanco que ratifica el deseo de su corazón. «Deje el impío su camino y el hombre inicuo sus pensamientos y vuélvase a Dios, el cual tendrá de él misericordia y será amplio en perdonar» [27].

Veamos una tercera y última gloria, **la gloria del poder de Dios.** Se nos muestra refulgente, esplendorosa, celestial. Es la gloria del poder de Dios para nuestra salvación completa en contraste con la debilidad, impotencia y miseria de los hombres.

Pensemos en los resultados inmediatos que siguieron a la muerte de Jesús. Tan pronto como Cristo hubo expirado, **el velo del templo se rompió en dos, de arriba abajo** [28]. Era el velo que separaba el lugar santo del lugar santísimo, hermosamente tejido y primorosamente bordado, colgado de cuatro ganchos de oro, de un grueso de palmo y con un peso tan extraordinario que se necesitaban 300 sacerdotes para poder manipularlo. A los sacerdotes de Israel se les había prohibido bajo pena de muerte atravesar el velo para penetrar en el lugar santísimo; tan sólo el Sumo Sacerdote, una vez al año, entraba con la sangre de la expiación para rociarla sobre la cubierta del propicitorio. Nadie más podía entrar.

(27) Isaías 55:7.
(28) Mateo 27:51.

Pero en el momento en que Cristo murió, el velo se rasgó de arriba abajo. ¿Qué significaba esto? Que a partir de aquel instante, y como resultado del poder de la muerte de Cristo a nuestro favor, quedaba libre el camino de acceso a Dios. Expiados nuestros pecados, ya no habría separación forzosa entre Dios y los hombres; sin velos ni barreras, sin necesidad de más mediadores, el hombre podría allegarse directamente a Dios y vivir en comunión con él. «Así que, teniendo libertad para entrar en el lugar santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es de su carne, y teniendo un gran sacerdote (Cristo) sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe» [29].

La segunda señal que siguió a la muerte de Jesús fue **un terremoto.** «La tierra tembló y las rocas se partieron; se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de los santos que habían dormido se levantaron» [30]. La muerte redentora de Cristo fue la derrota de la muerte, pues desató las fuerzas de la resurrección y la vida para levantar a los muertos. El hecho sobrenatural descrito en el evangelio tiene, además de su valor real, un valor simbólico. Apunta al día futuro de la resurrección y asimismo ilustra el milagro espiritual de la salvación de los pecadores. Todos estábamos «muertos en pecados», pero en virtud de la obra de la cruz, Dios «nos dio vida juntamente con Cristo y juntamente con él nos resucitó» [31]. A la voz del Espíritu Santo, el sepulcro del corazón se abrió y el pecador

(29) Hebreos 10:19-25.
(30) Mateo 27:51, 52.
(31) Efesios 2:5, 6.

perdido pasó de la muerte, con toda su corrupción y miseria, a la vida eterna con toda su belleza, poder y gloria. ¡Todo por la cruz!

En algunos casos esta experiencia fue precedida del terremoto, de la gran conmoción que produjo en el alma el mensaje del Evangelio con sus grandes verdades y la consiguiente convicción de error y pecado. Los bloques graníticos de prejuicios, de hábitos y de falsos méritos se desgajaron. ¡Cristo había triunfado!

Estimado amigo, hemos considerado algo de las sombras y las glorias de la Cruz. Permíteme una palabra final. Las sombras de la Cruz de Cristo son las sombras de tu propio corazón. Injusticia, incredulidad, impiedad, dolor, muerte. Pero estas sombras pueden desaparecer de tu alma, y desaparecerán indefectiblemente, si aceptas las glorias de la misma Cruz, la gloria de la justicia de Dios en Cristo, que él quiere otorgarte, la gloria de su amor y la gloria de su poder, suficiente para sacarte de la tumba espiritual en que hasta ahora has vivido y darte fuerzas a fin de que vivas la vida de los redimidos de Dios.

VIII

"¡ARREPENTIOS!"

Arrepentíos y creed el evangelio.

Marcos 1:15.

Si no os arrepintiereis, todos pereceréis igualmente.

Lucas 13:3.

LA obra redentora de Cristo en la cruz sólo tiene eficacia en el hombre cuando éste responde con arrepentimiento y fe. Consideremos el primero de estos dos requisitos.

Los llamamientos al arrepentimiento con que el hombre ha sido instado por su Creador desde la caída moral de nuestra raza adquieren un tono decisivo con las palabras de Cristo registradas en el texto que encabeza este mensaje. Su admonición ha permanecido como una luz roja en la vía de la humanidad, previniendo a los mortales del terrible riesgo que corren si prosiguen su marcha de espaldas a Dios. Antes de entrar de lleno en la consideración del tema, veamos el fondo del asunto. Es mundialmente famoso el cuadro de «Las Lanzas» o «La Rendición de Breda», de Velázquez, en el que aparece en primer término el gobernador de la ciudad vencida haciendo entrega de las llaves al Marqués de Espínola. En el fondo se distingue Breda envuelta en humo y mostrando huellas de desolación y ruina. Ha pasado la guerra. Este fondo sombrío aclara el significado del cuadro entero. Así el arrepentimiento de un pecador, la rendición del alma a Dios cobra un signifi-

cado más vivo si contemplamos el fondo, pues, semejante al del célebre cuadro del maestro español, está envuelto en desolación, miseria y ruina. Sobre esa alma ha pasado el pecado.

Verdad es que hay quien se burla del pecado, imitando al necio recriminado por el sabio autor de los Proverbios [1]. Pero ¿qué persona sensata se atreverá a negar su realidad? No hay página en la Sagrada Escritura, ni capítulo en la Historia, ni día en nuestra experiencia en que no aparezcan manifestaciones inequívocas de ese mal moral. No es fácil llegar al convencimiento de que se trata de simples escrúpulos de conciencia cuando la perversidad, el vicio y la violencia adquieren cada día proporciones más gigantescas y amenazan destruir a la humanidad entera. El pecado es un mal horrible porque siempre daña a quien lo comete y en muchos casos a cuantos se relacionan con el pecador. Pero hay algo que agrava este mal; el pecado es una ofensa contra Dios, una injuria al Ser Supremo.

Por cuanto el pecado es, pues, un agravio al Dios Infinito y a su soberana justicia, se necesita un desagravio, una reivindicación de la dignidad ultrajada. Y como este desagravio no estaba al alcance humano, la justicia divina debía ordenar la pena máxima que merece el transgresor que delinque contra la Autoridad Suprema: la muerte eterna.

Pero el amor de Dios ideó otro medio de reivindicación para evitar nuestro castigo. De tal modo sobrepujó el amor de Dios hacia el mundo perdido que envió a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él crea no se pierda,

(1) Proverbios 14:9.

mas tenga vida eterna. Dios ha hecho lo imposible para hacer posible nuestra salvación.

Sin embargo, el infinito amor de Dios y la muerte expiatoria de Jesucristo no pueden salvar a una sola persona si ésta no se vuelve a Dios arrepentida, rindiéndole su corazón y haciéndole entrega de las llaves de su voluntad.

Conviene, no obstante, que aclaremos conceptos y que nos preguntemos:

I. ¿QUE ES EL ARREPENTIMIENTO?

Debemos evitar la confusión en algo tan importante, y por eso, antes de dar una respuesta afirmativa, contestaremos por medio de proposiciones negativas.

El arrepentimiento no es remordimiento. Hay infinidad de personas que sienten la tortura que les produce el aguijón de la conciencia, oyen la voz acusadora, pero no dan ningún paso para librarse de ese tormento. Callan pretendiendo acallar su conciencia, y cuando no pueden callar más se entregan a la desesperación sin llegar jamás al arrepentimiento. Pocos hombres habrán sentido remordimientos de conciencia tan intensos como Judas el traidor, quien después de haber vendido al Maestro hubo de ahorcarse pensando poner fin así a la angustia que abrumaba su alma. O como el débil hijo de Catalina de Médicis, Carlos IX de Francia, quien, después de haberse entretenido la trágica noche de San Bartolomé disparando su arcabuz desde una ventana del palacio contra los indefensos hugonotes que huían de la matanza, moría pocos meses después, víctima de alucinaciones espantosas en las que veía reaparecer a

sus víctimas indefensas y oía sus ayes desgarradores. O como el desventurado Voltaire, que, tras una vida de impiedad burlona, murió casi enloquecido al comprender la insensatez de su vida. Sin embargo, todos éstos murieron impenitentes.

Es que el remordimiento dista mucho del verdadero arrepentimiento.

El arrepentimiento no es penitencia. Ninguna palabra de la Biblia ha tenido una traducción más desgraciada en algunas versiones castellanas que la del original griego **metanoeo** que significa «arrepentirse», y que ciertos traductores han sustituido por «hacer penitencia» en muchas expresiones bíblicas, si bien, para su propia confusión, han dejado la traducción correcta en otras. Es curioso que en la versión de Torres Amat, por ejemplo, en un solo versículo, el 5 del cap. 2 del Apocalipsis, el mismo verbo del original es traducido la primera vez «arrepiéntete», e inmediatamente después: «removeré tu candelero de sitio si no hicieres penitencia». Esta diversidad puede parecer elegancia de estilo que evita la repetición de vocablos, pero engendra una confusión lamentable. Nada hay más opuesto que la penitencia que trata de expiar y el arrepentimiento que busca misericordia. Raras veces produce la expiación propia de la culpa un cambio en el alma. El reo que cumple su condena no suele salir cambiado del presidio. Todas las penitencias y mortificaciones son por sí solas estériles. Sin un cambio de sentimientos no puede haber cambio de actitud; si lo hay, es momentáneo. Cuando Enrique IV de Alemania fue vencido por el Papa, se sometió a la más dura humillación; atravesó los Alpes en pleno invierno y compareció ante el castillo de Canosa, donde, según se dice, hubo de permanecer tres días descalzo y vestido de saco sobre la nieve para obtener clemencia de Gregorio VII. Pero esta severa penitencia no había hecho desaparecer el odio del rey germano, el cual aprovechó la primera oportunidad para imponer al Papa sus represalias y hacerle morir en el destierro.

El arrepentimiento no es un mero propósito de enmienda. Los propósitos más firmes y elevados suelen desmoronarse cuando existe el hábito del pecado. Mil veces prometerá el borracho abstenerse del alcohol y otras tantas veces volverá a embriagarse; el jugador multiplicará sus resoluciones de desterrar su vicio y no logrará nunca deshacerse de él. El blasfemo detestará la inmundicia de sus labios sin lograr jamás limpiarlos, a no ser que antes sea limpiado su corazón. El mismo resultado obtendrán cuantos se hagan el propósito de enmendar su conducta, abandonando cualquier otro pecado o adquiriendo nuevas virtudes. La historia bíblica nos brinda numerosos ejemplos de la volubilidad humana. Recordad como ejemplo al faraón que oprimió a los israelitas en Egipto. Ante el azote de las plagas, cinco veces prometió a Moisés cumplir la voluntad de Dios concediendo la libertad a su pueblo; pero siempre mudó de propósito. Pretendió jugar con Dios hasta que Dios puso fin al juego destruyendo su arrogante veleidad.

La historia entera de Israel está llena de promesas y votos solemnes incumplidos; y ésta es la historia de todo ser humano. Está demostrado que el hombre caído no se sujeta a la ley de Dios, «ni tampoco puede» por más que renueve sus propósitos de enmienda.

¿Qué es, pues, el arrepentimiento?

El arrepentimiento es un cambio de mente y de actitud. Es dar oído a la voz de Dios que clama: «VOLVEOS, VOLVEOS, ¿por qué moriréis?» Es una media vuelta del alma en la marcha de la vida.

Todos, por naturaleza, orientamos el rumbo de nuestra vida de espaldas a Dios y de cara hacia el pecado. Se manifiesta esta tendencia ya en los niños; se muestra abiertamente en la juventud. Algunas personas vuelven la cabeza para mirar a Dios una o dos veces al año; otros, una vez a la semana, el domingo. Miran por un instante, vuelven sus ojos al Señor, pero no vuelven sus pies; y cuando han cumplido así, según creen, sus deberes religiosos, dirigen su mirada de nuevo al mundo y prosiguen tranquilos su marcha por las sendas del olvido de Dios.

Hay, no obstante, personas que al escuchar la invitación amante «volveos, volveos», llegan a detenerse. Reflexionan, consideran que sería prudente volverse de veras a Dios, pero... el camino ancho es tan bello, ofrece tantos encantos... Y siguen adelante hasta encontrar su vía áspera y dura. También en la gran avenida que conduce a la perdición hay espinas y abrojos, afortunadamente. Cuando el alma llega a sentir sus punzadas, está casi hecha jirones, destrozada. Como el hijo pródigo, muchos han corrido desenfrenadamente la carrera del placer y de la lujuria, y han llegado pronto a la meta que se alcanza en este mundo: ruina, decepción, quebranto... El remordimiento invade el corazón, la angustia oprime el alma... ¿Qué hacer? ¡Pobre pródigo! Un día destrozó el corazón del padre con su partida y ahora su propio corazón es una ruina. Todo lo ha perdido. ¡Pobre ser humano que, alejado de Dios, ha dilapidado en el pecado los dones con que el Padre Celestial le enriqueció!

Mas la pregunta se hace imperativa: «¿Qué hacer?» Quedarse en tal estado es sucumbir. He aquí la respuesta: «Me levantaré e iré a mi padre y le diré: padre, he pecado...»[2] Acto seguido el pródigo se levanta da media vuelta, y desanda el camino andado en los días de su locura. Esto es lo que debe hacer toda alma en un arrepentimiento verdadero. En primer lugar, levantarse con la decisión firme de no quedar caída en el cieno del pecado y entre las algarrobas miserables del diablo. Inmediatamente después ir, acudir a Dios, volver en busca de su amor y confesarle su pecado e indignidad sin atenuantes ni justificaciones de ningún género.

¡Oh alma, levántate! Ve y di a Dios que tú también has pecado, que fuiste un necio apartándote de él, que de nada eres digno a no ser de su desprecio; pero que vuelves arrepentido y que tan sólo imploras su piadosa clemencia. La amorosísima acogida de que fue objeto el pródigo de la parábola es sólo una pálida figura del amor infinito con que Dios te recibirá a ti.

II. MOTIVOS QUE NOS MUEVEN AL ARREPENTIMIENTO

Uno de los más poderosos es la **bondad de Dios.** El apóstol Pablo preguntaba: «¿Menosprecias las riquezas de la benignidad de Dios... ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?»[3] ¿Has considerado alguna vez esas riquezas de la benignidad divina?

(2) Lucas 15:18.
(3) Romanos 2:4.

Tal vez piensas, como muchos, que nada debes al Creador, sino a tus esfuerzos y sudores; pero a pesar de tu ingratitud, Dios no te priva de infinidad de beneficios en los cuales no has tenido más parte que la de disfrutar de ellos. Si no, piensa un momento. El sol, el aire, el agua, las plantas, ¿los has hecho tú? La hermosura de la naturaleza y el placer que nos proporciona ¿se debe a tu arte? La vida ¿te la has dado a ti mismo? Los maravillosos órganos de tu cuerpo ¿son creación de tu ingenio? Su perfecto funcionamiento ¿obedece a tu pericia? ¡Oh! Si no estuvieses ciego espiritualmente, verías la mano benigna del Omnipotente en todas estas cosas. Cada rayo de sol en invierno, cada sombra en el verano, el soplo suave de la brisa, todo son caricias que la mano paternal de Dios te prodiga. El alimento que ingieres, el agua que bebes y el aire que respiras son provisión magnífica que esa misma mano preparó. Cada uno de tus cinco sentidos es una ventana abierta al placer. Dios podía haberlo hecho todo totalmente al revés. Podía haber dispuesto nuestros sentidos de tal modo que nos produjeran constantemente dolor. Pero Dios no nos hizo para sufrir, sino para gozar, y si algo sufrimos se debe no al propósito del Creador, sino al pecado de las criaturas humanas. Quizá tu propia vida se desliza próspera y gozas de bienestar. ¿Hasta cuándo serás ingrato?

Tienes aún otra prueba del amor divino: la muerte de Cristo a tu favor, su sacrificio cruento para expiar tus culpas, su sangre derramada para lavar tus pecados. Tú puedes repetir las palabras del apóstol Pablo al pensar en Jesucristo: «el cual me amó y se dio a sí mismo por mí». ¿Por qué no le amas tú también? ¿Por qué no le das tu corazón y tu vida? Deténte. No des ni un paso más. Aunque hasta ahora hayas vivido olvidado de tu Dios y Salvador, injuriando quizá su nombre o menospreciando su palabra, vuélvete, sí, vuélvete a él, porque su benignidad te guía al arrepentimiento.

El otro móvil que debiera determinar tu decisión es la **paciencia del Señor.** El apóstol Pedro nos habla de «cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé» [4], exhortando por su siervo a aquella generación perversa al arrepentimiento. También hoy la paciencia de Dios espera y demora la llegada del gran día del Señor, porque «es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» [5]. En realidad, sólo la paciente misericordia de Dios puede tolerar un mundo tan envilecido como el nuestro.

El bondadoso propósito del Eterno prolonga no sólo la existencia de la humanidad, sino la de muchos pecadores. «Vivo yo —dice el Señor— que no quiero la muerte del impío, sino que el impío se torne de su camino y que viva» [6]. En cierta ocasión asistió a uno de nuestros cultos un hombre que había sido fusilado, aunque no muerto. La preservación de su vida rayaba en lo milagroso. ¡Cómo admiré la providencia del cielo que preserva a los hombres para que lleguen a oír la voz que les llama a volverse a Dios!

Si no en trances tan patéticos, quizá tú también te has hallado a las puertas de la eternidad. Tal vez un accidente o una enfermedad te condujo al valle frío de la sombra de muerte. Sin embargo, el Señor de tu vida se interpuso y

(4) I Pedro 3:20.
(5) II Pedro 3:9.
(6) Ezequiel 33:11.

dijo: «No, dejémoslo un año más» [7]. A este año han seguido otros y tu existencia, prorrogada por la bondad de Dios, discurre por cauces de salud y prosperidad. ¿Te burlarás porque Dios es paciente y espera? ¿No es más prudente que te arrepientas ahora, antes de que, como la higuera estéril, acarrees sobre ti de un modo definitivo su maldición?

Hay, aún, otro motivo que nos debe llevar al arrepentimiento: **los castigos y las pruebas de la vida.** Dice el Señor: «Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepiéntete» [8]. Las aflicciones, muchas veces, no tienen otro objeto que doblegar nuestro orgullo y hacernos sentir nuestra necesidad de Dios. ¡Cuántos hay que en la prosperidad viven olvidados de él y le buscan en las horas de angustia! Con frecuencia hemos oído decir que en los campos de batalla no hay incrédulos, pues cuando el hombre se enfrenta con las calamidades de la guerra y con la misma muerte, se siente desconsoladamente solo e invoca la presencia divina.

Tal vez el lector se encuentra envuelto en amarga prueba. Si así es, ¡ánimo! Es Dios mismo que se te acerca porque te ama y aunque te aflija lo hace para traerte al arrepentimiento y librarte de perdición eterna.

III. LA TRAGICA CONSECUENCIA DE NEGARSE AL ARREPENTIMIENTO

«Si no os arrepintiereis, todos pereceréis igualmente». Ante los ojos de Dios, los hombres aparecen clasificados en

(7) Lucas 13:6-9.
(8) Apocalipsis 3:19.

dos grandes grupos: arrepentidos e impenitentes. No hay en esta clasificación personas más o menos buenas ni más o menos malas. O son creyentes vueltos a Dios con su fe puesta en Cristo, o son incrédulos, aunque profesen alguno otra clase de fe. Los primeros tendrán vida eterna, cielo, gloria; los segundos, muerte eterna.

Conviene notar la universalidad de la sentencia de Cristo pronunciada sobre los impenitentes: «Todos pereceréis igualmente». Ninguna diferencia habría entre aquellos galileos, cuya sangre había mezclado Pilatos con sus sacrificios, o aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre de Siloé, como castigo divino, según se creía, y los hombres que estaban escuchando a Jesús. No penséis vosotros tampoco en los grandes criminales, en los ladrones o en los adúlteros. Si no os arrepintiereis, TODOS seréis igualmente condenados.

Llama asimismo nuestra atención el énfasis puesto por el Divino Maestro en su afirmación. Dos veces, después de aludir a dos hechos diferentes, presenta ante sus oyentes la tremenda alternativa de arrepentirse o perecer. Sin duda conocía la tendencia de muchas personas a burlarse incrédulamente de los juicios divinos, y quería dar a entender que, lo crea el hombre o no lo crea, se ría impíamente o tema, nadie podrá torcer el terrible destino de aquellos que desoyen los llamamientos de Dios. El silencio del Señor respecto al pecado anima a muchos a perseverar en la maldad; pero si ahora la injusticia, la blasfemia y la infidelidad prevalecen y Dios calla, no siempre callará.

¿Dudas aún? También los contemporáneos de Noé dudaban y se mofaban del piadoso anciano que animado por la fe construía el arca, hasta que las aguas del diluvio anegaron a aquellos hombres e hicieron cesar sus burlas.

También los degenerados habitantes de Sodoma y Gomorra desoían las exhortaciones de Lot hasta que hinchieron la copa de su iniquidad y la mano de Dios los aniquiló. Y ¿piensas que tú escaparás? Destierra la incredulidad. ¡Arrepiéntete! Los ninivitas lo hicieron y Dios los perdonó. También a ti te perdonará. Su palabra es fiel y él ha dicho: «Venid y estemos a cuenta; si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana», «la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado» [9]. Acude a él y oirás las más dulces palabras que han percibido los oídos humanos: «Confía, tus pecados te son perdonados». Decídete a ir con Cristo hoy, ahora, en tanto que está abierta el arca, entre tanto que los mensajeros de Dios te instan, como los ángeles a Lot, a que abandones el pecado y te vuelvas a tu Salvador.

Mas ¿qué nueva y última duda asalta tu alma? ¿Qué temor te detiene? ¿Temes que no podrás seguir fiel en tu vida cristiana, que te será muy difícil mantener tu profesión de arrepentimiento y fe? Esto no es más que una sombra, la que proyecta en tu experiencia tu propia debilidad; pero ¿una sombra te amilana? Refería el gran evangelista Moody que cuando era niño y veía en el campo su sombra sobre el suelo, corría desesperadamente en pos de ella para alcanzarla, siempre inútilmente. Un día, cansado de correr, dio media vuelta, dirigiendo su frente hacia el sol; miró al suelo y la sombra había quedado, por fin, atrás. ¡La había vencido! Haz tú lo mismo. Vuélvete a Dios; da la cara de tu alma a Cristo, y desaparecerán las sombras, los temores, las dudas... Y tendrás luz y salvación. Y habrás pasado de muerte a vida.

(9) Isaías 1:18 y I Juan 1:7.

IX

"SALVOS POR LA FE"

Por gracia sois salvos, por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras para que nadie se gloríe.

Efesios 2:8, 9.

YA hemos tenido ocasión de ver cómo Dios, por su infinita misericordia, quiso salvar al hombre caído. Su sentimiento de amor se tradujo en acción. Visitó nuestro mundo en la persona de su Hijo y abrió a los pecadores una amplia puerta de salvación mediante la llave de la cruz. Por eso Dios invita a los hombres a que se vuelvan a él arrepentidos. Pero al arrepentimiento debe unirse la fe en Cristo. Cuando el angustiado carcelero de Filipos preguntó: «¿Qué es menester que haga para ser salvo?», Pablo y Silas le contestaron: «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo» [1].

Sin embargo, no podemos considerar la fe aisladamente en el plan de la salvación, pues ello nos conduciría fácilmente al error de estimarla como un mérito. La salvación cristiana es demasiado grande para que pueda corresponder a mérito alguno de nuestra parte, ni siquiera a nuestra fe. Nuestra salvación es obra de Dios. Una vez más el apóstol Pablo, inspiradamente, nos sitúa ante la perspec-

(1) Hechos 16:31.

tiva global de la verdad: «Por gracia sois salvos, por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios».

I. LA SALVACION EN SI

«Sois salvos». ¿Nos damos cuenta de todo lo que esta palabra significa?

Siempre la palabra salvación nos hace pensar en un gran peligro y una oportuna liberación. Cuanto mayor es el peligro más grandiosa es la salvación. Hace sólo unos días que leíamos en la prensa local el relato de los momentos terribles vividos por los ocupantes de un avión de «Iberia» que se incendió al aterrizar en el aeropuerto del Prat de Barcelona. Afortunadamente «se salvaron todos». Esas personas así libradas de una muerte casi segura entienden algo de lo que significa la palabra salvación.

Un accidente infinitamente más grave provocó la caída de nuestra raza en el mayor de los males, el pecado, y la puso al borde del más terrible de los riesgos, la condenación eterna.

Los hombres lamentan las consecuencias temporales del pecado, el hambre, las enfermedades, el dolor, las injusticias sociales, las guerras, la muerte. Pero más horrible que todas estas consecuencias es el pecado en sí, pues ya ahora y aquí nos tiene sumidos en un estado de muerte espiritual, nos priva de la vida verdadera que sólo se encuentra en la comunión con Dios y nos conduce a la muerte eterna, a la eterna separación de Dios.

Así pues, al pensar en la salvación no hemos de avistar un simple escapar del infierno sino una liberación total de la tragedia del pecado. Esa es la perspectiva divina. Dios,

al pensar en nuestra salvación, quiere librarnos de la culpabilidad del pecado; para ello nos justifica por los méritos de Cristo. Quiere librarnos del poder del pecado; para ello nos santifica por el poder de su Espíritu Santo. Y quiere librarnos de la presencia del pecado, para lo cual nos glorificará «transformando el cuerpo de nuestra bajeza a semejanza del cuerpo de gloria de Cristo» [2].

Todo este proceso no sólo incluye aspectos negativos sino elementos gloriosamente positivos. No sólo somos librados de nuestra culpabilidad, sino que somos «hechos justicia de Dios en Cristo» [3]. No sólo somos perdonados sino que Dios nos da el título de «santos» [4].

Nuestra salvación significa no sólo que dejamos de ser «enemigos de Dios» [5] sino que, reconciliados con él por la sangre de la cruz, tenemos comunión con él y con su Hijo Jesucristo [6].

Ya es mucho que, al ser salvos, dejemos de ser «hijos de ira como los demás» [7], pero es mucho más que Dios nos adopte como «hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad» [8].

Es grande que Dios, al salvar a un hombre, lo libre del «espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia» [9], pero esa salvación se agranda cuando tenemos en cuenta que además Dios da a ese hombre su propio Espíritu Santo [10].

Es grande, asimismo, que Dios nos «libre de la potestad de las tinieblas», pero es más grande que nos traslade «al reino de su amado Hijo» [11].

---

(2) Filipenses 3:21.
(3) II Corintios 5:21.
(4) Filipenses 1:1; I Cor. 1:2.
(5) Colosenses 1:21.
(6) I Juan 1:3.
(7) Efesios 2:3.
(8) Efesios 1:5.
(9) Efesios 2:2.
(10) Efesios 1:13-14.
(11) Colosenses 1:13.

Maravilloso es que se nos rescate de nuestra «vana manera de vivir» [12] en la que siempre nos sentíamos vacíos e insatisfechos; pero es mucho más maravilloso que nuestra vida esté «escondida con Cristo en Dios» [13] y que Cristo mismo sea nuestra vida [14].

Dios nos ha escogido «en Cristo» y nos ha asociado a él de tal modo que venimos a ser participantes de su vida y de su gloria en la misma relación en que el cuerpo está unido a la cabeza [15].

Esta realidad nos prepara para entender la última manifestación de nuestra salvación. No sólo seremos librados de la condenación de «las tinieblas de afuera», sino que «estaremos para siempre con el Señor» y «seremos semejantes a él porque le veremos tal como él es» [16]. Y ¿quién podrá imaginarse toda la magnificencia, toda la sabiduría, todo el poder, todas las responsabilidades, todas las oportunidades de glorioso servicio y toda la bienaventuranza que ese estar con Cristo nos deparará por toda la eternidad?

Verdaderamente tenemos motivos para pasmarnos ante «una salvación tan grande»; ¿qué ser humano podía soñarla? ¿Y qué hijo de Adán podía merecerla?

Esto nos lleva al segundo punto de este mensaje.

(12) I Pedro 1:18.
(13) Colosenses 3:3.
(14) Filipenses 1:21.
(15) Efesios 1:4, 22, 23.
(16) I Tes. 4:17 y I Jn. 3:2.

II. LA CAUSA DE NUESTRA SALVACION

«No por obras».

A través de textos examinados en mensajes anteriores, hemos visto la verdadera situación moral del hombre y su imposibilidad de agradar a Dios a causa de su naturaleza y conducta pecaminosas. Todos los esfuerzos que los hombres realicen para merecer el favor de Dios serán inútiles, pues «por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él» [17]. Con fuerza creciente repite Pablo la misma verdad en su carta a Tito cuando declara que Dios «nos salvó no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho» [18].

Todos los ritos, todos los sacrificios, todos los sufrimientos, todas las oraciones, todas las limosnas, todo el bien hecho al prójimo carecen de valor para expiar nuestros pecados y darnos la salvación. Esta afirmación tan rotunda puede chocar con los conceptos religiosos de muchas personas; pero no soy yo quien las hace, sino el apóstol Pablo divinamente inspirado. Lo dice la Biblia entera en multitud de textos.

El hombre que quiera escalar las alturas de la salvación por sí mismo ha fracasado ya antes de empezar, pues demuestra su ignorancia total de esas alturas así como su propia impotencia y miseria moral. El joven rico del evangelio era uno de estos ignorantes. «Maestro bueno —dijo a Jesús— ¿qué bien haré para tener la vida eterna?» Cristo supo darle la respuesta adecuada. Lo enfrentó con las exigencias de la ley de Dios. El joven creía que las había sa-

(17) Romanos 3:20.
(18) Tito 3:5.

tisfecho cumplidamente y aún estaba dispuesto a hacer más. La invitación de Jesús a que distribuyera sus bienes entre los pobres y luego le siguiera —cosa que aquel hombre no hizo— puso al descubierto que no amaba como debía ni a su prójimo ni a Dios. Había errado el blanco en lo esencial de la ley. También Saulo de Tarso había alcanzado los más ricos timbres de dignidad religiosa: «Circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es por la ley, irreprensible» [19]. Pero cuando examina estos valores religiosos después de su conversión no los cuenta como «ganancia» sino como «pérdida» y como «basura» en comparación con el tesoro del conocimiento de Cristo [20].

A la luz de Cristo, aun los mejores logros aparecen teñidos de egoísmo y orgullo, y nuestras obras, por buenas que parezcan a ojos de los hombres, son como toscos delantales que no llegan a cubrir nuestra desnudez moral. La perfección de Cristo hace resaltar más nuestra condición de pecadores y nuestra imposibilidad de cumplir la ley como él la cumplió. Como alguien ha dicho, «con el ejemplo santo de Jesús se cerró la última puerta de esperanza hacia la autorredención».

«¡No por obras, para que nadie se gloríe!

Entonces, ¿dónde está el origen de nuestra salvación?

«Por gracia sois salvos».

Suele definirse la palabra «gracia» como favor inmerecido, y con ese significado la encontramos muchas veces en

(19) Fil. 3:5, 6.
(20) Fil. 3:7, 8.

la Biblia, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. En ese sentido debe entenderse cuando se refiere a nuestra salvación.

Algunos ejemplos de las Sagradas Escrituras nos servirán de ilustración. Aunque Noé fue un hombre piadoso, su piedad no habría bastado para librarle de la catástrofe del diluvio: «Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová» [21]. Lot no fue ningún ejemplo de espiritualidad y sin embargo escapó de la destrucción de Sodoma. ¿Por qué? El mismo da la explicación: «He aquí ahora ha hallado vuestro siervo gracia en vuestros ojos y habéis engrandecido vuestra misericordia que habéis hecho conmigo dándome la vida» [22]. El llamamiento de Abraham y la elección de Jacob para ser padres del pueblo de Israel no se debieron a méritos personales de ellos sino «al propósito de Aquel que hace todas las cosas según el designio de su voluntad» [23].

De igual modo, la salvación de los pecadores se efectúa de acuerdo con un plan divino inspirado en «el puro afecto de su voluntad» [24], «Dios, que es rico en misericordia, por su mucho amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en delitos y pecados, nos dio vida juntamente con Cristo... para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús» [25]. «Cuando se manifestó la misericordia de Dios nuestro Salvador y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hu-

(21) Génesis 6:8.
(22) Génesis 19:19.
(23) Efesios 1:11.
(24) Efesios 1:5.
(25) Efesios 2:4, 7.

biéramos hecho, sino por su misericordia... para que justificados por su gracia viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna» [26].

Podemos afirmar, pues, que Dios nos salva no por lo que somos o hacemos sino a pesar de ello. La esencia de la gracia divina puede expresarse en aquellas inspiradoras palabras de Pablo: «Dios por nosotros». Sí, a pesar de que nosotros estábamos contra él, Dios, por su gracia, ha decidido ponerse a nuestro favor.

Pero ¿cómo podía hacerlo sin violar los principios de su propia justicia? Gracia no es tolerancia o condonación del pecado. Si Dios llegaba a salvar a los pecadores tenía que hacerlo justamente.

El clamor del salmista «Líbrame en tu justicia» [27] podría parecer a primera vista un absurdo. Lo lógico sería pedir: «Dios, líbrame en tu misericordia». Pero la misericordia de Dios no podía actuar divorciada de su justicia. El Evangelio nos ofrece la solución en su mensaje de la cruz. Con razón decía Pablo que «en el Evangelio la justicia de Dios se revela» [28]. Se revela la justicia que Dios exige del hombre y que éste no alcanza por sí mismo. Se revela la justicia perfecta de Dios en Cristo que se otorga a los pecadores en virtud de la obra propiciatoria del Calvario. Y se revela asimismo la justicia que el Espíritu de Cristo produce en la vida práctica de los creyentes. Esa es, resumidamente, la acción de la gracia de Dios en Cristo. «Siendo justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús» [29].

(26) Tito 3:4, 7.
(27) Salmo 31:1.
(28) Romanos 1:17.
(29) Romanos 3:24.

¡Por gracia sois salvos! Por eso la salvación no puede ser ganada sino recibida con humildad y gratitud. Con la misma humildad y gratitud con que debieron de recibirla la mujer pecadora, Zaqueo el publicano o el ladrón crucificado junto a Jesús.

Este camino único de salvación por gracia aniquila la soberbia humana, pero acaba también con la desesperación que pudiera producir la convicción de pecado, pues «cuando el pecado creció, sobrepujó la gracia» [30]. Ahora, «si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros?» Ni nuestra conciencia, ni el mundo, ni el diablo pueden deshacer la obra de Dios. «El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará juntamente con él todas las cosas?» [31].

III. EL MEDIO DE NUESTRA SALVACION

«Por la fe».

Toda la fe de que un hombre es capaz jamás podría salvarle si Dios por su gracia no le ofreciera la salvación desde la cruz como el gran don de su amor. Pero ese don jamás tendrá verdadero valor y efectividad para nosotros si no extendemos la mano de nuestra alma para aceptarlo. Esa mano es la fe.

Es, no obstante, de la máxima importancia que tengamos ideas claras sobre la fe que nos hace poseedores de la salvación. La fe intelectual no basta. La fe no es ortodoxia. Muy pronto, después de los tiempos apostólicos, se

(30) Romanos 5:20.
(31) Romanos 8:32.

empezó a confundir la fe en Cristo con la aceptación de las doctrinas sobre Cristo sustentadas como verdaderas por la iglesia cristiana. Una persona puede estar de acuerdo con el credo cristiano y no ser cristiana. Puede creer intelectualmente, admitiendo como verdad todo lo que la Biblia dice de Cristo, y, sin embargo, no creer de veras en Cristo.

La fe en el Hijo de Dios no puede ser meramente histórica; debe ser la respuesta a una realidad presente. Yo puedo creer en Napoleón como una de las principales figuras del siglo pasado, pero no como creyeron en él sus soldados. Para mí es sólo un recuerdo; para ellos era el héroe que los entusiasmaba con su presencia y su palabra. De manera semejante, aunque en un plano infinitamente más sublime, debemos creer en nuestro Salvador. Es de notar que ningún escritor del Nuevo Testamento se refiere a Cristo como a un sepultado en el pasado. Para los primeros discípulos, Cristo, aunque invisible, seguía siendo el Hijo Viviente de Dios.

La verdadera fe incluye los elementos antes mencionados; tiene un aspecto doctrinal y un fundamento histórico; pero es mucho más. Analizándola a la luz del Nuevo Testamento observamos tres elementos esenciales: conocimiento, confianza y acción. Entra, pues, en juego toda nuestra personalidad, nuestra inteligencia, nuestros sentimientos y nuestra voluntad.

El conocimiento de la fe.

La fe no debe ser ciega. Debemos conocer el objeto y el porqué de nuestra fe. Una fe ignorante es una fe muerta. «Esta es la vida eterna —dijo Jesús en su oración al

Padre— que te conozcan a ti, el solo Dios verdadero, y a Jesucristo, al cual tú has enviado» [32].

Por supuesto, como tantas otras veces hemos dicho, no alcanzamos ese conocimiento por razonamiento humano ni por investigación de ninguna clase. Dios sólo puede ser conocido a través de la revelación que él ha hecho de sí mismo por medio de su Hijo. Y conocemos a su Hijo por la acción reveladora del Espíritu Santo mediante la propia Palabra de Dios.

A través de las Sagradas Escrituras el Espíritu nos muestra lo que Dios ha dicho y hecho. Nuestra fe no es la aventura de un vuelo espacial; descansa sobre el cimiento sólido de esa revelación divina; se apoya sobre la historia, la cual registra hechos tan prodigiosos y de tanto alcance espiritual como la encarnación del Hijo de Dios, su vida portentosa, su muerte y resurrección y su ascensión en calidad de Mediador entre Dios y los hombres.

La fe empieza, por tanto, conociendo y entendiendo que Dios «de tal manera amó al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él crea, no se pierda mas tenga vida eterna» [33].

A este conocimiento se une nuestro asentimiento. Aceptamos como verdad todo lo que nos enseña el Evangelio. Dejando a un lado nuestras propias opiniones y creencias, decimos «Amén» a lo que ha dicho Dios. Renunciando a nuestros pensamientos y a nuestros caminos de salvación, reconocemos como únicos verdaderos los caminos y los pensamientos de la gracia de Dios.

Pero que nadie se sienta desanimado por lo imperfecto

(32) Juan 17:3.
(33) Juan 3:16.

de su conocimiento de Cristo. Aun siendo imprescindible un mínimo de conocimiento del Evangelio para tener una verdadera fe, ese mínimo está al alcance de cuantos no resisten a la acción reveladora del Espíritu y de la Palabra de Dios. Nuestra salvación, al fin de cuentas, no depende tanto de la calidad de nuestra fe como de la fidelidad y de la misericordia de Dios. Los grandes motores eléctricos no funcionan por la fuerza de los interruptores que los conectan con la fuente de energía sino por el poder de ésta. Un ejemplo hermoso de esta realidad lo hallamos en la mujer hemorroísa [34]. ¡Cuán imperfecta era su fe, cuánta dosis de ignorancia y casi superstición llevaba mezclada! Pero aquella fe la puso en contacto con Cristo y **Cristo** la sanó.

Esta ilustración nos lleva a considerar:

La confianza de la fe.

El conocimiento de Cristo produce convicción y la convicción engendra confianza.

La fe como confianza es uno de los conceptos más hermosos que encontramos en el Nuevo Testamento. Los griegos no usaban esta palabra **(pistis)** en su lenguaje religioso. Sus dioses generalmente eran hostiles al hombre e inspiraban temor más que confianza. El Evangelio, por el contrario, siempre ha sido la nueva de gran gozo que ha disipado el temor de los hombres y los ha movido a acercarse confiadamente a un Dios que los ama. Esta fe del Evangelio nos lleva a descansar completamente en Cristo, en los méritos infinitos de su muerte expiatoria y en la

(34) Mateo 9:20-22.

eficacia de su obra mediadora. Estos méritos y esta obra sí que aseguran nuestra salvación.

Fue esta profunda confianza lo que movió a Pablo a exteriorizar uno de sus más vehementes sentimientos: «Ganar a Cristo y ser hallado en él no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe» [35]. Y tan seguro se sentía en Cristo que, escribiendo a los Romanos, prorrumpe en algo así como un cántico de triunfal certidumbre: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?... Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» [36].

La acción de la fe.

El sentimiento de confianza que acabamos de mencionar impulsa al alma hacia Cristo.

En el Nuevo Testamento encontramos muy a menudo las palabras «creer en» o «fe en». La preposición **en** es más

(35) Filipenses 3:9.
(36) Romanos 8:33-39.

sugestiva en el original griego **(eis)**, que apunta la idea de movimiento y dirección «hacia». Sí, la verdadera fe nos lleva de una manera muy real a Cristo.

Esta experiencia se expresa en el Nuevo Testamento de diferentes maneras. Unas veces se nos presenta bajo la idea de **recibir.** «A todos los que le recibieron (a Cristo), a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» [37]. Esta idea nos muestra un aspecto importantísimo de nuestra salvación. Nos enseña que la iniciativa ha partido de Dios. Que es Cristo el que nos busca, el que se acerca, el que está a la puerta y llama. Como decía Agustín de Hipona, «Yo no te hubiera encontrado a ti, de no haberme encontrado tú a mí». Sin embargo, es al hombre a quien corresponde recibir o rechazar cuando Cristo llama a la puerta de su corazón. Y le recibe por la fe cuando asiente a la verdad de su Palabra, confía en el valor de su obra redentora y le aclama sinceramente como Salvador.

También se nos ilustra la acción de la fe bajo la figura de **mirar a Jesús.** En su conversación con Nicodemo el Señor se refirió a un episodio trágico de la historia antigua de Israel: la plaga de serpientes venenosas que, a causa del pecado, diezmaba al pueblo. La serpiente de metal levantada por Moisés a ojos de todos fue remedio eficaz para cuantos miraban a ella. Jesús añadió: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es menester que el Hijo del hombre sea levantado para que todo aquel que en El cree no se pierda, mas tenga vida eterna» [38]. Aquí el creer equivale a mirar a Cristo con espíritu contrito y

(37) Juan 1:12.
(38) Juan 3:15.

suplicante, pero al mismo tiempo con una plena confianza de que su muerte tuvo por objeto borrar todos nuestros pecados y darnos la vida eterna. Y como en el caso de los israelitas a la mirada seguía la sanidad, así en el caso del pecador la mirada de fe en Cristo da como resultado la salvación.

Entre otras expresiones que ilustran la acción de la fe, encontramos además en el evangelio la de **ir a Cristo.** Jesús mismo usa esta frase en repetidas ocasiones. Unas veces con un tono triste de reproche: «No queréis venir a mí para que tengáis vida» [39]; otras veces con el acento amoroso de sus invitaciones: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba»; «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar»; «al que a mí viene no le echo fuera» [40]. Y todo aquel que acude a Cristo arrepentido de sus pecados y en demanda de salvación es perdonado y salvado por él.

La salvación de tu alma está fuera del alcance de tus propios medios. Es el don de la gracia de Dios que se te ofrece en Cristo y por los méritos de Cristo. Tu fe no tiene virtud salvadora, pero es el medio por el cual Dios quiere ponerte en contacto con su Hijo Jesucristo para que por él seas salvo. Recibe a Cristo, mira a Cristo, ve a Cristo. Y también en ti se cumplirán las palabras de Jesús a la pecadora: «Tu fe te ha salvado; ve en paz» [41].

(39) Juan 5:40.
(40) Jn. 7:37; Mat. 11:28 y Jn. 6:37.
(41) Lucas 7:50.

X

"EL QUE NO NACIERE DE NUEVO. ."

El que no naciere de nuevo no puede ver el Reino de Dios.

Juan 3:3.

HEMOS considerado la gran salvación que Dios ha concedido a aquellos que depositan su fe en el Señor Jesucristo. Vimos de qué manera admirable un Dios justo justifica al pecador. Por su gracia Dios nos perdonó y nos justificó. Todo esto es algo extraordinario; pero sólo nos muestra un aspecto de nuestra salvación. Debemos hablar de lo que Dios ha hecho en nosotros, al mismo tiempo que hablamos de lo que ha hecho a favor de nosotros. A nuestro favor ha obrado nuestra justificación; en nosotros ha obrado la regeneración o nuevo nacimiento. Ambas cosas son inseparables. Muchas personas se han sentido movidas a buscar la salvación por temor al infierno, no al pecado. Les asusta lo que pueda haber en el «más allá» de la muerte, pero apenas les preocupan sus deberes morales en el «más acá». Quizá ese sentimiento religioso es muy latino, muy español, pero es muy poco cristiano.

Según las enseñanzas bíblicas, no basta con que Dios nos perdone y nos asegure un lugar en el cielo; es necesario neutralizar el poder virulento del pecado en nosotros. Curar las mordeduras de una serpiente no es lo mismo que herir a la serpiente. Y era necesario, conforme al propósito de Dios, que la cabeza de la serpiente fuera aplastada. Lo fue históricamente en el Calvario, pero debe serlo igual-

mente en nuestra experiencia para que se cumpla lo que decía el apóstol Pablo escribiendo a los Romanos: «El pecado no se enseñoreará de vosotros» [1]. Para eso teníamos necesidad de una nueva naturaleza y, en consecuencia, de un nuevo nacimiento, porque nuestra naturaleza vieja era y es irreformable.

I. NECESIDAD DEL NUEVO NACIMIENTO

La palabra «regeneración» sólo se encuentra literalmente dos veces en el Nuevo Testamento, aunque la idea la hallamos muchas más. La primera vez aparece en el evangelio de Mateo, capítulo 19, versículo 28. En esta ocasión Cristo habla de la **«regeneración»** o renovación del mundo que tendrá lugar el día de su segunda venida. A este gran acontecimiento se refería, sin duda, Pedro cuando predicaba en el pórtico de Salomón, en el templo, de «los tiempos de la **restauración** de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas» [2].

La misma idea había seguramente en la mente de Pablo cuando nos pintó el cuadro de una creación esclavizada, gimiendo bajo la maldición y las consecuencias del pecado humano, que espera «la manifestación de los hijos de Dios». «Porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios» [3].

Pedro y Juan nos hablan también de los «cielos nuevos

(1) Romanos 6:14.
(2) Hechos 3:21.
(3) Romanos 8:19-21.

y tierra nueva en los cuales mora la justicia» [4] que Dios hará surgir de la actual creación a través de juicios y conmociones en el gran «día del Señor» [5].

Sí, muchos textos bíblicos, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo apuntan a una «regeneración» o renovación literal de nuestro planeta en el futuro. Parece que esa transformación afectará a todos los órdenes, incluso el físico. Dios tiene en sus planes hacer «un mundo nuevo» y mejor.

Pero esa transformación del mundo sería inútil si no hubiera antes una renovación espiritual en el corazón humano. Aquí radica la enorme diferencia entre el plan divino y las aspiraciones humanas.

Ha encontrado amplio eco en nuestros días el concepto de Ortega y Gasset de que el hombre es él «y su circunstancia». Susceptible de aplicaciones muy amplias, esta definición se interpreta, por lo general, en sentido externo. Se trata de crear la «circunstancia» natural, política, económica y hasta personal que haga del hombre un ser digno. «Cambiad las circunstancias si queréis cambiar al hombre», se dice. Pero el Evangelio grita: «¡Cambiad el corazón!» No puede esperarse un mundo mejor mientras los hombres sigan siendo egoístas, orgullosos, débiles y miserables. La regeneración del mundo exige la previa regeneración del individuo.

Y es precisamente en este sentido personal que hallamos la palabra «regeneración» por segunda y última vez en el Nuevo Testamento, en la epístola a Tito: «Cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor

(4) II Pedro 3:12-13.
(5) II Pedro 3:10-12.

para con los hombres, nos salvó... por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo» [6].

La necesidad de esta experiencia se hace evidente si tenemos en cuenta lo que es actualmente el hombre, por naturaleza. El apóstol Pablo dice: «Porque también nosotros —y se incluye él mismo— éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles y aborreciendo unos a otros» [7].

Escribiendo a los Efesios, declara que en otro tiempo anduvimos «siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia... en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira como los demás» [8].

Estas últimas palabras parecen un eco de las que Cristo dijo a los judíos de su tiempo: «Vosotros hijos de vuestro padre el diablo sois». ¿Por qué? Porque reproducían en su manera de ser y de obrar las mismas características perversas del diablo, padre de mentira y malignidad y reo de la ira divina.

Esta situación, como vimos al hablar del pecado, es humanamente irremediable. Moralmente, el estado natural del hombre no es, como algunos han dicho, semejante a una manzana verde que ha de madurar; más bien se parece a una manzana con un gusano dentro que causará su completo pudrimiento.

(6) Tito 3:4-5.
(7) Tito 3:3.
(8) Efesios 2:2-3.

El hombre no evoluciona hacia la perfección moral; todo nos hace pensar que más bien retrocede. Alguien ha afirmado satíricamente que el hombre desciende no **del** bruto sino **hacia** el bruto. Los hechos le dan la razón. En consecuencia, nos enfrentamos con un dilema: o regeneración o degeneración.

Todos los esfuerzos por elevar o transformar al hombre moralmente por medio de procedimientos humanos están condenados de antemano al fracaso.

Nuestro corazón es semejante a un pozo negro cuya inmundicia no se puede purificar. Refería el gran evangelista Moody la experiencia de un hombre que había adquirido una casa con un pozo en el patio. Uno de los vecinos corrió a avisarle inmediatamente. «No beban agua del pozo; los vecinos que vivieron antes, al beberla, se intoxicaron». El nuevo propietario, muy ingenuo, replicó: «Eso no importa, pintaremos el pozo». No entendía que el mal estaba en el fondo. Eso es lo que sucede en el ser humano; su corazón contiene toda la malicia, toda la delincuencia y toda la perversidad que vemos en la tierra. Y ese corazón no puede mejorar aunque se pinte por fuera, aunque se cubra de un barniz de honorabilidad humana o de cierta religiosidad.

Tampoco puede renovarse el corazón humano por la influencia del medio ambiente. Hay personas en nuestros días que dicen: «los hombres son malos porque viven en una sociedad corrompida; si a cada individuo se le pudiera rodear de un ambiente moralmente sano, sería bueno». Creemos que tenía más razón Spurgeon cuando decía con gran convicción que si un carterista llegara a tener entrada en el cielo, a pesar de todos los buenos ejemplos de ángeles y santos, seguiría dedicándose a robar carteras. Esa

ilustración un tanto humorística refleja más atinadamente la verdadera condición humana. Viene a confirmar lo que decía el Señor Jesucristo en su conversación con Nicodemo: «Lo que es nacido de la carne, carne es» [9]. No puede reformarse, no puede mejorarse, no puede evolucionar hacia la santidad exigida por Dios, porque «la voluntad de la carne es enemistad contra Dios» [10].

Muchas personas han hecho esfuerzos desesperados para llegar a librarse de las cadenas de vicio que las atormentaban; han tratado de cambiar su vida porque se daban cuenta de que era algo verdaderamente miserable; pero han tenido que decir también lo que cantamos en un himno: «Procuro en vano mi conducta reformar». Toda la fuerza de voluntad del hombre más decidido se estrella contra la impotencia de su naturaleza. «Tengo el querer, mas hacer el bien no lo alcanzo», decía Pablo refiriéndose a la experiencia del que trata de luchar contra el pecado por sus propias fuerzas [11].

Con nuestros recursos no podemos alcanzar el propósito de santidad que Dios tiene para nosotros. Al hombre, por naturaleza, le falta algo que sólo Dios puede darle. Plutarco refería la ilustración de un hombre que había tratado de hacer que un cadáver se mantuviera enhiesto y que llegara a andar. Después de muchos esfuerzos se dio por vencido y exclamó: «¡Le falta algo dentro!» Le faltaba la vida. En el orden moral sucede algo parecido. Falta algo dentro, la nueva vida que sólo Dios puede impartir. Esta necesidad afecta a todos los seres humanos por igual, al

(9) Juan 3:6.
(10) Romanos 8:7.
(11) Romanos 7:18.

hombre piadoso y honrado lo mismo que al pecador hundido en los vicios más escandalosos.

Es curioso observar que fue precisamente a un príncipe respetable de los judíos, hombre profundamente religioso, a quien Jesús dijo: «De cierto de cierto te digo que el que no naciere de nuevo no puede ver el Reino de Dios» [12]. Nicodemo se acerca a Jesús viendo en él un maestro. Cristo le enseña que lo que la humanidad necesita no es un maestro, sino un nuevo nacimiento, una renovación del hombre sobre la base de una restauración a la comunión con Dios. Todo esto no es cuestión de propósitos de enmienda ni de reforma; se trata de una revolución en el sentido espiritual. Hay que acabar con el viejo orden para instaurar un orden nuevo; es preciso acabar con el dominio de la carne para que reine Cristo. Es necesario que se opere en nosotros algo en virtud de lo cual aborrezcamos el pecado que antes amábamos, huyamos de las cosas en que antes nos deleitábamos y amemos y sigamos aquello que antes detestábamos. Para eso necesitamos un nuevo corazón y ese nuevo corazón sólo podemos alcanzarlo por medio de un nuevo nacimiento.

II. QUE ES EL NUEVO NACIMIENTO

Ya hemos mencionado las palabras de Jesús a Nicodemo: «El que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios». ¿Qué quería decir?

En opinión de muchas personas este nuevo nacimiento

(12) Juan 3:3.

se efectúa en el bautismo. El agua bautismal —dicen— nos lava de nuestros pecados y nos hace cristianos. Pero en ninguna parte de las Sagradas Escrituras encontramos que un rito mecánico independientemente de la fe pueda producir efectos espirituales en el corazón. Juan el Bautista refutó radicalmente ese error. Cuando veía a las multitudes que confiaban en el hecho de que eran descendientes de Abraham, linaje escogido, pueblo de Dios, les amonestaba: «No digáis: a Abraham tenemos por Padre, porque puede Dios levantar hijos a Abraham aun de estas piedras» [13]. En nuestros días también tienen aplicación esas palabras. No confiéis en que habéis nacido en un país «cristiano» y quizá en un hogar donde los padres profesaban piedad; no confiéis en el bautismo, la confirmación o la comunión, cuya práctica muchas veces carece de verdadera fe. Todo eso, de acuerdo con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, no produce ningún resultado que satisfaga a Dios. Los judíos confiaban en la circuncisión, señal del pacto que Dios había establecido con su pueblo, pero el apóstol Pablo dice que la verdadera circuncisión no es la que se hace con mano humana en la carne, sino la que hace Dios en el corazón.

Ni tampoco es el nuevo nacimiento la inscripción en una iglesia, la adhesión a un credo o a una confesión religiosa. El nuevo nacimiento, según las enseñanzas de la Palabra de Dios, es el principio de una vida espiritual tan real y auténtica como la vida natural. Pablo, escribiendo a los Efesios, afirma: «Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo» [14].

(13) Lucas 3:8.
(14) Efesios 2:5.

Nosotros éramos antes semejantes a un árbol malo que no podía dar frutos buenos. Era necesario injertar en nosotros el brote de un árbol nuevo que produjera frutos de fe, esperanza, amor y servicio a Dios.

Por supuesto, la ilustración nunca da una idea exacta de la realidad; nunca hay paralelos perfectos entre el ejemplo material y la verdad espiritual. En la regeneración espiritual de una persona siempre hay un fondo de misterio que, al igual que en la vida natural, nadie puede llegar a explicar. Cuando Nicodemo oyó a Jesús hablar sobre la necesidad de volver a nacer, preguntó: «¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?» El Señor le dio algunas explicaciones, pero acabó diciendo: «El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, mas ni sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» [15].

También debemos evitar llevar el lenguaje metafórico a extremos erróneos. Esto ha llevado a algunos a pensar que en el nuevo nacimiento el hombre recibe de Dios una nueva alma con sus propias facultades, un alma completamente «otra» y distinta a la que antes tenía. Y como la anterior no se aniquila, casi viven bajo la impresión de que tienen dos almas «siamesas» inseparables, aunque opuestas entre sí. Es una tergiversación lamentable de las figuras que usa Pablo cuando habla del «hombre viejo» y el «nuevo hombre» en el cristiano.

No; en el nuevo nacimiento no hay cambio en la sustancia esencial del alma humana. Lo que hay es un nuevo principio de vida espiritual, lo que podríamos llamar una nueva naturaleza, una potencia nueva, divina, que inspira

(15) Juan 3:8.

nuevas disposiciones de espíritu, nuevas tendencias y nuevas actitudes. Como dijimos en otro lugar, la inteligencia, los sentimientos y la voluntad, estaban antes bajo las tendencias naturales del pecado en un régimen de depravación. Bajo el nuevo régimen, establecido con la regeneración por las poderosas y benéficas influencias del Espíritu de Dios, las facultades del alma, al igual que el cuerpo mismo, adquieren un nuevo rumbo.

Pablo da forma a este pensamiento cuando dice a los Romanos: «Así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora, para santificación, presentad vuestros miembros para servir a la justicia» [16].

En este sentido el cambio ha sido total. La revolución espiritual ha invadido todos los rincones de la personalidad. Como decía Pablo, «si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» [17]. En contraste con la total depravación del hombre natural, tenemos aquí su total renovación. Pero eso no quiere decir que el creyente alcanza ya en la regeneración la perfección absoluta o la impecabilidad. Las antiguas tendencias pecaminosas de la carne nos acompañarán en este mundo hasta la muerte.

Sin embargo, el regenerado ha pasado por una experiencia honda y decisiva. Ahora ya no podrá vivir plácidamente en el pecado, ni conforme a los moldes morales de este mundo, sino que irá transformándose conforme a la voluntad de Dios [18]. Revestido del «nuevo hombre», irá

(16) Romanos 6:19.
(17) II Corintios 5:17.
(18) Romanos 12:2.

renovándose más y más a semejanza de Aquel que lo creó» [19].

Todo eso, como puede verse, es distinto y muy superior a una renovación de conceptos religiosos. No es un concepto nuevo. Es una nueva vida.

¿Quién lo habría dicho al contemplar la miseria e impotencia de los hombres? Era tan difícil como esperar que volvieran a vivir los huesos secos que vio Ezequiel [20]. Pero aquellos huesos revivieron. Y los hombres, muertos en sus pecados, renacen: ¡Dios lo ha hecho!

III. COMO SE PRODUCE

Estamos seguros de que Dios está haciendo sentir a muchas personas el deseo de nacer de nuevo. Hay personas que están insatisfechas con su «vana manera de vivir», personas que empiezan a aborrecer ya la miseria de un corazón que de continuo tiende al mal. ¿Cómo ser libres de ese mal y cómo vivir la vida nueva?, se preguntan. ¿Cómo podemos nacer espiritualmente? El apóstol Pablo dice: «por el lavamiento de la regeneración y por la renovación del Espíritu Santo» [21], si bien tal lavamiento nada tiene que ver con la supuesta purificación bautismal.

El Señor Jesucristo dijo a Nicodemo: «El que no naciere de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios». Sin duda, aquellas palabras tenían para Nicodemo un significado más profundo de lo que nosotros pode-

(19) Colosenses 3:10.
(20) Ezequiel 37:1.
(21) Tito 3:5.

mos imaginar. Los judíos piadosos habían estado tratando de justificarse ante Dios mediante el cumplimiento de las obras de la ley, su piedad, sus ayunos y oraciones, sus sacrificios, su celo religioso. El Señor trata de enseñarle que todo eso es inútil, porque es fruto de la «carne». Lo necesario era, y es, nacer «del agua y del Espíritu». ¿Qué significa esto?

En los días de Nicodemo había todavía muchas personas hondamente impresionadas por la predicación de Juan el Bautista, que llamaba a los hombres al arrepentimiento y luego los bautizaba. El agua de aquel bautismo era el testimonio de la necesidad que los hombres tenían de arrepentirse. Cristo subraya esta necesidad cuando dice: «Si no os arrepintiereis, todos pereceréis igualmente» [22]. Eso podía llegar a comprenderlo Nicodemo. Quizá si él hubiera calado más hondo habría entendido que el agua, la cual ya en el Antiguo Testamento era símbolo de purificación, era también símbolo de la Palabra de Dios [23]. Era necesario que la Palabra de Dios actuara en su corazón.

Pero esa palabra sólo tendría efecto por la acción del Espíritu Santo. Es el Espíritu de Dios el que ilumina, el que nos lleva a la convicción del pecado, a la comprensión de la verdad y luego el que, mediante el arrepentimiento, y la fe por nuestra parte, produce el lavamiento e introduce en nosotros, mediante la regeneración, la vida nueva con sus gloriosas posibilidades.

Lo que Ezequiel profetizó tan bellamente en cuanto a la futura regeneración de Israel se puede aplicar, por analogía espiritual, al nuevo nacimiento de todo individuo que

(22) Lucas 13:3.
(23) Efesios 5:26.

se arrepiente y cree en Cristo: «Esparciré sobre vosotros, dice el Señor, agua limpia y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré y os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros, y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis mandamientos, y guardéis mis derechos, y los pongáis por obra» [24].

El Señor Jesucristo, en su conversación con Nicodemo, completó sus enseñanzas sobre el nuevo nacimiento destacando la necesidad, por parte del hombre, de la fe en la obra redentora de la cruz: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es menester que el Hijo del hombre sea levantado para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna». Está apuntando al madero del Gólgota; está prediciendo la manifestación de la gracia divina a favor de los pecadores, en virtud de la cual Dios no sólo podría perdonar el pecado sino que transformaría a los hombres. Seguramente, nada iguala al sacrificio de la cruz como medio para ganar nuestro afecto y voluntad, en gozosa sumisión a la voluntad de Dios. A todos los creyentes nos atrajo un día Cristo con el poder invencible de su amor redentor; y al contacto con él, mediante la fe, se produjo el glorioso acontecimiento de la regeneración. Ahora, no sólo estamos vinculados a Cristo, sino identificados con su muerte y resurrección. Espiritualmente participamos de ambas, porque «hemos sido bautizados en su muerte... a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva» [25].

(24) Ezequiel 36:25-27.
(25) Romanos 6:3, 4.

También tú puedes disfrutar de esa vida. En el evangelio de Juan leemos que los nacidos de nuevo o «engendrados de Dios» son los que reciben a Jesucristo [26]. ¿No quieres recibirle tú? ¡Ojalá Dios pudiera gozarse y decir de ti lo que el padre de la parábola dijo de su hijo pródigo: «¡Muerto era y ha revivido!»

(26) Juan 1:12.

XI

"CRISTO, VUESTRA VIDA"

Cristo, vuestra vida.

Colosenses 3:4.

AL hablar sobre el nuevo nacimiento, vimos que el Espíritu de Dios infunde una vida nueva en el creyente. Esta vida es la más grande a que los hombres pueden aspirar. En realidad es la única que merece propiamente el nombre de vida. Todo lo demás es existir, vegetar, quizá soñar. Todo queda reducido a la conclusión pesimista del antiguo Predicador: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad» [1]. Lord Byron, el famoso poeta inglés, dijo al médico que le asistía en su última enfermedad: «¿Cree usted que siento apego a esta vida? Estoy cansado de ella y deseo la hora de mi partida. He disfrutado del placer en todas las formas que puede presentarse a los mortales. He viajado, he satisfecho mi curiosidad, he perdido toda ilusión. Soy un joven viejo. He apurado todo el néctar de la vida y es hora de arrojar las heces».

Podríamos citar muchos otros testimonios igualmente descorazonadores, y a ellos añadir el nuestro propio. La vida humana está encajonada en moldes de frustración; no suministra nada con que llenar el vacío que el alma siente a causa de sus grandes aspiraciones insatisfechas.

---

(1) Eclesiastés 1:2.

El vacío subsistirá por más que los hombres traten de hacer de esta vida una eternidad, de la carne un dios y del placer una religión, como decía Vinet. Culmina la insatisfacción cuando a las ansias de inmortalidad del hombre se oponen fríos barrotes de racionalismo materialista; entonces la insatisfacción se convierte en angustia, en lo que Unamuno tituló «el sentimiento trágico de la vida».

Es sobre este fondo triste y oscuro que resalta el mensaje glorioso de Aquel que dijo: «Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia» [2]. Vanidad de vanidades, dice el hombre. Plenitud de plenitudes, dice Cristo. Y esa plenitud, esa vida verdadera, únicamente se encuentra en él.

A él debemos acudir, no sólo porque es el autor de la vida sino porque es la vida misma. «Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá para siempre» [3]. No dice si alguno «comiere» de su doctrina, sino de él mismo. El apóstol Juan, en su primera epístola, escribe: «El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» [4]. Pablo lo expresa con palabras brotadas de su más íntima experiencia: «Para mí el vivir es Cristo» [5] y hace extensiva esta bendita realidad a todos los cristianos cuando afirma: «Cristo, vuestra vida».

Ahora bien, ¿qué significa esa vida? ¿cómo se manifiesta? La respuesta podemos resumirla del siguiente modo: Con Cristo, como Cristo, para Cristo.

(2) Juan 10:10.
(3) Juan 6:35.
(4) I Juan 5:12.
(5) Filipenses 1:21.

I. CON CRISTO

La vida a que nos venimos refiriendo depende de nuestra unión e identificación con el Señor: «Vosotros en mí y yo en vosotros» nos dice Cristo [6]. Pablo recoge y desarrolla esta verdad. Es característica en sus escritos la expresión «en Cristo», que aplica prácticamente en todos los aspectos de la vida cristiana. Asimismo destaca la posición de Cristo «en» el creyente. «Vivo no ya yo, mas vive Cristo en mí» [7]. «Habite Cristo por la fe en vuestros corazones» [8].

Para los primeros cristianos la unión espiritual con su Salvador no era algo esporádico de lo cual pudieran disfrutar en momentos de elevación espiritual por el poder o virtud de un sacramento. Su unión con Cristo era algo permanente, en virtud de la posición que Dios mismo les había concedido, por medio de la fe.

Al recibir a Cristo como nuestro Salvador y Señor, vinimos a ser como pámpanos de la Vid que es él; fuimos hechos miembros de su cuerpo [9], piedras vivas de su templo, del que él mismo es piedra angular [10]. Hemos sido hechos, además, su esposa mística [11]. Estas figuras nos sugieren no sólo la intimidad sino la permanencia de nuestra relación con Cristo. Y nos muestran, además, que la relación entre Cristo y sus redimidos es muy superior a la que puede haber entre un maestro y su discípulo, un

(6) Juan 14:20.
(7) Gálatas 2:20.
(8) Efesios 3:17.
(9) Romanos 12:5 y I Corintios 12:12.
(10) Efesios 2:20 y I Pedro 2:4-5.
(11) Efesios 5:26-27.

señor y su siervo o un soberano y sus súbditos. Significa que la vida de Cristo en toda su grandeza y con todas sus gloriosas posibilidades es comunicada al cristiano. Esta vida se desarrollará en la medida en que el cristiano permita a Cristo ejercer el señorío. Todavía hoy, al recibir a Cristo en nuestro corazón, podemos darle un establo o un trono.

Algunas personas temen someterse a Cristo. Opinan que esa unión con él, resultado de una fe viva, impone un yugo pesado. Ven la vida cristiana como una esclavitud en la que el creyente se siente constantemente abrumado por duras restricciones, o por deberes poco gratos y difíciles de cumplir. Nada más lejos de la verdad. Jesús dijo: «Tomad mi yugo sobre vosotros... y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga» [12].

El apóstol Pablo encabeza algunas de sus cartas presentándose a sí mismo como «esclavo de Jesucristo» [13]; pero esto constituía para él el mayor timbre de gloria. Antes había sido esclavo del pecado por la debilidad de su naturaleza humana. Después fue siervo de Dios y de la justicia por la gracia redentora de Dios. Como todos los hijos de Dios, había sido libertado por Cristo, y en su libertad escogió servir a Aquel que le había amado y se había dado por él [14].

En la unión con Cristo halla el creyente satisfacción a las mayores ansias de su corazón. Cristo es para él el **Abogado** que defiende constantemente su causa ante el trono

(12) Mateo 11:29.
(13) Romanos 1:1; Filipenses 1:1.
(14) Gálatas 2:20.

de la justicia divina, y como cantamos en un himno, «mi causa en sus manos siempre prevalece». «Hijitos —decía el apóstol Juan— estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo, el cual es la propiciación por nuestros pecados» [15]. La obra expiatoria de Cristo en la cruz no sólo alcanza a nuestros pecados pasados, sino también a los presentes. El creyente no vive habitualmente en el pecado; lucha contra él, pero si en su lucha sufre caídas y derrotas, por la vía del arrepentimiento y la fe siempre hallará en Cristo perdón y restauración.

Esto, lejos de fomentar el descuido espiritual, lo combate. No hay antídoto más poderoso contra el pecado que el sentimiento profundo del perdón gracias a la mediación de nuestro gran Abogado, que tanto sufrió para hacerlo posible.

En Cristo halla también el creyente al **Maestro** por excelencia, el Enseñador de las grandes verdades sobre Dios, el hombre, la vida y la eternidad. Lo grande de esta bendición resalta al compararla con la incertidumbre y el escepticismo que prevalecen en nuestros días. Mucho progreso técnico, grandes adelantos científicos, sí; pero las grandes incógnitas sobre el universo, el hombre, su naturaleza moral y su destino, los grandes problemas espiri tuales de la humanidad, siguen sin resolver. «¡Luz, más luz!», exclamó Goethe al final de su vida. Su ingenio natural y todo su saber no bastaban para disipar las nieblas que envolvían su alma. En medio de esta oscuridad, el cristiano se goza en las verdades luminosas del evangelio

(15) I Juan 2:1.

viviendo en comunión con Aquel que dijo: «Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» [16]. Hoy, como hace veinte siglos, los conceptos cristianos se yerguen triunfantes por encima de todas las demás interpretaciones de la vida humana. Hoy, como siempre, el cristiano puede apropiarse con preciosa certidumbre las palabras de Pablo al exclamar: «¡Yo sé a quién he creído!»

Cristo es, además, el gran **Pastor y Guía** de sus redimidos. «Yo soy el Buen Pastor» declaró él mismo [17]. Después de haber puesto su vida por sus ovejas las conduce con amor y sabiduría, las alimenta y las protege. Esta bendita experiencia halla su más elevada expresión en las alentadoras palabras del Salmo 23: «El Señor es mi Pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento» [18].

En todas las circunstancias, aun frente a la adversidad más dura, el creyente descansa junto a su Pastor y confía en lo sabio y bueno de su providencia. Oye su voz y perseverа marchando hacia adelante. Aun en situaciones de angustia, el creyente disfruta en Cristo de un banquete espiritual: «Aderezarás mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores» [19]. Nada como un sentimiento real

(16) Juan 8:12.
(17) Juan 10:11.
(18) Salmo 23:1-4.
(19) Salmo 23:5.

de la presencia de Cristo infunde ánimo y valor al corazón humano.

Se cuenta de Lutero que se hallaba en cierta ocasión sumamente deprimido por los peligros que le rodeaban. Después de un rato de postración, se levantó gozoso exclamando: **«Vivit! Vivit!»** —¡Vive! ¡Vive!—. Sí, y porque Cristo vive nosotros también viviremos [20].

Cristo es asimismo el gran **Amigo** del creyente. Todo ser humano tiene necesidad de amistad. Cristo suple esta necesidad maravillosamente. «Vosotros sois mis amigos», dijo a sus discípulos [21]. Y una vez más es la cruz la gran demostración de sus palabras: «Nadie tiene mayor amor que éste, que ponga su vida por sus amigos» [22].

Hay en el Antiguo Testamento un ejemplo conmovedor de amistad, el de David y Jonatán. Leemos en el texto sagrado que «el alma de Jonatán quedó ligada con la de David y lo amó Jonatán como a sí mismo... Y Jonatán se quitó el manto que llevaba y se lo dio a David, y otras ropas suyas, hasta su espada, su arco y su talabarte» [23]. Este ejemplo es al mismo tiempo una ilustración de la amistad de Cristo, quien, por amor a nosotros se despojó de su propia gloria para salvarnos. «Siendo rico se hizo pobre para que nosotros por su pobreza fuésemos enriquecidos» [24]. Da a sus redimidos su propia justicia, su propio Espíritu y su propia gloria [25].

(20) Juan 14:19.
(21) Juan 15:14.
(22) Juan 15:13.
(23) I Samuel 18:1-4.
(24) II Corintios 8:9.
(25) II Corintios 5:21; Juan 14:16-17. Juan 17:24.

La presencia espiritual de este gran Amigo es un estímulo poderoso a lo largo de la vida. La comunión con él es una fuente de inspiración y poder inextinguible. Perdurará con toda su virtud cuando la influencia de otras muchas amistades se haya desvanecido o se haya trocado en desengaño.

Estos varios aspectos de Cristo enriquecen de manera real y positiva la vida del cristiano y refuerzan la unión de éste con su Señor. Se ha dicho que un cristiano es el que queda «prendado y prendido de Jesús». ¡Gran verdad! Y nadie piense que esto ha de conducir forzosamente a un misticismo conventual. Vivir en Cristo es el privilegio y el deber de todo cristiano en medio de todas sus responsabilidades y actividades humanas.

II. COMO CRISTO

No es de extrañar que la comunión con Cristo produzca en el cristiano una semejanza a Cristo. El popular «Dime con quién andas y te diré quién eres» tiene aplicación en el orden espiritual. A los primeros cristianos «les conocían que habían estado con Jesús» [26].

El apóstol Pablo enseña que Dios nos predestinó para que fuésemos «hechos conformes a la imagen de su Hijo» [27]. Este propósito divino tendrá un cumplimiento perfecto en el futuro, pero empieza a realizarse ya ahora. El mismo apóstol dice que «nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos

(26) Hechos 4:13.
(27) Romanos 8:29.

transformados de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor» [28].

Este hecho reporta una de las más grandes satisfacciones a que puede aspirar el ser humano, la de ver su vida transformada por la presencia y la acción santificadora de Cristo mediante su Espíritu Santo. La vida de Cristo en el creyente pone en operación fuerzas antes desconocidas que permiten al cristiano grandes logros morales. Los vicios, las debilidades y los pecados de otro tiempo pueden ser arrojados por el empuje de nuevas energías y tendencias implantadas en el alma por el Espíritu de Cristo.

¡Cuántos hombres y mujeres que habían sido víctimas impotentes de hábitos vergonzosos se han visto cambiados desde que Cristo empezó a vivir en ellos! Ladrones, jugadores, bebedores, adúlteros, blasfemos, personas soberbias, hipócritas y egoístas, esclavos de su yo y de sus pasiones, han sido maravillosamente transformadas. Sus vidas, que antes eran exponentes de la miseria del pecado, después reflejaron las virtudes de su Salvador.

El apóstol Pablo, que tan íntimamente se identificó con Cristo, escribía: «Somos sepultados juntamente con Cristo para muerte... para que como Cristo resucitó de los muertos, así nosotros andemos en novedad de vida». Y cuando insta a los Romanos a que no presenten sus miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino a Dios, como instrumentos de justicia, añade: «porque el pecado no se enseñoreará de vosotros» [29]. Y más adelante exclama: «Gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a

(28) II Corintios 3:18.
(29) Romanos 6:14.

la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado vinisteis a ser siervos de la justicia» [30]. He aquí el resultado de nuestra identificación y unión con Cristo. ¡Cuánto mejor tener al Espíritu de Cristo viviendo en nosotros que pugnar por nosotros mismos contra los constantes embates de la tentación!

Cristo en nosotros es otro aspecto de la gracia de Dios obrando para nuestra salvación. Estamos en la gracia, no bajo la ley. Cuando una persona se coloca en el plano de la ley, reconociendo lo justo y santo de sus requerimientos morales, pronto descubre su impotencia para cumplir sus mandamientos. Es la persona situada en ese plano la que Pablo presenta en el patético cuadro del capítulo 7 de su carta a los Romanos. Es esa persona la que dice: «No hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago... Yo sé que en mí, esto es en mi carne, no mora el bien... Según el hombre interior me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros que se revela contra la ley de mi mente y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» [31]. Pero Pablo ya había enseñado: «El pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la ley sino bajo la gracia» [32]. La gracia se personifica en Cristo, y en Cristo el creyente halla poder para vivir su vida nueva bajo la acción de la nueva ley del Espíritu de Dios: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte; porque lo que

(30) Romanos 6:17-18.
(31) Romanos 7:15-24.
(32) Romanos 6:14.

era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu» [33].

Sin embargo, no hemos de pensar que la presencia de Cristo por su Espíritu en el cristiano signifique la ausencia total de las viejas tendencias pecaminosas. Ya dijimos que la antigua naturaleza subsiste. La carne sigue siendo carne y a causa de su acción no pocas veces el creyente habrá de confesar pecados y debilidades. Creo que fue Lutero quien dijo: «Yo creía haber ahogado al viejo hombre, pero me he dado cuenta de que el miserable sabía nadar». Tenía razón. Proseguirá la lucha del Espíritu contra la carne y la carne contra el Espíritu [34]. Pero si Cristo vive en nosotros en la plenitud del Espíritu Santo, su influencia dominará y dirigirá nuestra vida sobreponiéndose a las fuerzas del pecado, dándonos victoria gozosa donde antes habíamos sufrido derrotas. En la «Odisea», Homero refiere la agonía de Ulises ante la tentación de las sirenas que atraían con sus cantos suavísimos a los navegantes para devorarlos. Muy diferente fue la experiencia de los argonautas, según la mitología griega, cuando pasaron por el mismo lugar en su viaje en busca del vellocino de oro. Conocedores de la peligrosa tentación, tomaron consigo a Orfeo, quien mediante la música delicada de su lira cautivó la atención de los navegantes con tal embeleso que las voces de las sirenas resultaron sin encanto. Cuando Cristo

(33) Romanos 8:1-4.
(34) Gálatas 5:17.

vive en el creyente y le hace oír su voz, ésta puede ahogar las voces del mundo, del diablo y de la carne.

Así, por la presencia y el poder de Cristo en sus redimidos, éstos van experimentando progresivamente una liberación del poder del pecado y una transformación a semejanza de su Señor.

Cada cristiano debe llegar a ser una reproducción moral clara, aunque imperfecta, de su Maestro. Recuerdo haber leído la anécdota de un cristiano que explicaba la vida de Jesús a unos niños chinos. Cuando resaltaba las excelencias y virtudes de su carácter, un niño poco conocedor de los evangelios, le interrumpió súbitamente y exclamó: «¡Yo conozco a ese hombre; vive cerca de mi casa!» El muchacho, según explicó después, se refería a un misionero evangélico conocido por su cristianismo ejemplar.

Indefectiblemente, si Cristo vive de veras en nosotros, el mundo ha de poder ver a Cristo a través de nuestra vida.

Pasemos ahora a considerar el último punto.

III. PARA CRISTO

Cuando Pablo dijo: «Vive Cristo en mí» y «para mí el vivir es Cristo», daba a entender que Cristo era el todo de su vida; no sólo el principio, sino también el fin; no sólo el centro, sino la meta; no sólo la causa, sino el objeto de su nueva existencia, su ideal supremo. Y éste debe ser el sentir de todo cristiano.

La esencia del pecado es el deseo egoísta del hombre de vivir su propia vida independientemente de Dios. La esencia de la vida cristiana es la sumisión a la soberanía

de Dios. La gran rebelión debe dar lugar a la gran rendición; el gran usurpador, el «yo», debe dejar el trono que injustamente ocupó para que se siente en él el Rey de Reyes.

Esto equivale a decir que desde el momento en que recibimos a Cristo como Salvador, recibimos asimismo a un Señor. En adelante, su voluntad, aplicada a todos los órdenes de la vida, habrá de regir nuestra conducta.

Pero es precisamente esta gloriosa dependencia de Cristo lo que da sentido y valor a nuestra vida. Ya hemos visto que sin Dios la experiencia humana es vanidad y frustración. Es lo que sería nuestro planeta salido de su órbita. Precisamente porque nuestra tierra se mantiene girando alrededor del sol, hay en ella vida y belleza. ¿Qué sentido tendría querer independizarnos del astro rey? ¿No sería síntoma de locura? Así el creyente sabe que Cristo, «Sol de justicia» y «Luz del mundo», es el único centro en torno al cual puede girar el hombre. La dependencia de él no es esclavitud humillante sino fuente de vida maravillosa. Cuando el hombre deja de vivir para sí y empieza a vivir para Cristo es cuando su existencia en el mundo adquiere dimensiones dignas. Trasciende lo material y lo temporal para dilatarse ilimitadamente en lo espiritual y lo eterno. Sólo entonces la personalidad humana empieza a alcanzar la grandeza que Dios dio al hombre cuando lo creó a su semejanza.

Que el vivir para Cristo es lo normal en el cristiano, se desprende lógicamente de la naturaleza de nuestra salvación. Cristo vino para restaurarnos no sólo a la comunión con Dios sino a la posición original del hombre como posesión de Dios. En esto radica su gloria y nuestra verdadera vida. Y cuando pensamos en el precio que Cristo hubo

de pagar para hacer posible esa restauración, comprendemos que verdaderamente él nos ha comprado y que ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que nuestro cuerpo y espíritu son de Dios [35]. Sentimos asimismo que «el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto, que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» [36].

¿Y qué es vivir para Cristo?, se preguntará alguien. Es vivir haciendo de su voluntad nuestra voluntad y de su honra nuestro ideal. Es vivir de tal manera que nuestra vida sea como una prolongación de la vida de Cristo en la tierra. Es hacer del reino de Dios nuestra gran preocupación; de la predicación del evangelio, nuestra misión; del amor a los necesitados y perdidos, nuestro sentimiento; del servicio abnegado, nuestra táctica; de la sumisión al Espíritu, nuestra fuerza, y de la gloria del Padre nuestra ambición.

La vida de Pablo, de Pedro, de Lucas y de todos los que realmente se dedicaron a Cristo nos proporciona con su ejemplo abundantes ilustraciones de lo que significa vivir para él. Pero si alguien piensa que estos patrones sólo pueden aplicarse a ministros del evangelio y líderes cristianos (gran error), recuerde la larga lista del capítulo 16 de la carta a los Romanos, donde se mencionan tantos hombres y mujeres para los cuales Cristo era la máxima ilusión. Todos ellos vivían en medio de ocupaciones seculares, atendiendo como los demás a sus trabajos o negocios y a sus

(35) I Corintios 6:20.
(36) II Corintios 5:14-15.

deberes familiares. Pero todo lo subordinaban a los intereses supremos del Reino, todo lo convertían en ministerio, todo lo hacían de manera tal que en último término el nombre de Cristo fuera glorificado [37]. Aun los esclavos trabajaban con un nuevo ánimo, como si sirvieran al Señor en persona y no a los hombres [38]. Entendían que todos los redimidos constituyen un real sacerdocio, pueblo adquirido por Dios para anunciar las virtudes de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable [39].

Vivir con Cristo, como Cristo y para Cristo. Eso es la triple manifestación de «Cristo, vuestra vida». Y, repitámoslo, no hay vida mejor. Aparte de eso, ¡no hay verdadera vida!

Quiero concluir citando un bellísimo fragmento del Romancero español. El conde Arnaldos se había perdido en el mar y, llegado a una tierra lejana, trata de rehacer su vida. Cierto día una galera va a buscarle. El navío aparece a los ojos del conde como una visión arrobadora. Las velas son de seda; la jarcia de un cendal; se calma el mar ante su proa, y el marinero que la manda canta una canción tan bella que aun las aves se posan sobre el mástil y los peces salen a la superficie para oírla. El conde se para y quiere escuchar también desde la orilla. La voz vuelve a oírse con acento terminante:

Yo no digo esa canción
sino a quien conmigo va.

(37) I Corintios 10:31; Colosenses 3:17.
(38) Colosenses 3:22-25.
(39) I Pedro 2:9.

Tú, querido amigo, también te has perdido. Pero Cristo ha salido a buscarte, y te ha alcanzado. Quizá te sientes impresionado por lo maravilloso de su voz. Pero si quieres disfrutar de todo su encanto has de unirte a él. Salta a su nave por la fe. Entonces se te habrá acabado una vida que no es vida y habrá empezado la vida incomparable de Cristo en ti.

XII

"CUANDO CRISTO SE MANIFESTARE..."

Cuando Cristo, vuestra vida, se manifestare, entonces también seréis manifestados con Él en gloria.

Colosenses 3:4.

LA grandeza de la vída en Cristo empieza a manifestarse en el momento mismo de la conversión. Ya aquí en la tierra el cristiano experimenta sus goces y glorias a pesar de múltiples tentaciones y sufrimientos. Pero todo lo grande, todo lo bello y todo lo noble que aquí guste de esa vida no es de comparar con lo que Dios le tiene reservado para el futuro. Pablo lo expresa con un sentimiento de alegría triunfal: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifestare, entonces vosotros también seréis manifestados juntamente con él en gloria».

La mente y el corazón humanos piden a gritos una escatología, una visión de lo que se esconde en el futuro eterno. ¿Ha de tener fin el mundo? ¿Hay un designio y una meta en la Historia? No sólo el hombre religioso piensa en el «más allá»; el filósofo y el científico tienen inquietudes semejantes. Los antiguos estoicos creían en una serie de ciclos, en los que todas las cosas eran reabsorbidas por el fuego original para ser hechas de nuevo exactamente igual que antes. Los budistas pensaban en sus «Kalpas» o edades, períodos de destrucción y restauración, durante los cuales los mundos aparecen, desaparecen y reaparecen. Kant especuló sobre el nacimiento y la muerte de los mundos y Spencer se adhirió a la esperanza de que, de alguna manera, de las ruinas de este viejo universo surgirá un universo nuevo. Un autor español de nuestro siglo ha es-

crito: «De todos los mundos posibles, el mundo exterior, el interior y el «otro mundo», el menos real es el exterior. El interior nos satisface más, sus valores son más constantes; pero todavía nuestra satisfacción no es plena, y tenemos que recurrir al «otro». Ese otro está lleno de prestigio de la máxima realidad, de toda la realidad ambicionable y abortada en este mundo» [1].

Pero ¿qué valor tienen todas estas especulaciones y aspiraciones sin una voz autorizada que las confirme y aclare? Dejan al hombre en la incertidumbre y en la duda milenaria que expresara Job: «El hombre morirá y será cortado; perecerá el hombre, ¿y dónde estará él?» [2] La respuesta nos la da Cristo, quien vino a «sacar a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio» [3]. Cristo nos descubre una perspectiva eterna radiante de la que él mismo es la suprema garantía. Su resurrección, hecho histórico plenamente demostrado, para quienes aceptan el testimonio inmejorable de los evangelios, abre a los redimidos horizontes nuevos de vida que triunfa sobre el sepulcro y se prolonga eternamente en esferas de gloria.

Mientras estamos en esta tierra, Dios, prácticamente, no hace más que empezar la obra de nuestra redención. A ese principio seguirá la consumación en la segunda venida de Cristo, cuando el grandioso plan redentor de Dios entrará en su fase final. Mucho y muy grande es lo que la Biblia nos dice sobre ese día en que la acción restauradora de Dios se manifestará con dimensiones incalculables. La creación entera que ahora «gime y está con dolores de parto, será

(1) Victoriano García Martí: *El Sentimiento de lo Eterno.*
(2) Job 14:10.
(3) II Timoteo 1:10.

libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios» [4]. Entonces culminará con un alcance ahora incomprensible «el misterio de la voluntad de Dios de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra» [5]. La visión final es «cielos nuevos y tierra nueva en los que mora la justicia» [6]. No es de extrañar que los mismos ángeles estén interesados en conocer el desarrollo de un plan que ha de tener un fin tan maravilloso [7].

No vamos a entrar en detalles sobre la revelación profética concerniente al magno día de Cristo y los grandes acontecimientos que en torno a ese «día» nos presentan las Sagradas Escrituras. La profecía no nos ha sido dada para escribir una historia anticipada del futuro sino más bien para mantener viva nuestra esperanza. Además, en la perspectiva profética, por su grandiosidad y sus distancias, sucede algo parecido a lo que nos ocurre al contemplar el panorama de un macizo montañoso lejano; no siempre resulta fácil determinar qué pico está más cerca y cuál más lejos; tampoco podemos asegurar si sus faldas verdes están cubiertas de encinas o de abetos; pero no por eso nos impresiona menos su realidad y belleza. Si a esto se añade que la revelación bíblica sobre el futuro ha llegado a nosotros envuelta en un ropaje de parábolas, figuras y símbolos, comprenderemos la conveniencia de pensar más en la sustancia que en la forma, en los hechos principales que en los pormenores.

(4) Romanos 8:21-22.
(5) Efesios 1:9-10.
(6) II Pedro 3:13 y Apocalipsis 21:1.
(7) I Pedro 1:12.

Con esas consideraciones en nuestra mente, admiremos el cuadro que la Biblia nos ofrece sobre el futuro, destacando algunos de sus puntos más prominentes y claros.

I. LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

«Cuando Cristo se manifestare...»

Son innumerables los textos bíblicos que nos hablan de un advenimiento en gloria de Jesucristo al final de los tiempos.

Así lo enseñó el Señor en varias ocasiones y así lo ratificó cuando, respondiendo al sumo sacerdote, que le conjuraba para que dijera si era el Hijo de Dios, declaró: «Tú lo has dicho; y además os digo que desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo» [8]. Así lo confirmaron los ángeles el día de la ascensión: «Este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como lo habéis visto ir al cielo» [9]. Y así lo predicaron los apóstoles [10]. Las últimas palabras de Cristo registradas en el penúltimo versículo de la Biblia son estas: «Ciertamente vengo en breve» [11].

Un examen sano e imparcial de los textos bíblicos nos muestra que la segunda venida de Cristo no puede espiritualizarse, afirmando que tuvo lugar el día de Pentecostés mediante el Espíritu Santo o en otras ocasiones, bien fuera

(8) Mateo 26:63-64.
(9) Hechos 1:11.
(10) Entre muchos más, véase: Hechos 3:19-21; I Tes. 4:13-18; II Tes. 1:7-10; 2:1-5; Tito 2:13; Hebreos 10:37. II Pedro 3.
(11) Apocalipsis 22:20.

en forma de grandes juicios, como la destrucción de Jerusalén en el año 70, o de grandes avivamientos espirituales. Menos puede decirse que la segunda venida de Cristo debe identificarse con la muerte de cada creyente. En cierto sentido esos hechos pueden constituir una venida del Señor, pero no la venida, su gran advenimiento glorioso al final de los tiempos.

Tal suceso constituirá:

Una plena reivindicación de Cristo.

En aquel día serán refutados todos los argumentos que ahora los incrédulos tratan de oponer a la verdad del evangelio y el Salvador será magnificado.

En la primera venida de Jesús, su vida desde el pesebre de Belén hasta la cruz, discurrió siempre por cauces de humillación. Fue el menospreciado, el Varón de dolores, el desechado entre los hombres. Desde entonces, Cristo ha seguido siendo el humillado ante millones de seres humanos que han negado su divinidad, han desvirtuado su palabra, han rechazado sus demandas y han despreciado sus ofertas. Con impiedad descarada o solapada, el mundo sigue crucificando al Hijo de Dios. Pero el día en que Cristo fuere manifestado, todos comprenderán que aquel que «se humilló a sí mismo hasta la muerte, y muerte de cruz» ha sido exaltado por Dios hasta lo sumo y que le ha sido dado «un nombre que es sobre todo nombre para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra y toda lengua confiese que él es el Señor» [12].

(12) Filipenses 2:8-11.

Tú también, estimado amigo, tendrás que postrarte ante él. ¿Lo harás con el gozo de los que aquí le aclamaron como Salvador o con la vergüenza de los que voluntariamente le ignoraron y desecharon?

La manifestación plena de su Reino.

Cristo se nos presenta en la Biblia como Profeta o Revelador de Dios y también como Sacerdote y Mediador. Pero abundan asimismo los textos que nos lo muestran como Rey. Muchas de las propias enseñanzas de Jesús giran en torno al tema central del Reino de Dios. Las esperanzas mesiánicas de los judíos, así como la predicación de Juan el Bautista que anunciaba la proximidad del Reino [13] y la aparición inminente del Rey tuvieron confirmación en el mensaje del Maestro [14].

A la idea de proximidad, Jesús añadió la de realidad presente en sus días. «El Reino de Dios entre vosotros está» [15]. Pero destacó igualmente su aspecto futuro. «Venga tu Reino» nos enseñó a pedir en la oración del Padrenuestro. Este doble aspecto del Reino se comprende si tenemos en cuenta su naturaleza. El Reino de Dios es el señorío de Dios, el cumplimiento de su voluntad. En la medida en que esa voluntad prevalece se manifiesta el Reino. Así, pues, es una realidad ahora en la vida de sus súbditos, pero se manifiesta de una manera imperfecta. Ha de llegar el día cuando la voluntad de Dios se haga en la tierra como se hace en el cielo.

Podemos decir que el Reino de Dios en el mundo está

(13) Mateo 3:2.
(14) Marcos 1:14.
(15) Lucas 17:20-21.

operando en terreno enemigo como una fuerza de «resistencia», aunque también de avance hasta su triunfo total. En la era actual el Reino no aparece en todo su esplendor, sino más bien entre sombras. Más que victoria resonante es conflicto. Es el trigo creciendo juntamente con la cizaña en el campo del mundo; es la red que recoge peces buenos y malos [16]. Pero también es la semilla que «brota y crece, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; y cuando el fruto está maduro, luego se mete la hoz, porque la siega es llegada» [17]. Llegará el día de la «siega» y «el fin del siglo» en que el Reino de Cristo no sólo será confirmado sino gloriosamente consumado y establecido. Y esto sucederá «cuando Cristo se manifestare».

Sí, llegará el día cuando «los reinos de este mundo vendrán a ser los reinos de Dios y de su Cristo [18]. Entonces, y sólo entonces, los ideales de justicia y de paz que los hombres no pueden llegar a alcanzar serán una realidad. Hay un designio y una meta en la Historia fijados por Dios. Y todo concurre hacia la consecución de esa meta que es el establecimiento de su Reino en su plenitud y perfección.

Esta visión del futuro nos llena de gozo a los cristianos. Sean cuales sean ahora los retrocesos y derrotas aparentes del Reino, el desprecio del mundo hacia el Rey y los vejámenes y humillaciones que hayan de sufrir sus súbditos, todo se mueve conforme a la estrategia divina en constante avance hacia el gran día en que cielos y tierra

(16) Mateo 13:24-30; 47-50.
(17) Marcos 4:26-29.
(18) Apocalipsis 11:15.

serán conmovidos por la más estremecedora de las exclamaciones: «¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!» [19]. Ante semejante visión, que un día será realidad, bien podemos decir ya ahora: «¡Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria!» [20].

La acción judicial de Cristo.

La intervención de Dios en la Historia humana exige un juicio final. Si en el futuro ha de prevalecer el Reino de Dios y su justicia, será imprescindible que de algún modo desaparezca todo lo que ahora se le opone. La cizaña tendrá que ser recogida, atada en manojos y quemada; los peces malos que recogió la red deberán ser echados fuera.

Son innumerables los textos bíblicos que nos hablan de esta gran selección que determinará el destino eterno de todos los seres humanos. En lenguaje metafórico, pero saturado de realismo, Jesús predijo: «Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria. Serán reunidas delante de él todas las gentes y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda. Entonces el Rey dirá a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo... Dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles... E irán éstos al castigo eterno y los justos a la vida eterna» [21].

(19) Apocalipsis 19:6.
(20) Apocalipsis 19:7.

Predicando a los atenienses, a pesar de la incomprensión de éstos, Pablo no titubeó en asegurar que Dios «ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel Varón —Cristo— a quien designó dando fe a todos con haberle levantado de los muertos» [22].

En cuanto a la universalidad de este juicio, no es menos clara la Sagrada Escritura. «Está establecido para los hombres que mueran una vez y que después sean juzgados» [23]. «Dios juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su Reino» [24]. Sin duda, el cuadro más impresionante lo encontramos en el Apocalipsis, donde se nos presenta «un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego» [25].

Detrás de todos los símbolos de esta escena permanece la realidad futura, por más que a algunos les resulte repelente. Dios, en su justicia, no puede pasar por alto los múltiples pecados de hombres y mujeres impenitentes que en este mundo no tuvieron castigo. Por otro lado, la ma-

(21) Mateo 25:31-46
(22) Hechos 17:31.
(23) Hebreos 9:27.
(24) II Timoteo 4:1.
(25) Apocalipsis 20:11-12, 15.

nifestación plena del Reino en «cielos nuevos y tierra nueva» impone la reclusión perpetua de todos los rebeldes en las «tinieblas de fuera» pues en la santa «ciudad» del Reino «no entrará ninguna cosa inmunda, o que hace abominación o mentira sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida» [26].

Que nadie se turbe por lo sombrío de los matices condenatorios de este cuadro final. Dejemos en manos de Dios el destino de cada ser humano. El juzgará con un perfecto equilibrio de justicia y misericordia. El distinguirá con gran tino los factores atenuantes al igual que los agravantes. El separará de modo perfectísimo todos los hilos que han formado la trama de nuestra vida en la tierra. El determinará con precisión qué fue resultado de la herencia o del medio ambiente y qué fue acción de la voluntad. El decidirá, según la luz que cada uno hubiere recibido en esta vida, si ha de ser juzgado por la ley de la conciencia o por la revelación de su Palabra. Y en todo caso la sentencia se ajustará a la responsabilidad individual de cada uno. «El Juez de toda la tierra ¿no ha de hacer lo que es justo?» [27].

Querido amigo, ¿cuál será tu destino? Ahora puedes resistir a Dios y rechazar las invitaciones amorosas del evangelio; pero en el día del juicio no podrás evadirte. Reconsidera lo que se te ha dicho en los mensajes anteriores. Recibe a Cristo como tu Salvador. Entonces tu nombre será inscrito en el libro de la vida; «y cuando Cristo se manifestare», tú también participarás de su gloria.

Esto nos lleva al segundo punto:

(26) Apocalipsis 21:27.
(27) Génesis 18:25.

II. LA GLORIFICACION DE LOS REDIMIDOS

En aquel día del Señor se cumplirá la esperanza que Pablo trataba de alimentar en los cristianos de Colosas: «Cuando Cristo se manifestare, entonces también vosotros seréis manifestados con él en gloria». Esta ha sido la esperanza bienaventurada del pueblo cristiano a lo largo de los siglos. Nuestra conversión tuvo por objeto «servir al Dios vivo y verdadero y esperar a su Hijo de los cielos» [28].

En su advenimiento glorioso culminan los propósitos de Dios para sus redimidos y las aspiraciones que en éstos ha puesto ya el Espíritu Santo.

Consideremos algunos aspectos de la nueva experiencia de los creyentes cuando Cristo vuelva.

Perfección moral.

«Amados —escribía el apóstol Juan—, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste seremos semejantes a él porque le veremos como él es» [29].

Mientras permanecemos en el mundo, todo nuestro progreso en el camino de la santificación es un ascender hacia una cumbre que no llegamos a alcanzar. Sigue manifestándose aún el pecado en nosotros. A veces tenemos caídas graves. Nunca estamos libres de debilidades vergon-

(28) I Tesalonicenses 1:9-10.
(29) I Juan 3:2.

zosas. Dios ha empezado su obra en nosotros; pero, ¡cuán lejos está de su perfección!

Sin embargo, el que empezó esa buena obra la perfeccionará con miras al día de Cristo [30]. En aquel día su Iglesia —el conjunto de sus redimidos— aparecerá «gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante» [31].

Gracias a Dios porque llegará tiempo cuando no habremos de llorar más nuestra infidelidad; cuando, despojados de todo vestigio de pecado, se reproducirá en nosotros perfectamente la imagen de su Hijo. Para esto fuimos predestinados [32] y el plan de Dios se cumplirá.

Resurrección.

Cuando suene la «final trompeta» para dar principio al gran día de Cristo, los beneficiarios de este gran suceso no serán únicamente los santos que vivan entonces, sino los redimidos de todos los tiempos. Los muertos en Cristo resucitarán primero; luego los que vivan serán transformados de manera sobrenatural para poder reunirse con su Señor y estar con él para siempre [33].

El apóstol Pablo hace una admirable exposición de este hecho en su carta primera a los Corintios (cap. 15). Admite el misterio de tal portento, y lo ilustra con la semilla que se entierra y muere para dar lugar a una nueva planta. Remontándose muy por encima de las especulaciones humanas, y tomando como punto de partida la resurrección de Jesús alcanza alturas sublimes desde las cuales

(30) Filipenses 1:6.
(31) Efesios 5:27.
(32) Romanos 8:29.
(33) I Tesalonicenses 4:16-17.

contempla el gran cambio que el poder de Dios obrará en nuestro cuerpo: «Se siembra en corrupción; resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra; resucitará en gloria. Se siembra en debilidad; resucitará en poder... Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte con victoria» [34].

Entonces, no antes. La doctrina de la inmortalidad del alma es más filosófica que cristiana. El final, según la Biblia, no es la inmortalidad de almas incorpóreas. Esto es un estado intermedio, y, en efecto, cuando sobreviene la muerte física, el alma del cristiano va a la presencia de Cristo, donde goza de la dicha celestial [35]. El estado final de la naturaleza humana incluye el cuerpo de la resurrección. Por eso el verdadero cristiano, más que suspirar por la liberación de «estos hierros», como pensaran los místicos al comparar el cuerpo a una cárcel del alma, gime por la redención o transformación de ese cuerpo [36], que en este mundo es presa del pecado y de la muerte, pero que un día será transformado a semejanza del cuerpo glorioso de Cristo [37]. Ya no habrá más dolor físico, ni enfermedad, ni fatiga, ni apetitos pecaminosos. El nuevo cuerpo será «espiritual», es decir, instrumento perfecto del espíritu redimido para hacer la voluntad de Dios, dotado además de nuevas propiedades físicas que multiplicarán sus posibilidades de movimiento y servicio.

(34) I Corintios 15:42-46; 53-54.
(35) Lucas 16:19-25.
(36) II Corintios 5:1-4.
(37) Filipenses 3:21.

Reunión.

El día de Cristo será el día de la gran reunión. «Enviará sus ángeles con gran voz de trompeta y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro» [38]. Los santos del cielo y de la tierra se encontrarán en torno a la persona excelsa del Salvador. ¿Podemos imaginarnos tan magna asamblea? Jamás ha habido ni habrá hasta entonces una congregación tan numerosa, tan selecta y tan dichosa. Los profetas, apóstoles, mártires y santos de todos los tiempos y de todos los países, los hermanos en Cristo que conocimos en la tierra y los que no conocimos, los seres queridos que nos precedieron en la partida hacia la patria celestial y los que nos seguirán cuando hayamos partido nosotros, todos reunidos con el mismo sentimiento de bienaventuranza celestial.

Y como a partir de ese momento «estaremos siempre con el Señor» [39], la reunión no tendrá fin. En el diccionario de los santos glorificados se habrá suprimido la palabra «adiós». No habrá despedidas tristes porque no habrá más separaciones.

Sin embargo, todo el gozo de esta comunión con la multitud de redimidos que nadie podrá contar, no tiene punto de comparación con el hecho de que estaremos con Cristo mismo. Por fin nuestros ojos «verán al Rey en su hermosura» y entonces comprenderemos la grandeza de la gloria que compartiremos con él.

(38) Mateo 24:31.
(39) I Tesalonicenses 4:17.

Reposo.

«Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados daros reposo con nosotros cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder» [40]. Con estas palabras reconfortaba Pablo a los perseguidos cristianos de Tesalónica. Su mensaje ha animado a los creyentes de todas las épocas.

¡Cuántos trabajos y luchas ha tenido que arrostrar el pueblo de Dios a su paso por la tierra! Conflicto fatigoso es nuestro enfrentarnos con la incredulidad, el pecado y la vanidad del mundo, con las fuerzas pecaminosas de nuestro propio ser y con los agentes invisibles del diablo. La vida cristiana es un constante pugilato espiritual. Pablo compara el creyente a un soldado, a un atleta y a un labrador. Las tres figuras nos hablan de un esfuerzo continuado. Y aunque es verdad que en medio del trabajo Cristo da reposo, no es menos cierto que en muchos momentos el alma suspira por el descanso celestial. Una de las grandes bienaventuranzas registradas en la Biblia se refiere a los que han partido para estar con Cristo y el motivo de que sean bienaventurados es que «descansan de sus trabajos» [41].

Por supuesto, no será éste el descanso de la inactividad, pues los redimidos de Cristo le servirán «día y noche» [42], pero sí significará la ausencia de todo lo que ahora es cansancio, frustración, dolor o molestia, pues «no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras

(40) II Tesalonicenses 1:6-7.
(41) Apocalipsis 14:13.
(42) Apocalipsis 7:15.

cosas son pasadas» [43]. ¡Cuánta consolación entrañan estas palabras para los santos de Dios en el mundo!

Recompensa.

Otro aspecto importante de la glorificación de la Iglesia es el de los premios que Cristo otorgará a cada uno de acuerdo con sus obras en la tierra.

Es verdad que no somos justificados por las obras, sino por los méritos de Cristo mediante la fe; pero somos «creados en Cristo Jesús para buenas obras» [44]. Se relacionan muy íntimamente la realización por nuestra parte de esas obras y nuestra posición o lugar en la eternidad: «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» [45]. El Señor, en su último mensaje a su pueblo, dice: «He aquí yo vengo presto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra» [46].

Estos textos no aluden al juicio de la humanidad en su conjunto sino al de los redimidos. Estos no son juzgados para determinar su salvación o condenación sino para determinar la calidad de su vida y obra en la tierra. Sus almas han sido salvas por la gracia de Dios, pero sus obras en este mundo pueden haber sido tan inútiles que Dios las repruebe. Pablo expone esta idea con fuerza estremecedora cuando escribe: «La obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno... recibirá

(43) Apocalipsis 21:4.
(44) Efesios 2:10.
(45) II Corintios 5:10.
(46) Apocalipsis 22:12.

recompensa; si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego» [47].

De la misma manera que habrá grados en la condenación así los habrá también en la vida celestial. En la parábola de las minas los siervos diligentes son premiados en proporción a su laboriosidad. Al que ha ganado diez minas se le encomienda el gobierno de diez ciudades; al que ha ganado cinco, el de cinco. Aunque sea entre paréntesis, quiero decir que siempre me ha parecido encantadora esta parábola por el destello de luz que arroja sobre la naturaleza de los premios en el día de Cristo. Nos abre horizontes de una esfera maravillosa de servicio para la gloria de Dios. Parece indicar además que nuestra posición y nuestras responsabilidades futuras en la gloria, dependerán del modo en que hayamos desempeñado responsabilidades semejantes en la tierra.

Todo lo dicho no se refiere a la **entrada** en la gloria, sino más bien a nuestra futura **experiencia** de la gloria. Alguien ha expresado esta idea diciendo que «todos los salvos gozarán del cielo eternamente, pero todos no tendrán la misma capacidad de goce» [48].

Vale la pena vivir nuestra vida con la mira puesta en nuestro destino final. A la vista del premio eterno, vale la pena seguir el consejo del apóstol: «Corred de tal manera que lo obtengáis» [49]. Así corría él, «no como a la ventura», y así peleaba «no como quien hiere al aire» [50]. Pablo sabía en quién había creído y estaba seguro que en-

(47) I Corintios 3:13-15.
(48) Graham Scroggie, *What About Heaven?*
(49) I Corintios 9:24.
(50) I Corintios 9:26.

contraría su «depósito» en el día de Cristo [51]. Próximo a su muerte declara con tono de certidumbre: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de la vida, la cual me dará el Señor, Juez Justo, en aquel día; y no sólo a mí sino a todos los que aman su venida» [52]. Lo que esta corona significa no podemos precisarlo ahora; pero sin duda incluirá todo lo que pueda hacer nuestra vida verdaderamente grande, sublime, digna y feliz por toda la eternidad.

Por lo demás, sabemos que todos los redimidos disfrutarán para siempre de una vida de plenitud en una atmósfera de santidad, de adoración, de gran conocimiento y de servicio gozoso.

Respice fine, decían los antiguos latinos. Mira al fin. Y tú, querido amigo, harás bien en mirar al «más allá» sin fin. No descanses hasta que puedas hacerlo en Cristo mediante una sincera conversión a él. Una vez estés en Cristo, gózate en su vida y en la esperanza de que cuando Cristo se manifestare tú también serás manifestado con él en gloria, en la gloria indescriptible de Dios.

* * *

En el principio, Dios. Al final, Dios también. En el gran intervalo de la Historia, tú. Y entre Dios y tú, Cristo, el gran Mediador que quiere salvarte. Su palabra te invita al arrepentimiento y a la fe en él, para que por él llegues a Dios.

¿Qué dirás tú?

---

(51) II Timoteo 1:12.
(52) II Timoteo 4:7, 8.

XIII

A MODO DE CONCLUSION

¿Cómo escaparemos si tuviésemos en poco una salvación tan grande?

Hebreos 2:3.

NUESTRA serie de mensajes sobre los grandes temas de la Biblia ha concluido. Sin embargo, quisiera invitarte, estimado amigo, a una última reflexión. En el silencio más íntimo de tu alma, permite que el Espíritu de Dios repita las palabras que encabezan este epílogo: «¿Cómo escaparemos si tuviéremos en poco una salvación tan grande?»

Que la salvación de la cual habla la Biblia es algo inmensamente grande se desprende de lo que ya hemos visto. Es grande por lo enorme de la desgracia de que Dios quiso librarnos; lo es por la incomparable grandeza del Salvador; lo es por lo elevado de su coste; es grande nuestra salvación por su gratuidad, y lo es por las grandes bendiciones que nos asegura.

A pesar de tanta grandeza, existe una terrible posibilidad:

I. LA POSIBILIDAD DE TENER EN POCO TAL SALVACION

Para algunas personas la salvación cristiana es **demasiado espiritual.** Prefieren el mundo y sus cosas, aunque éstas se reduzcan al plato de lentejas que codició el profa-

no Esaú o las algarrobas de que deseó hartarse el hijo pródigo. «Los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida» [1] les son más apetitosos que los deleites espirituales, sin entender que «el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» [2].

Para otros, el Evangelio es **demasiado irracional o sobrenatural.** Preferirían una Biblia sin milagros, sin enojo divino ante el pecado, sin encarnación y sin cruz. Todo esto les parece locura. Pero es por esa «locura» que Dios ha decidido salvar a los hombres [3].

No faltan quienes menosprecian la salvación revelada en la Biblia por considerarla **demasiado trascendental.** Opinan que el mensaje evangélico, en aras de unos intereses eternos, sacrifica los temporales. No, el Evangelio no sacrifica ni descuida lo temporal, sino que más bien lo enriquece y dignifica al darle una proyección eterna. El Evangelio sitúa cada cosa en el lugar que le corresponde. Enseña a «dar a Dios lo que es de Dios y a César lo que es del César» [4]. Nos insta a amar a Dios sobre todas las cosas, pero también al prójimo como a nosotros mismos. Nos exige ser buenos cristianos y, como consecuencia, buenos hijos, buenos padres, buenos amigos, buenos patronos, buenos obreros, buenos ciudadanos. Nos guía a buscar «primeramente el Reino de Dios y su justicia» y luego nos

(1) I Juan 2:16.
(2) I Juan 2:17.
(3) I Corintios 1:18-21.
(4) Mateo 22:15-21.

promete que «todas las demás cosas nos serán añadidas» [5].

También hay personas que desdeñan la revelación bíblica por considerarla **demasiado humillante.** Exalta de manera casi irritante la soberanía y la autoridad de Dios, la pecaminosidad del hombre y la inutilidad de los esfuerzos que éste pueda hacer para salvarse. Cierto. Pero ¿es verdad o no es verdad lo que la Biblia dice? ¿O haremos como el orangután que al coger un espejo y mirarse lo rompió en mil pedazos porque le disgustó la cara que en él había visto?

Amigo, pon fin a tus objeciones vanas si todavía tratas de escudarte en ellas. Todas son, como dijo un profeta de la antigüedad, «refugios de mentira» que algún día barrerá el juicio de Dios [6].

II. LA IMPOSIBILIDAD DE ESCAPAR

Muchas personas, desalojadas por la verdad de Dios de sus posiciones de objeción o desprecio, han corrido a refugiarse en falsas esperanzas. Han seguido rechazando la voz de Dios, pero han creído poder «escapar» por caminos que su propia imaginación abrió.

¿Nos evadiremos profesando una religión y cumpliendo sus preceptos? Este era el camino de muchos judíos, pero Cristo lo condenó rotundamente: «Hipócritas, bien profe-

(5) Mateo 6:33.
(6) Isaías 28:15-17.

tizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pero en vano me honran» [7]. «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad» [8].

¿Escaparemos confiando en el infinito amor de Dios? Esta es la falsa esperanza de los universalistas, quienes creen que al final Dios, en un acto supremo de misericordia, salvará a todos los seres humanos. Pero ya vimos que la Biblia en lenguaje inequívoco nos habla de la condenación definitiva y eterna de todos los que han resistido a la verdad.

¿Nos libraremos invocando una moralidad nuestra que es inexistente para Dios? Recordemos las palabras de Jesús: «Si no os arrepintireis, todos pereceréis igualmente».

¿Escaparemos alegando ignorancia? Escuchemos a Pablo: «La fe es por el oír y el oír por la palabra de Dios. Pero digo: ¿No han oído? Antes bien, por toda la tierra ha salido la voz de ellos y hasta los fines de la tierra sus palabras» [9]. Tú, por lo menos, querido lector, no puedes alegar ignorancia.

(7) Mateo 15:7.
(8) Mateo 7:21-23.
(9) Romanos 10:17-19.

No, no hay escapatoria posible. Todos los puentes han sido volados por la verdad y la justicia de Dios. Tener en poco la gran salvación que Cristo obtuvo para nosotros al precio de su sangre es perdernos irremisiblemente y para siempre.

Y que nadie arriesgue su salvación eterna en el popular juego de esperar hasta el último momento de la vida en la tierra para resolver el problema de su relación con Dios. Nadie puede asegurarnos que dispondremos de un solo minuto para volvernos arrepentidos al Señor. Aun si alguien nos pudiera garantizar tal oportunidad, ¿quién puede afirmar que en aquel momento estaremos en condiciones de «convertirnos»? La conversión es la respuesta del alma al llamamiento de Dios. Pero ¿quién puede predecir que ese llamamiento será oído en las últimas horas de un hombre en el mundo? ¡Cuántas personas que un día resistieron tenazmente al Espíritu Santo han llegado a la hora de la muetre sin la menor preocupación espiritual, sin el más leve deseo de reconciliarse con Dios! Se cuenta que en un teatro de Viena se declaró un terrible incendio. Una multitud se precipitó hacia la puerta sobre la cual se leía: «Salida de urgencia para casos de incendio». Era la salida salvadora. Pero los cerrojos, completamente oxidados por el desuso, por más que se forzaron, no llegaron a ser descorridos. Y junto a la puerta de salvación que no se pudo abrir quedó un montón de cadáveres abrasados. El corazón que obstinado nunca se abrió a las poderosas influencias del Santo Espíritu, ¿se abrirá a la hora de la crisis final? Los labios que tantas veces se negaron a hacer una confesión sincera e invocar la misericordia divina ¿se abrirán para clamar a Dios?

Hoy es el día de salvación. «Si oyereis hoy su voz, no

endurezcáis vuestros corazones» [10]. «He aquí —dice Cristo— yo estoy a la puerta y llamo; si alguno abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo» [11].

Abre la puerta de tu corazón a Cristo en este mismo instante y di a Dios con toda tu alma:

> «Señor, he oído tu Palabra. Tu Palabra es la verdad.
>
> Tu Espíritu me ha mostrado tu grandeza y mi indignidad.
>
> Me ha revelado a Cristo y, en Cristo, tu justicia y tu amor infinitos obrando mi salvación.
>
> Ten misericordia de mí, pecador. Por amor de Cristo, por los méritos de su muerte redentora, perdona todos mis pecados. ¡Sálvame! Y ayúdame a vivir siempre para Cristo, a quien recibo como mi Salvador.»

Si lo haces, yo sólo añado una palabra salida de lo profundo de mi corazón: «Amén». Y te dejo a solas con Dios en ese momento sublime y decisivo que va a cambiar tu corazón, tu vida y tu destino.

Ya volveremos a encontrarnos con gozo en el camino de la fe para proseguir juntos nuestra marcha hacia la meta del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

---

(10) Hebreos 3:15.
(11) Apocalipsis 3:21.